

PUCK

Y EL TESORO

L. GALT / V. GALT



PUCK Y EL TESORO

Por

LISBETH WERNER

EDICIONES TORAY.S.A.

BARCELONA-MADRID-BUENOS AIRES

Título original danés: SKOVTOLDEN PUK - PUK I HOJT
HUMOR

Traducción: Josefina Dalmau

Cubierta: González Vicente

ilustraciones: R. Cortiella

DÉCIMA EDICIÓN

Depósito Legal: B. 35.260-1988

ISBN 84-310-2222-1



— ¡Pero qué lejos está Dinamarca!

Fue el ingeniero en jefe, Joer-gen Winther, quien pronunció

estas palabras con un gran suspiro. Estaba sentado tras su mesa de trabajo, en una habitación grande y soleada, cuyo ventanal permitía ver todo Valparaíso. A lo lejos se divisaba el nuevo puerto en construcción que tenía a su cargo, como enviado de «Danaplan», una importante empresa danesa. El puerto de Valparaíso era una obra gigantesca que daría fama mundial a los ingenieros daneses. Sin embargo, en aquel momento, Winther no sentía ninguna alegría por ello. Acababa de recibir una carta de su empresa de Copenhague, que cambiaba totalmente sus planes. Había decidido tomarse unas vacaciones y, junto con su esposa, pasarlas en Dinamarca donde su hija Bente le estaba esperando ilusionada; pero la carta de Copenhague lo había estropeado todo. Había que acelerar los trabajos del puerto y, por el momento, no podía ni soñar con unas vacaciones.

Su mujer, que estaba sentada frente a él, dijo con tristeza:

— ¡Cómo lo siento por Puck!

A pesar de su mal humor, el señor Winther no pudo dejar de sonreír. Le hacía gracia que su esposa llamara Puck a su hija Bente. Hacía solamente ocho meses, Ellen Brinck había sido la más popular y querida profesora del pensionado de Egeborg; pero una visita de Joergen Winther al colegio lo había cambiado todo y, en vez de profesora, Puck tenía ahora una simpática y encantadora madrastra que, al mismo tiempo, era una gran amiga. Al principio, resultó algo extraño para Puck, quien, pocos años antes, había perdido a su madre en un accidente de automóvil; pero durante la fiesta de Navidad, en casa del veterinario Moeller, de Sundkoebing, todo había terminado de la mejor forma posible y, desde entonces, Puck reconoció que su padre no podía haber elegido mejor esposa.

Joergen Winther se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación. Al final, se detuvo delante de su esposa y declaró:

— Tenemos que escribir a Bente y decírselo... Lo siento tanto por ella... Se va a desilusionar mucho.

La señora Winther estuvo un rato sin hablar, mirando por la ventana. Luego dijo con un suspiro:

— También es una desilusión grande para ti, Joergen... y para mí.

* * *

El ambiente del «Trébol de Cuatro Hojas» era estupendo. Se

acercaban las vacaciones de otoño, y cada una de las cuatro amigas tenía hechos ya sus planes. Inger iba a pasar las vacaciones con sus padres. Navio esperaba la visita de su padre y del barco «Margrethe III», mandado por él, que llegaría pronto a Copenhague. La madre de Karen regresaría del extranjero para pasar las vacaciones con su hija, y Puck... esperaba lo mejor de todo: su padre y su madrastra vendrían en avión desde Chile, y los tres pasarían juntos unas maravillosas vacaciones en casa de los tíos, en Sundkoebing.

Puck estaba radiante. No había visto a su padre ni a Ellen desde la última Navidad, y ahora iban a estar con ella durante un mes entero. ¡Qué bien lo iban a pasar! Aunque las vacaciones de otoño sólo duran unos diez días, Sundkoebing estaba cerca, y el director Frank, dadas las circunstancias, seguramente concedería un par de horas de permiso cada día. Puck estaba fuera de sí de alegría.

Navio estaba tendida en su cama, en su postura favorita, con los pies en alto, moviendo las piernas mientras decía jubilosa:

— Estas vacaciones de otoño serán formidablemente palpitantes. Por una vez, las cuatro vamos a estar con nuestros padres, madres, tíos, tías, primos y...

Karen la interrumpió riendo:

— ¡Quieres callar! Si tuviéramos que pasar las vacaciones con estos familiares, se estropearía la fiesta...

Inger añadió:

— Debemos estar muy contentas, porque vamos a pasar estos días con nuestra familia. Lo pasamos muy bien aquí, en el pensionado de Egeborg; pero también es estupendo poder variar... ¿No te parece, Puck?

— No estoy para filosofías —replicó Puck, suspirando feliz—. Cruzo los dedos y cuento los días...

—Tonterías — la interrumpió Navio —. Si cruzas los dedos, ¿cómo puedes contarlos...? Sólo ese «Alki»... «Alkibíades»... era capaz de hacer cálculos sin contar con los dedos.

— ¿Te refieres a Arquímedes? —preguntó Inger en tono burlón—. Hablando de otra cosa, ¿qué os parece celebrar por adelantado las vacaciones comiendo chokolatinas?

— ¡Bravo! — chilló Navio, olvidándose por un momento de mover las piernas —. Desbordas buenas ideas, Inger. . Puedes sacar ya la caja.

Poco después, las cuatro estaban ocupadísimas comiendo chocolate. De repente se abrió la puerta, y entró la pequeña y regordeta «capitana de corredor», la señorita Holm. Traía varias cartas en la mano y sonreía ampliamente:

— Veo que estáis disfrutando. Hay cartas para todas, pero seguramente no tendréis tiempo de leerlas en estos momentos estando tan ocupadas con las chocolatinas.

— Yo soy capaz de comer y leer a la vez — dijo Navio, mientras tendía ansiosa su mano para recoger la carta. Luego mordió un trozo de chocolate, al mismo tiempo que abría el sobre.

La señorita Holm se fue, y el silencio se adueñó de la habitación, mientras las chicas leían su correo. Sólo se oía el ruido del papel y, de vez en cuando, alguna exclamación emocionada.

La carta de Inger debía de ser la más corta, porque fue la primera en dejar el papel sobre la mesa mientras miraba a sus amigas. Cuando vio la cara de Puck, preguntó en voz baja:

— ¿Qué te pasa, Puck? ¿Son malas noticias?

— Muy malas.

Puck no fue capaz de decir nada más. Tenía un nudo en la garganta y trataba de evitar que se le saltasen las lágrimas. De repente, se levantó y salió de la habitación. Sus tres amigas la miraron sorprendidas, pero ninguna intentó retenerla.

— Pero ¿qué demonios...? —empezó a decir Navio.

— Déjala en paz un momento, Navio... — interrumpió Inger tranquila—. Debe de tener malas noticias de su padre.

¿Cómo lo sabes?

— El sobre está allí, encima de la mesa. Tiene sellos chilenos.

— ¿Será..., será algo grave? —preguntó Karen con voz insegura.

Inger vaciló un poco.

— Esperemos que el ingeniero Winther no se haya puesto enfermo o algo semejante. Pero quizás haya surgido algo que le impida venir a Dinamarca... y eso es lo que ha disgustado a Puck. Estaba tan ilusionada.

— Mi padre vendrá — aseguró Navio.

— Mi madre también — afirmó Karen.

Pero ya no había alegría en sus voces...

Cuando Puck bajaba la escalinata de piedra, vio a muchos de sus compañeros jugando en la explanada grande, delante del edificio

principal; pero ella quería estar sola con sus pensamientos y continuó hacia la carretera. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras estrujaba la carta en su mano derecha. ¡Qué negro y triste lo veía todo en aquel momento!

Instintivamente, tomó el sendero que conducía hacia el Bosque del Oeste. Había caminado muchas veces por él, sobre todo cuando estaba de mal humor y necesitaba pensar en sus problemas con tranquilidad.

Ya al segundo día de haber sido matriculada en el pensionado de Egeborg, el bosque se había convertido en su lugar preferido y, desde entonces, había sentido con frecuencia la alegría de conocer la vida de los animales y los cantos de los pájaros que sabía imitar con sorprendente maestría.

Puck pasó por delante de la casa del señor Bang, el guarda forestal, en dirección al lago. No llevaba rumbo fijo, únicamente quería estar a solas con su tristeza.

Una ardilla saltó ágilmente de una rama a otra y la muchacha levantó la vista, pero esto no le causó la misma alegría que en otras ocasiones. No lograba desviar sus pensamientos de la carta de su padre que tenía en la mano. Al final se sentó sobre el tronco de un árbol derribado por el viento, desplegó la carta y la relejó con lágrimas en los ojos:

Mi querida y adorada hija: Déjame empezar con algo desagradable y guardar las mejores noticias para el final. Acabo de recibir una carta de Dinamarca, de la empresa "Danaplan", en la que me comunican que la construcción del puerto de Valparaíso debe ser acelerada lo máximo posible, y, por el momento, no puedo ni pensar en tomar vacaciones para ir a Dinamarca. Es una desilusión tan grande...

Puck no fue capaz de leer más. Las lágrimas le nublaban la vista. Estuvo sollozando durante mucho tiempo; pero cuando oyó pasos rápidos por el sendero, levantó la cabeza y se secó los ojos con la mano.

— ¡Hola! —la saludó una voz sonora—. Pero ¿qué veo? ¿Estás aquí filosofando, pequeño duendecillo?

Era el guardabosque, que venía seguido de su perrita *Bessie*, gran amiga de Puck.

El señor Bang se acercó y añadió asombrado:

— Pero ¿qué te pasa, hijita? Estás llorando. ¿Puedo ayudarte en

algo?

— ¡No! — hipó Puck.

— ¡Qué tontería! — gruñó el hombre —. Si todo va bien, uno no se pone a llorar en medio del bosque. Cuéntamelo.

Puck estaba acariciando la cabeza de la perrita como para ganar tiempo. El animal movía el rabo de contento.

— Dime lo que te ocurre —insistió el guarda forestal—. Quiero una explicación.

Y Puck contó tartamudeando lo que le decía su padre en la carta. No sabía por qué lo hacía, pero tenía ganas de confiarse a alguien en aquel momento de depresión. El señor Bang era un hombre bueno y comprensivo. Cuando hubo terminado su relato, las lágrimas resbalaban de nuevo por las mejillas de la muchacha. El guarda murmuró:

—Comprendo tu tristeza, Puck; pero cuida de no ser víctima de tu propia compasión. No olvides que tu padre y tu madrastra están tan tristes como tú en estos momentos. Así que no hay razón para que te lo tomes tan a pecho.

Miró hacia la orilla opuesta del lago Ege y continuó en tono decidido:

— Además no me gusta que pasees sola por el bosque, cuando hay gitanos cerca...

— ¿Gitanos? —repitió Puck—. ¿Gitanos de verdad?

— Sí, parecen auténticos — sonrió Bang —. Toda la tribu ha acampado en la linde del Bosque Noerre. Tú misma puedes ver sus verdes carromatos... Temo mucho que tengamos dificultades con ellos.

Puck miró en la dirección indicada y vio los verdes carruajes, lo que le hizo olvidar de repente sus tristes pensamientos. Entonces dijo:

— Bueno, señor Bang, hoy día me parece que los gitanos no son tan malos como se dice. Viven de predecir el futuro..., colocar cristales... y afilar cuchillos y tijeras...

— Ya —gruñó el forestal—. No se sabe nunca lo que puede hacer esa gente..., pero, si tratan de cazar ilegalmente en este bosque, me voy a ocupar de ellos.

— Según veo, tienen su campamento dentro de las propiedades del hacendado señor Holm, ¿no? —preguntó Puck.

— No. Están más allá, en la explanada delante del Bosque Noerre, que pertenece al estado, y, si se portan bien, no tengo por qué echarlos...

De pronto, el hombre se calló, como si se le hubiera ocurrido una idea. Luego continuó:

— Ahora que hablas del señor Holm he recordado una cosa. Él y tu padre estuvieron juntos en el ejército, ¿no?

— Sí...

— Además él posee gran parte de las acciones de «Danaplan», ¿verdad?

— Sí, creo que sí...

El guarda forestal sonrió.

— En ese caso puedes tener una oportunidad, Puck. Naturalmente, yo no sé si es necesario que tu padre se quede en Valparaíso..., pero es posible que el señor Holm tenga alguna influencia en la dirección de la empresa.

— ¿Usted cree? —replicó Puck esperanzada.

— No te hagas ilusiones, hijita. No puedo saberlo, pero no pierdes nada intentándolo. Yo, en tu lugar, hablaría con el hacendado lo antes posible para saber su opinión; pero no te hagas demasiadas ilusiones de antemano.

— Voy en seguida —dijo Puck ansiosa.

— Espera un momento. ¿Saben en el colegio dónde podrán encontrarte?

— No..., pero estamos libres hasta la hora de cenar, dentro de dos horas y si me doy prisa... ¡Un millón de gracias por todo, señor Bang!

— No hay de qué.

Puck ya se había alejado un trecho cuando escuchó la voz alegre del guardabosque.

— Ten cuidado con los gitanos... Vas a pasar cerca de su campamento.

— No son caníbales —rió Puck.

Y se fue corriendo por el Bosque del Oeste.

* * *

En algunas ocasiones el destino desempeña su papel de una manera sorprendente. Un incidente sin importancia puede servir de trampolín para algo más grande, como una bola de nieve que rueda

y cada vez se hace mayor. Puck había contado su problema al señor Bang, el guardabosque, por pura casualidad. Otra casualidad era que él le hubiera hablado sobre la posible influencia del señor Holm. La tercera casualidad era o, mejor dicho, iban a ser los gitanos. Si Puck no se hubiera encontrado con el guarda forestal, seguramente tampoco se hubiera acercado al campamento de los gitanos, y así no hubiera vivido una nueva aventura emocionante.

Puck no pensó en ello cuando pasaba ante las ruinas, en dirección a la carretera que bordeaba el Bosque Noerre. Allí estaba la Granja del Este, la gran hacienda del señor Holm, que Puck visitaba muy a menudo. La primera vez que estuvo allí con sus amigas había vivido incluso una emocionante aventura, que tuvo un final increíble. La señora Holm había perdido un broche de brillantes de gran valor, y las sospechas habían recaído sobre Karen y Annelise, pero Puck logró desenmascarar al pequeño ladrón emplumado, una urraca que anidaba en un árbol de la isla del Caballero Volmer, en medio del lago Ege. Puck y sus amigas nunca habían vivido una aventura tan sorprendente, y la historia se difundió por toda la comarca. Desde entonces apreciaban mucho a Puck en casa del hacendado.

El señor Holm era un hombre muy agradable, un ex oficial del ejército que había nacido en Copenhague. Su esposa era una señora elegante, que gastaba mucho dinero en vestir bien y en los salones de belleza. De vez en cuando se mostraba algo arrogante, pero nunca delante de Puck. Al contrario, las dos, a pesar de la diferencia de edad, se habían convertido en muy buenas amigas...

Cuando Puck llegó hasta la carretera pudo avanzar más aprisa y pronto llegó cerca del campamento gitano. Era un cuadro pintoresco. En la explanada, delante del bosque, había tres carromatos pintados de verde puestos en fila. Puck se dio cuenta de que los tres llevaban motor. Pensó que no debía ser mal negocio trabajar como adivinos, afiladores, fontaneros y otros trabajos por el estilo.

Delante de los coches-vivienda había gran jolgorio. Una docena de niños morenos jugaban chillando, mientras los adultos estaban ocupados en quehaceres más tranquilos. Algunas mujeres cocinaban, otras tendían la ropa recién lavada en unas cuerdas tendidas entre dos carromatos. Los hombres estaban ocupados en

un trabajo bastante singular. A Puck le pareció que construían una embarcación... Pero ¿para qué la querían ellos? Naturalmente nadie podía prohibirles navegar con ella por el lago Ege. Pero estaba prohibido pescar, si no tenían licencia.



Instintivamente, Puck se quedó mirando aquella escena exótica y multicolor, y los hombres dejaron por un momento de trabajar. Uno de ellos vestía con más elegancia que los demás. Seguramente era el jefe de la tribu. Era un gitano muy delgado, de cabello negro y tez bronceada. Llevaba un chaleco bordado y una especie de faja de seda amarilla alrededor de la cintura. De los lóbulos de sus orejas colgaban un par de pendientes de oro. Se acercó a Puck y su sonrisa reveló dos filas de blanquísimos dientes. Le preguntó en un danés chapurreado:

— ¿Señorita querer saber futuro? Mucho barato...

— No... No, gracias —replicó Puck, un poco asustada dando un paso atrás—. Tengo mucha prisa.

— ¡Ach, ach! —dijo el gitano con pesar—. Mí ser muy bueno para decir futuro... Sólo costar dos coronas...

— No, muchas gracias.

Puck se fue corriendo. Cuando se había alejado un tanto, giró la cabeza y vio que los hombres habían reemprendido su trabajo. De repente sintió un escalofrío. El jefe de los gitanos no parecía ni peligroso ni horroroso; pero, a pesar de ello, había algo misterioso en él, algo que Puck no logró comprender.

«¿Para qué debían querer una embarcación aquellos hombres?», se preguntó de nuevo.

Además habían elegido un lugar muy extraño para instalar su campamento. Como casi todo el lago estaba rodeado por el bosque, los únicos vecinos cercanos serían los de la gran hacienda, así que no podían esperar ganar mucho dinero en aquel lugar. Todo era muy misterioso.

Cuando Puck llegó a la Granja del Este casi se había olvidado de los gitanos. Fue recibida con gran cordialidad por el hacendado y su esposa. El señor Holm acababa de regresar de un paseo a caballo durante el cual había inspeccionado sus campos de trigo, que pronto estaría a punto de cosechar, y se hallaba de muy buen humor. Dio una palmada en el hombro de Puck y le dijo:

— Nos has dado una gran alegría al venir a vernos, Puck. ¿Traes el cepillo de dientes?

— ¿El cepillo de dientes? —repitió Puck sin comprender.

El hacendado rió.

— ¿No vienes a pasar la noche aquí?

— Esperemos que sí — dijo la señora Holm.

— No, muchísimas gracias..., pero tengo que regresar al colegio —dijo Puck algo confusa. Y continuó en tono vacilante—: Sólo quería..., quiero decir..., quería pedirle una cosa...

— Bueno, ¿de qué se trata, hijita? — dijo alegre el caballero—. Cuéntamelo todo. ¿Has prendido fuego al pensionado?

— No, la cosa no es tan grave — sonrió Puck —. Pero de todos modos para mí es bastante triste...

— Habla ya...

Y entonces Puck les contó sus problemas, mientras el matrimonio la escuchaba en silencio. Al final, el señor Holm dijo dudando:

— ¡Ya! No sé si será fácil arreglar este asunto, Puck. No sé mucho sobre los planes que hay sobre la construcción del puerto de Valparaíso y...

— Pero ¿qué estás diciendo, William? —le interrumpió la señora Holm en tono decidido —. ¿No tienes acaso más de la mitad de las acciones de «Danaplan»?

— Sí..., bueno..., claro...

— En tal caso debes tener alguna influencia. Llama al director por teléfono y dile que el ingeniero Winther necesita esas vacaciones.

El hacendado Holm hizo una mueca cómica.

— Es muy divertido escucharos a las dos. Sólo por el mero hecho que yo sea el mayor accionista de una empresa de ingenieros, no puedo decidir tal cosa. No tengo nada que ver con la marcha cotidiana de la empresa, y tiene que haber razones muy especiales para que Joergen haya tenido que suspender sus vacaciones...

Al ver la tristeza en el rostro de Puck, añadió en tono consolador:

— No te desanimes, hijita. Naturalmente, voy a intentarlo. Pero..., ejem..., las autoridades chilenas no son fáciles de convencer.

— Bueno, seguramente Chile no va a declarar una guerra a Dinamarca por eso — opinó la señora Holm con ironía —. No te cuesta nada llamar a «Danaplan» y arreglar el asunto. Puck y yo esperaremos aquí.

La señora Holm acarició la mejilla de Puck y dijo con amabilidad:

— Ya verás, todo irá bien... Y ahora que estás aquí, se me ocurre una idea. ¿Has pensado ir a Sundkoebing este fin de semana?

— No, estuve allí el domingo pasado.

— En ese caso, ¿por qué no vienes aquí para pasarlo con nosotros? Puedes traer un par de amigas, si quieres.

— Un millón de gracias. Me gustaría mucho —contestó Puck.

— Entonces quedamos en eso, ¿eh?

Puck no podía dejar de sorprenderse. La señora Holm, tan bonita y elegante, siempre se mostraba muy simpática y agradable, aunque en la comarca decían que era demasiado arrogante. Y además parecía que su marido le hacía mucho caso. Quizás había sido de mala educación mezclar al hacendado Holm en el asunto..., pero deseaba tanto tener a su padre con ella...

El señor Holm tardó bastante en regresar de su despacho y sus primeras palabras no fueron muy animosas:

— He hablado con el director, pero no creo que pueda hacer nada.

— ¡Ah...!

— Bueno, no te desanimes. Esperemos un par de días. El director me ha prometido hacer todo lo posible para que venga tu papá durante las vacaciones de otoño, pero no ha podido decirme nada aún con seguridad. Cuando se es ingeniero, como tu padre, se tiene

mucha responsabilidad sobre los hombros. El tiempo es oro, y en las grandes empresas siempre se expone mucho dinero...

— ¡Uf! —suspiró la señora Holm—. Los hombres de negocios no habláis de otra cosa que no sea de dinero...

Holm acarició la mejilla de su esposa.

— El dinero es una desgracia necesaria, querida... Sobre todo si uno tiene una bella esposa. Las modistas y los salones de belleza no trabajan gratis.

La señora Holm levantó la mano como para darle un cachete y dijo riendo:

— Me contentaré con dos vestidos de noche esta temporada si consigues que el ingeniero Winther pase sus vacaciones junto a Puck.

— Ya. ¿Cuántos vestidos habías pensado comprarte?

— Tres.

— Entonces no me negarás que hago un mal negocio si un solo vestido de noche le va a costar a «Danaplan» varios cientos de miles de coronas. Bueno, esperemos a ver lo que decide el director. Aún hay esperanza. Me parece que debías ofrecerle algo a Puck.

La señora Holm hizo un gesto desolado con las manos.

— Pero, hijita, ¡qué tonta soy! Estamos charla que te charla, y tú debes de tener hambre.

— No, no —replicó Puck—. No tengo apetito, de verdad.

— Claro que sí...

La señora Holm pulsó un timbre y, poco después, Puck no tuvo ocasión de queja. Trajeron refrescos, pasteles y fruta. La señora se sirvió una copita de jerez, mientras su marido prefería un whisky y un puro.

— He invitado a Puck y a sus amigas a pasar el fin de semana con nosotros —dijo la señora Holm.

— Ya —dijo el hacendado sonriendo—. Supongo que no vendrá todo el colegio de Egeborg.

— Puck puede traer cuantas amigas desee.

— Bien, muy bien —asintió el hacendado chupando de su puro—. Como siempre, desbordas de buenas ideas... No es por nada, pero supongo que te acordarás de que sólo tenemos catorce habitaciones para huéspedes.

Puck se rió.

— Le prometo, señor Holm, que seremos cuatro como máximo, y no necesitaremos más de dos habitaciones.

— En ese caso, encantado — sonrió el hacendado —. ¿También cuentas con Annelise?

— No, ella pasará el fin de semana, como siempre, en casa de sus padres, en la Gran Granja.

El señor Holm sonrió burlón.

— Tengo suerte; así no tendré que escuchar vuestras charlas sobre la última moda. Annelise es una chica encantadora, pero su cerebro está envuelto en vestidos de noche, ropa interior, pantalones, jerseys y qué sé yo.

— Annelise tiene buen gusto — opinó la señora Holm.

— Sin duda — admitió el hacendado con ironía —, porque siempre dice que vistes de una manera tan «simpática», o como diga ella...

Se volvió hacia Puck:

— Hace mucho tiempo que no venías por aquí, Puck. ¿Cómo te va en el colegio?

— Bien..., bastante bien... —contestó en tono evasivo.

— Eso, sin duda, quiere decir que no tan bien —rió Holm—. Bueno, no te preocupes, como hija de Joergen Winther te arreglarás bien en la vida. ¿Has vivido alguna aventura emocionante últimamente?

— La gata del colegio ha tenido gatitos — declaró Puck —. Y Alboroto no ha tenido ninguna nota de mala conducta durante las últimas dos semanas... A pesar de ello... Ah, sí, ahora me acuerdo...

De repente se acordó del encuentro que había tenido y dijo un poco vacilante:



—He visto un campamento de gitanos esta tarde, con un montón de gente pintoresca...

— ¿Campamento de gitanos? —repitió el hacendado inclinándose hacia delante en la silla—. ¿Dónde?

— Arriba, en campo abierto, junto a la linde del Bosque Noerre.

— No me digas...

Holm dejó su puro y miró a su mujer. Luego continuó con aire sombrío:

— ¿Así que han llegado gitanos a la comarca? No había estado por esa parte en los últimos días..., ¡ejem!..., pero creo que será preciso hacerles una visita.

— ¡Oh, William!... — empezó la señora Holm nerviosa.

Él la interrumpió con un gesto de la mano.

— Debo vigilar un poco, cuando esa clase..., quiero decir, cuando tenemos huéspedes en la comarca.

Puck miró asombrada al matrimonio. No se le había escapado la rápida mirada del señor Holm a su esposa. No cabía duda de que sus palabras acerca de los gitanos había creado un ambiente tenso. Pero ¿qué había en el fondo de todo aquello? No era corriente ver gitanos por los caminos de Dinamarca..., pero, a pesar de ello, aquel comportamiento de sus anfitriones no era normal. Debían de tener algún secreto.

Por naturaleza, Puck no era muy curiosa, pero esta vez sentía ganas de saber la verdad. ¿Por qué se habían puesto tan raros el señor y la señora Holm al saber que habían llegado unos gitanos a la comarca?

Puck aún estaba pensando en estas preguntas media hora después, cuando regresaba al pensionado. Al pasar por delante de las ruinas de lo que había sido la posada de Oesterby antes del incendio, sus pensamientos tomaron otra dirección. No podía olvidar los dramáticos y emocionantes acontecimientos en torno a aquel incendio. «Quizá logre aclarar algo respecto a esto en el próximo fin de semana», pensó.



Alboroto y Cavador estaban sentados en el sótano de Egeborg con caras largas. Ante ellos había una jaula grande con sus ratoncitos blancos. Los pequeños animales solían animarles, pero en esta ocasión ni siquiera mejoraban los decaídos ánimos de los dos revoltosos.

—¡Ay! — suspiró Cavador —. ¿Por qué no vendemos estos ratones?

— ¿Qué? —preguntó Alboroto como si no diera crédito a sus propios oídos—. Tienes la cabeza como una olla de grillos.

— Me aburren estos ratones. Si logramos venderlos con jaula y todo, podremos comprar muchos helados en la pastelería del señor Bose.

La voz de Alboroto denotaba un amargo reproche:

— Amigo mío, me has defraudado horriblemente. Estas pequeñas y simpáticas criaturas siempre han estado cerca de nuestros corazones, han compartido lo bueno y lo malo con nosotros..., han pasado hambre, cuando nosotros hemos pasado hambre. Han estado tristes, cuando nosotros lo estábamos; se han reído, cuando tú y yo nos reíamos...

— ¡Tonterías!

Alboroto suspiró hondo.

— Me avergüenzo de llamarte amigo. ¿Has olvidado tan pronto la alegría, distracción y sorpresa que hemos causado al soltar un par de estas criaturas indefensas a los pies de la señorita Fagerlund o junto a Puck y los otros angelitos del «Trébol de Cuatro Hojas»?

— Bueno, pero ese truco está ya muy gastado. Ya no nos sirve —

gruñó Cavador—. Si quieres que te diga la verdad, estamos al borde de un abismo. No pasa nada divertido a nuestro alrededor, aquí, en el colegio... Esto parece un parvulario.

— Nos estamos haciendo viejos, Cavador.

— Lo dirás por ti, que pareces una momia y ya no se te ocurre nada divertido.

— ¿Qué te parece esconder los impertinentes de la señorita Fagerlund?

— Ya hemos usado ese truco.

— ¿Y si echáramos carburo en su tintero?

— Muy gastado.

— ¿Polvos de «pica-pica»?

— Debía darte vergüenza.

— ¿Y si calentamos hasta que queme la manija de una puerta?

— Todo eso ya lo hemos hecho — suspiró Cavador a punto de caerse de aburrimiento—. Tendremos que enfrentarnos con los hechos, Alboroto. Tú y yo hemos perdido el derecho a vivir, hemos perdido el don de la imaginación... —Suspiró aún más hondo y continuó—: Claro que sería una idea formidable meter un erizo en la cama de Josiassen..., pero es muy difícil encontrar un erizo vivo y, además, no tenemos la llave de la habitación de Josiassen.

— ¿Qué te parece una familia de víboras en la cama del «Buitre»? — propuso Alboroto sarcástico.

— No sirve —contestó su amigo—. Imagínate si el «Buitre» les muerde a las víboras, los pobres animales morirían envenenados.

Alboroto asintió con la cabeza. La profesora de lengua danesa y literatura, la señorita Kragh, era su enemiga. Había sucedido a la popular y simpática Benedikte Holm, y los alumnos le pusieron en seguida el mote de «Buitre». Desde el primer día se declararon la guerra la señorita Kragh y los traviesos Alboroto y Cavador. Los dos revoltosos muchachos no encontraban nada simpática a la enérgica y sabihonda profesora, entre otras cosas porque ella era partidaria de apuntarles en el librito negro y de ponerles malas notas.

Por unos segundos reinó el silencio en el sótano de Egeborg. Tanto Alboroto como Cavador estaban sentados con la cabeza apoyada en las manos, mirando ante sí con caras sombrías. Los ratoncitos roían su comida o corrían enérgicamente dentro de un pequeño molino de madera, pero en aquel instante no había nada

en el mundo capaz de animar a los dos chicos más traviesos del pensionado de Egeborg.

— Alboroto — sonó la voz de Cavador desesperanzada.

— ¿Qué...?

— ¿Nos fugamos del colegio?

— ¿Qué...?

— Sí; ¿por qué no? Tarde o temprano nos echarán. Podíamos adelantarnos un poco. Si continuamos en este colegio, terminaremos en un manicomio.

— ¡Hola, chicos! — sonó una voz alegre.

Era Puck, que bajaba la escalera del sótano. Los dos amigos la miraron boquiabiertos cuando continuó:

— Ya sabía que iba a encontraros aquí en compañía de los ratones. ¿Os estáis aburriendo, chicos?

— Sí, mucho... — contestó Alboroto.

— Entonces voy a animaros un poco — rió Puck.

De repente, los dos muchachos parecieron cobrar vida. Alboroto preguntó con voz animada:

— ¿Qué quieres decir, Puck? ¿Estás tramando algo?

— Seguro...

— Habla, maquiavélica criatura.

Puck hizo un gesto imperioso con la mano.

— Moveos un poco y dejadme sitio en medio, «archibandidos».

Los dos chicos obedecieron rápidamente, y Puck se sentó con gesto de reina. Le divertía torturar un poco a aquellos dos revoltosos. Tenía la sensación de haber llegado en el momento oportuno. Conocía de sobra a Alboroto y Cavador. Se aburrían mortalmente cuando no pasaba nada divertido o emocionante, pero al mismo tiempo eran los mejores compañeros que se podía desear. De vez en cuando se pasaban de la raya con sus travesuras, pero en caso de apuro se mostraban como excelentes camaradas. Los dos conocían bien las leyes del compañerismo y, si hacía falta, no vacilaban incluso en jugarse la vida. Lo habían demostrado una noche tormentosa, cuando habían salvado a Dorthé Hagen de ahogarse en medio del lago Ege. Alboroto y Cavador no daban nunca la espalda en una situación peligrosa.

— Bueno, tú dirás — empezó Alboroto.

— Estamos ansiosos de escuchar tu voz — añadió Cavador.

Puck puso sus manos en los hombros de sus dos amigos.

—Tengo la certeza de que os estáis aburriendo en este momento, pero menos mal que vuestra anciana tía Puck tiene noticias que os animarán un poco... ¿Me creéis?

— Sí, claro... — dijo Alboroto.

— Naturalmente —continuó Cavador—. Pero ¿te molestaría empezar a explicarnos ya de qué se trata? Habíamos decidido fugarnos del colegio..., pero puede que tú llegues como un ángel salvador en el último instante.

Puck rió.

— En ese caso no sé si es conveniente reteneros en el colegio. Quizás estoy haciendo un mal favor al director Frank, pero en este momento no importa. ¿Qué vais a hacer este fin de semana?

— Aburrimos — contestó Alboroto.

— Porque no se nos ocurre ninguna buena trastada — añadió Cavador.

— A mí sí que se me ha ocurrido una buena idea — sonrió Puck.

— Explícate — pidió Alboroto ansioso —. Claro que nunca fuiste un genio, querida Puck, pero hasta una gallina ciega puede encontrar un grano de trigo..., y nosotros nos alegraríamos de que tú hayas encontrado tu idea.

— Salvarás un par de almas perdidas — asintió Cavador —. Sin diversión, la vida es absurda.

— Sí, y si no hacéis travesuras os moriríais — rió Puck —. Pero, callaos; os voy a contar algo...

Y explicó con todo detalle su encuentro con los gitanos y el comportamiento algo extraño del hacendado Holm y su mujer. Los chicos no parecían muy animados cuando concluyó su relato:

— Estoy segura de que hay algún misterio en todo esto... y debemos averiguarlo juntos.

— ¿Cómo? —preguntó Alboroto, contemplando sin interés a sus ratoncitos.

Puck le dio un empujón.

—No es tan fácil contestar a eso, tonto. Debemos dejar que las cosas sucedan por sí solas... ¿No te parece extraño que los gitanos estén fabricando una embarcación?

— No.

— ¡Usa tu cerebro!

— No tiene — suspiró Cavador.

— ¿Tú sí? — preguntó Puck rápidamente.

— Ya lo creo —dijo Cavador pavoneándose—. Si esos gitanos están fabricando una barca, lo más lógico es que piensen usarla para divertirse.

— ¡Bravo, fantástico! — exclamó Puck con irónico entusiasmo—. Eres un genio, querido Cavador..., un supergenio... Nunca te hubiera creído capaz de tan sabias conclusiones.

— Ya —gruñó Cavador mirando con desconfianza a Puck—. No creo que una barca sirva para otra cosa. Bueno, explícate, pareces tan misteriosa.

Y Puck explicó. El interés de los dos muchachos creció cuando dijo:

— Creo que los gitanos tienen muy poderosas razones para escoger el lugar de acampada junto al Bosque Noerre. El bote que están construyendo seguramente lo usarán en el lago Ege..., no para divertirse precisamente... ni tampoco para pescar...

— Pues entonces ¿para qué? —preguntó Alboroto con ansiedad. Puck continuó:

— No se atreverían a pescar. Si alguien les viera, les pondrían una multa y serían expulsados de la comarca... No, yo creo que van a usar la embarcación para ir a la isla del Caballero Volmer...

— ¿A la isla del Caballero Volmer? — preguntaron los chicos boquiabiertos—. ¿Y qué iban a hacer allí?

— Eso es precisamente lo que tenemos que averiguar —contestó Puck sin dejarse interrumpir—. No me cabe la menor duda de que los gitanos están muy interesados en la isla..., tal vez sea sólo una tontería..., pero quizá logre que la señora Holm hable de esto.

— ¿Y nosotros? ¿Qué vamos a hacer nosotros? —preguntó Cavador.

— Vosotros os quedaréis en el colegio el sábado y el domingo, listos para salir. Voy a pasar el fin de semana, con Navio y Karen, en la Granja del Este. Ya tendréis noticias nuestras. Seguramente necesitaremos uno de los botes de remos; este año tenemos la suerte de poder disponer de ellos sin tener que pedir permiso al director.

— De acuerdo —dijo Alboroto—. Estaremos esperando noticias de vuestro cuartel general en la Granja del Este... Y si vamos a tener jaleo con los gitanos, te nombraremos angelito comandante.

Cavador continuó:

— De esta manera has logrado evitar el trágico fin de dos genios... Pero ¿qué vamos a hacer si no ocurre nada?

— Esperemos lo mejor... ¡Hasta la vista, chicos!

Puck se marchó.

Los dos amigos estuvieron un rato sin hablar. Luego dijo Alboroto:

— Quizás esto sea nuestra salvación, querido Cavador. Ya sé que Puck está completamente chiflada; pero, de vez en cuando, tiene sus momentos de lucidez que se aproximan a geniales.

— Puck es genial — opinó Cavador —. Si uniéramos nuestras fuerzas mentales, seríamos capaces de conquistar el mundo.

— Y Marte —asintió Alboroto—. ¿Aún quieres vender los ratones?

— Bueno... Esperemos un poco.

—

Y dieron de comer otra vez a sus queridos animalitos.

* * *

Puck había puesto a sus tres amigas al corriente de los acontecimientos. Por desgracia, Inger no pudo acompañarles a la Granja del Este, porque había quedado en pasar el fin de semana con sus padres; pero Karen y Navio se encontraban en el séptimo cielo. La Granja del Este era tan acogedora y agradable... y había muchas cosas divertidas que ver... e incluso una aventura que vivir.

Les fue difícil aguantar las cuatro clases del sábado. Tan pronto como sonó el timbre indicando que habían terminado, salieron corriendo en dirección al «Trébol de Cuatro Hojas». Inger iba a tomar el tren de Oesterby; sus tres amigas irían en bicicleta hasta la hacienda. Cuando Navio sacó su maleta más grande y empezó a llenarla con cosas necesarias y sobre todo innecesarias, Puck exclamó riendo:

— ¡Basta, Mavío!... No vamos a dar la vuelta al mundo, sino a pasar un fin de semana.

— Siempre va bien tener abundante ropa — opinó Navio —. Quizá nuestra aventura con los gitanos nos retenga...

— No estaremos más que hasta el lunes por la mañana —sonrió Puck—. Estoy segura de que el director Frank no va a darnos más días libres sólo a causa de una tribu de gitanos.

Inger cerró su maleta y dijo en tono tranquilo:

— Bueno, supongo que seréis razonables. No necesito decíroslo, ya lo sé; pero quiero daros un consejo: tened cuidado. Quizá Puck esté en lo cierto y haya algo misterioso con respecto a esos gitanos, pero en tal caso debéis tener aún más cuidado. Los gitanos suelen ser gente primitiva, de genio muy vivo... su sangre hierve fácilmente... y hay que tener mucho cuidado en no molestarles.

— Nosotras contamos con Alboroto y Cavadador —dijo Navio despreocupada.

Inger sonrió.

— Sí, son una buena ayuda..., pero no servirán de mucho frente a toda una tribu.

— Lista para salir — informó Karen.

Yo también — dijo Puck.

Navio, como siempre, fue la última en terminar. Cinco minutos más tarde, las cuatro amigas salían en dirección a Oesterby, donde Inger se despidió de ellas delante de la estación.

Después Karen, Navio y Puck pedalearon hacia la Granja del Este. De repente. Navio dijo con las cejas fruncidas:

— Inger siempre resulta tan exageradamente cautelosa.

— Sí —admitió Karen—. Ella es la más sensata de las cuatro.

* * *

Cuando Puck y sus dos amigas llegaron a la hacienda, el dueño estaba en el campo, pero la señora Holm recibió a las muchachas con gran cordialidad. Les ofreció una habitación a cada una y, cuando se hubieron arreglado un poco, ya les esperaba con la merienda en la sala del jardín. Para felicidad de Navio había gran cantidad de chocolates y bombones entre las apetitosas viandas de la mesa y la anfitriona no necesitó animarla para comer. Mientras la conversación de sus compañeras era muy animada, Puck estaba extrañamente callada.

Pensaba en cómo sonsacarle a la señora Holm su secreto. No tenía duda de que había algo misterioso en torno a los gitanos..., pero no sabía qué hacer para enterarse. Seguramente, ni Holm ni su esposa querían hablar del asunto.

Puck intentó que su voz sonara indiferente cuando se volvió hacia la señora Holm y le preguntó:

— ¿Ha ido ya su marido a ver los gitanos?

— Sí —fue la lacónica contestación de la señora. Y continuó como si aquello no le importara—: Vamos, chicas, debéis tomar algo. Coméis como pájaros. ¿No te gusta el chocolate, Lise?

— Ya lo creo —contestó Navio con la boca llena.

También Karen dio su aprobación, mientras Puck intentaba ocultar su fastidio. Era evidente que la señora Holm no quería abordar el tema de los gitanos.

Un cuarto de hora más tarde, Puck propuso a sus amigas salir de paseo por la hermosa campiña y, a pesar de los dulces y las chocolatinas, tampoco Navio tuvo inconveniente en acompañarlas. No estaba mal un poco de ejercicio después de las comidas.

Cuando hubieron salido del patio, Puck opinó:

— Creo que debemos ir en dirección al Bosque Noerre...

— ¿A ver a los gitanos? —preguntó Navio ansiosa.

Puck asintió con la cabeza.

— No pasará nada sólo por mirar. Desde la ladera podemos ver su campamento sin que ellos nos vean a nosotras.

— ¡Formidablemente palpitante! — opinó Navio.

Hacia el norte de la Granja del Este, el bosque descendía en suave pendiente. Era un lugar muy hermoso que durante el invierno servía como pista de esquí a los alumnos del pensionado de Egeborg.

Cuando las tres muchachas empezaron a subir por la ladera, Navio dijo jadeante:

— Lo encuentro más fácil en invierno.

— No te extrañe que no te quede aire después de haber comido un cuarto de kilo de chocolate —rió Puck—. ¿No puedes dejar de ser tan golosa?

Poco después llegaron a la espesura. Entre los árboles reinaba una gran paz y silencio.

— Pronto llegaremos — dijo Puck, bajando la voz instintivamente —. No habléis en voz alta y cuidado con pisar las ramas secas. No debemos delatarnos.

Poco después pudieron oír voces y las frágiles notas de un violín. Desde la parte alta de la pendiente vieron el campamento de los gitanos, justamente debajo de ellas. Procuraban esconderse detrás de los matorrales que crecían muy espesos en aquel lugar.

Había mucho jolgorio allá abajo. Un grupo de niños jugaban. En

la escalerilla de uno de los coches, un joven tocaba el violín, mientras a su lado algunos hombres tomaban el sol; otros estaban ocupados embreando una rudimentaria embarcación. Si Puck hubiera tenido la más pequeña duda respecto al misterioso destino de aquella especie de bote, entonces se le hubiera disipado. Al parecer, aquellos hombres la habían construido allí mismo y en aquellos momentos la estaban calafateando. Trabajaban animadamente, sin dejar de hablar. Lo hacían en alemán y sus voces se distinguían claramente. Tanto Puck como Karen sabían suficiente alemán para entender gran parte de la conversación. En aquel momento, los gitanos discutían sobre el tiempo que necesitaba la brea para secarse.

— No creo que se seque en ocho horas — decía uno de ellos.

— Yo sí —contestó otro—. Además no tiene ninguna importancia. Tampoco importa que nos manchemos la ropa un poco... si no llega a secarse del todo... —Y añadió riendo—: Puede que estas manchas de brea tengan un buen premio. Quizá podamos comprarnos un traje de fiesta nuevo, Sancho.

Los otros rieron a carcajadas. Parecían estar de un humor excelente mientras realizaban su trabajo. Embreaban cuidadosamente las juntas de las tablas para evitar que entrara el agua. La pequeña barca era fea y basta, y no parecía tener muchas cualidades para navegar. «Aunque los gitanos tienen fama de mañosos, esto no quiere decir que puedan construir un buen barco — pensó Puck —. Bueno, tampoco van a usarlo para un largo viaje. ¿Dónde estará el jefe de la tribu?»

Hasta aquel momento, Puck no le había visto. Quizá estaría durmiendo la siesta. Un jefe no necesita trabajar tanto como sus súbditos.

Navio estaba tan distraída observando el campamento que estuvo a punto de resbalar por la pendiente. Puck la agarró del brazo y musitó:

— Por lo que más quieras, ten cuidado. Si caes encima de los gitanos lo estropearás todo...

— Es formidablemente palpitante —musitó Navio.

— ¡Cállate! Vamos a ver si logramos oír lo que dicen allá abajo...

De repente se calló. Le pareció oír un ruido extraño detrás de ella y volvió la cabeza. Se sobresaltó y estuvo a punto de gritar. A

pocos pasos había un gitano inmóvil contemplándolas. Era el jefe de la tribu.

Las otras dos muchachas también vieron al hombre, y Navio se asustó tanto que estuvo a punto de escapar.'

— ¡Ay, no! —exclamó espantada.

— No hagas comedias — le ordenó Puck en una voz baja, pero autoritaria—. Debemos actuar de forma natural.

— Ese tipo no es un caníbal — dijo Karen también en voz muy baja.

Las tres amigas se quedaron rígidas como estatuas mientras el jefe se acercaba despacio. Sonrió ampliamente, pero cuando vio a Puck frunció el entrecejo un momento, aunque pronto volvió a sonreír y exclamó alegremente:

— ¡Ajá! La joven dama haber vuelto... y con amiguitas..., serán cinco coronas por decir a todas la buenaventura.

— No, gracias —dijo Puck—. Hemos salido de, paseo por el bosque y quería enseñar su campamento a, mis amigas. Es..., ¡ejem!..., es tan pintoresco e interesante..

— Ya... Ya... —asintió el gitano y se calló.

Puck se estaba poniendo nerviosa. Dijo rápidamente, un poco insegura:

— Bueno... Nos vamos...

— ¿No querer saber buenaventura? —preguntó sonriente el gitano—. Sólo tres coronas.

— No, gracias... No tenemos dinero.

— ¡Vaya, vaya...! La señorita poder pagar mañana... ¿Usted vivir por aquí?

Le pareció a Puck notar un tono interesado en la pregunta del gitano. Parecía ansioso por saber donde vivía; así que contestó rápida:

— No. Vivimos bastante lejos de aquí..., en el pensionado al sur del lago... Pero estamos pasando un fin de semana cerca.

— Ya...



—Bueno, debemos marcharnos — continuó Puck —. Adiós, adiós.

— Adiós, jovencita — sonrió el jefe de la tribu.

Las tres amigas se alejaron despacio por el bosque, aunque hubieran deseado huir de aquel lugar a toda prisa. A pesar de su sonrisa, el gitano tenía aspecto un tanto sombrío. Detrás de su amable máscara parecía esconder algo que no prometía nada bueno.

Cuando se hubieron alejado lo suficiente, Puck exclamó fastidiada:

— Me da rabia que ese tipo nos haya encontrado espiando. Ahora temo que los gitanos pongan centinelas.

— ¿Centinelas? —repitió Karen—. ¿Para qué?

— Para avisar si llegan curiosos —contestó Puck—. ¿No escuchaste lo que decían esos hombres de la barca?

— Claro, pero no me pareció demasiado interesante.

— Pues lo es. Esos tipos están preocupados por saber si la brea se secará en ocho horas..., eso quiere decir las once de la noche... Y cuando hablaban de que se les podía manchar la ropa con la brea, no hay duda de que quieren usar el bote esta misma noche... para ir a la isla del Caballero Volmer...

— ¡Formidablemente palpitante! —exclamó Navio—. Y nosotras ¿qué haremos?

— Vamos a trazar un plan —contestó Puck—. Dejadme pensar un momento con tranquilidad.

Durante un rato, las tres amigas anduvieron por entre los árboles. Cuando llegaron hasta la carretera, Puck dijo:

—Ya está. Cuando regresemos a la Granja del Este, tendrás que tomar la bicicleta y marchar al colegio, Navio. Debemos avisar a Alboroto y a Cavador. Diles que estén listos con la barca a las diez en el promontorio. Allí nos encontraremos con ellos y juntos iremos a la isla...

— ¿Qué? — hipó Navio asustada.

Puck se rió.

— Querida Navio, siempre te gustan las cosas formidablemente palpitantes, y esta noche quedarás satisfecha para un mes por lo menos. Diles a Alboroto y a Cavador que procuren llevar algunas almohadas y mantas para nuestra barca.

— ¿Para qué quieres mantas y almohadas?

— Te lo diré más tarde...

— ¿Cómo vamos a salir de la casa del señor Holm esta noche? — preguntó Karen.

—



—Ya encontraremos la manera —contestó Puck optimista—. Si pensamos llegar a la isla, es preciso salir desde el promontorio.

— Pero ¿por qué no nos pueden venir a recoger los chicos al embarcadero de la hacienda?

— Usa tu cerebro, Navio. Desde el campamento, los gitanos se darían cuenta de que cruzamos el lago, mientras que si salimos del promontorio no nos verán. La isla nos ocultará.

— Piensas en todo, Puck — dijo Karen con un gesto aprobador.

Pero la alabanza era exagerada porque Puck no había previsto una cosa: que ella y sus amigas eran vigiladas. Si al llegar a la entrada de la granja hubiera vuelto la cabeza, quizás hubiese visto al joven del violín. El jefe de los gitanos le había mandado seguir a las tres muchachas para saber dónde vivían. Aunque ella dijera que vivían en el pensionado de Egeborg, el jefe de los gitanos sospechó que estaban en la Granja del Este.

Cuando el joven gitano regresó confirmando las sospechas del

jefe, éste cerró sus puños morenos maldiciendo entre dientes.



Alboroto y Cavador se aburrían. Iban y venían sin descanso por el parque del pensionado. De vez en cuando se acercaban a los invernaderos para ver si llegaba algún mensajero de la Granja del Este, pero no vieron a nadie.

— Ya no creo que vengan —gruñó Cavador.

Alboroto se encogió de hombros.

— Como dijo aquél: «Es difícil adivinar... sobre todo el futuro». Así que sé tan poco como tú. Pero no vamos a perder la esperanza. Si esta aventura falla, me muero...

— Será una pérdida irreparable para el pensionado — opinó su amigo —. Y si yo sigo tus pasos será catastrófico.

— Estoy de acuerdo contigo — asintió Alboroto —. Somos los mejores cerebros de este colegio, pero... hace tanto tiempo que no los hemos usado...

— El mundo está loco — suspiró Cavador.

— No hay sitio para los genios — filosofó Alboroto.

— ¡Hola, chicos! — sonó una voz alegre.

Era Navio, que venía pedaleando a toda velocidad por la entrada.

— ¡Hola, angelito! —saludó Alboroto—. Veo por tu cara que traes buenas noticias.

— Seguro...

— ¡Fantástico! El lunes os invito a tomar helados en la pastelería del señor Bose..., de los que valen casi una corona... ¿Eh, Cavador?

— Calma, chico. Vamos a escuchar primero lo que nos tiene que contar Navio. No hay que malgastar el dinero.

— ¿Qué noticias traes. Navio?

Y la muchacha contó toda la historia mientras los chicos la escuchaban ansiosos.

— Puck está segura de que los gitanos piensan ir en bote a la isla antes de medianoche, pero nosotros estaremos ya allí. Vendremos aquí sobre las diez, y vosotros debéis tener lista la barca en el promontorio. Hay que llevar linternas, mantas y almohadas...

— ¿Mantas y almohadas? ¿Para qué? —preguntó Alboroto boquiabierto—. ¿Ha pensado Puck abrir un hotel al aire libre en la isla?

Navio parecía contrariada:

— Las mantas y almohadas son para ponerlas en la barca, para que Karen y yo podamos aguantar mucho tiempo...

—¿Qué...?

— Sí, así es. Cuando lleguemos a la isla, vosotros y Puck saltaréis a tierra; mientras, Karen y yo nos iremos lago adentro, a distancia prudente de la ribera. Y nos acostaremos en el bote...

— No comprendo nada — dijo Cavador.

— Ni yo —suspiró Alboroto—. Y eso que somos unos genios...

— Lo que pasa es que Puck es más lista que vosotros dos juntos — se burló Navio —. No podemos dejar el bote en la isla, porque los gitanos se darían cuenta en seguida y en ese caso estaríamos listos los cinco. Karen y yo nos alejaremos un poco con él y nos mantendremos echadas dentro para que no nos vean desde tierra. De vez en cuando asomaremos la cabeza con mucho cuidado para ver si nos mandáis señales con la linterna, porque tarde o temprano tendremos que regresar a tierra firme.

— Sí, el lunes hay clase —admitió Alboroto en tono seco—. Quizá debíamos llevar provisiones...

— ¿Tenéis chocolate? — preguntó Navio.

— Sí, seguro que encontraremos algunas pastillas.

— Pues llévatelas.

— Bueno, bien pensado, si tú vienes también, creo que lo mejor será ir a hacerle una visita al pastelero Bose.

— ¡Es una idea magnífica! Nos veremos a las diez, chicos.

Y Navio montó en su bicicleta y se puso a pedalear en dirección

a la Granja del Este.

* * *

Cuando el hacendado Holm regresó del campo, no estaba de muy buen humor. Naturalmente saludó con afecto a sus huéspedes, pero inmediatamente se dirigió a su esposa con voz dura:

— Estos tipos siguen aquí, y no hay señales de que piensen marcharse pronto.

La señora Holm echó una rápida mirada a las tres niñas y preguntó un poco insegura:

— ¿No hay forma de echarles, William?

Él se encogió de hombros.

— No tenemos motivos. Aparentemente se portan bien, y en ese caso ni Bang, ni la policía, ni nosotros podemos hacer nada...

De repente se calló, como arrepentido de haber hablado demasiado. Se volvió hacia las tres amigas y añadió:

— Estoy hablando de los gitanos. No nos gusta tenerlos cerca.

— ¿No..., eh...? Ya lo comprendo —murmuró Puck.

— ¿Roban? — preguntó Navio ansiosa.

— Hasta ahora no creo que hayan robado nada — contestó Holm en tono brusco —, pero traen problemas. La última vez que una tribu de gitanos recorrió esta comarca tuvieron que vérselas con el señor Bang, el guarda forestal, porque cazaban en vedado; pero estos gitanos no lo han hecho y casi lo lamento.

Puck pensó: «Ahora es el momento. Está tan excitado que seguramente ya ha dicho más de lo que quería decirnos. A ver si hay suerte.»

Con su más inocente sonrisa preguntó Puck:

— ¿Por qué le disgustan tanto los gitanos, señor Holm?

Instintivamente, el hacendado frunció las cejas; pero, de repente, su cara se iluminó con una amplia sonrisa:

— Tú ganas, Puck. Siempre has demostrado ser una chica con la cabeza en su sitio y nos has ayudado en varias ocasiones. Naturalmente, no serás capaz de enfrentarte con una tribu de gitanos, si hasta nosotros hemos tenido que darnos por vencidos... Pero si estás interesada, te dejaré leer la vieja leyenda.

— ¿Una leyenda sobre gitanos? —preguntó Puck.

— Sí; llamémosle una leyenda... o cuento... o algo por el estilo. No se sabe quién escribió el relato. El original estaba en alemán, y

lo encontré entre un montón de viejos papeles cuando compré esta finca, pero he hecho traducirlo al danés y lo guardo en la biblioteca. ¿Te gustaría leerlo?

—Ya lo creo —dijo Puck ansiosa —Las viejas leyendas me gustan con locura

* * *

Mientras ocurría todo esto, se celebraba una grave asamblea en el campamento de los gitanos. Los hombres se habían sentado en la hierba, y el jefe, llamado Geza, llevaba la voz cantante:

—Tiene que ser esta misma noche, pero debemos ser muy cautelosos. Esta chica misteriosa nos ha visitado ya dos veces... la última con un par de amiga... no tengo la menor duda de que nos estaban espionando. Las tres estaban escondidas tras unos arbustos allá arriba, y se asustaron mucho cuando las sorprendí...

Miró en torno y continuó con ojos que echaban chispas:

—Podemos estar seguros de que esas mocosas han sido enviadas desde la Granja del Este... Fritz las siguió y vió que entraban en la casa. Pero contaron que vivían en un pensionado al sur del lago... El hacendado también ha estado aquí y el gordo guardabosque es igual de curioso. Estamos rodeados de espías... Pero les va a costar caro cruzarse en mi camino.

Se oyó un murmullo entre el grupo de hombres que escuchaba, pero no de aprobación. Algunos se estaban cansando de todo aquello; sin embargo no se atrevieron a decírselo al jefe a la cara. Le conocían y le temían. Cuando tenía una idea en la cabeza usaba de todos los medios para obtener lo que deseaba. Con frecuencia le había buscado la policía, pero era muy listo y hasta el momento no habían encontrado pruebas contra él. Gobernaba a sus súbditos tiránicamente y ¡pobre de aquel que se enfrentase con él! Con mucha suerte, Geza se limitaba a emplear sus puños, pero muchas veces sacaba el cuchillo que siempre llevaba consigo y lo usaba con gran habilidad. Era un hombre sin escrúpulos y su gente sabía que no le importaba enviar a cualquiera al otro mundo... si tenía la seguridad de que no se iba a enterar la policía.

Dos niños se acercaron al grupo que rodeaba a Geza y éste hizo un gesto autoritario con la mano gritando:

— ¡Largo de aquí!

Los niños salieron corriendo como conejitos asustados. Tanto los

mayores como los pequeños temían al jefe de la tribu, porque cuando castigaba a alguien le daba igual la edad de su víctima. La cárcel hubiera sido el mejor sitio para él, pero siempre se jactaba de haberse burlado de la policía de media Europa. Su gente le respetaba no sólo por su brutalidad, sino porque, además, pertenecía a una famosa familia de jefes de tribu que contaba con varios «reyes gitanos» entre sus miembros. Eso significaba mucho para aquellas gentes nómadas, que durante siglos no tuvieron patria, pero sí «rey».

Geza se calló un momento y ninguno de los presentes se atrevió a abrir la boca. Al final dijo:

— Debemos tener en cuenta que las tres chicas han visto nuestra embarcación, pero eso no causará problemas, porque es imposible que sepan para qué la vamos a utilizar... y además no creo que nos vayan a molestar por la noche...

De repente se levantó. Se paseaba inquieto de un lado a otro. Geza se detuvo ante los hombres y su voz parecía un rugido:

— Esta noche lo haremos. Nadie logrará detenerme cuando voy a recuperar mi herencia legal, el tesoro que nos ha esperado durante siglos...

De nuevo levantó su puño y continuó con gran exaltación:

— Varios de mis antepasados han intentado recuperarlo en vano; pero yo, el gran Geza, no fallaré. Tengo sangre de reyes en las venas y tanto la herencia como la venganza me pertenecen... ¡Ja, ja, ja...!

Su usa macabra sonó sobre el lago Ege, mientras sacaba su cuchillo y gesticulaba violentamente.



—Con este cuchillo me enfrentaré a quien se atreva a cruzarse en mi camino. Nadie va a estropear mis planes..., nadie..., nadie..., nadie...

Por fin, uno de los más osados preguntó, después de carraspear un poco:

— ¿Estás seguro, Geza, de que el dueño de la Granja del Este no conoce el secreto de la isla?



El jefe colocó de nuevo su cuchillo en la funda y contestó con desdén:

— No me vengas con preguntas idiotas, Sancho. Sólo yo, el gran Geza, conoce el secreto..., el secreto de nuestra noble estirpe, que ha pasado de generación en generación. Ahora soy yo el jefe de la familia y voy a hacer lo que ninguna antes que yo pudo realizar...

Bajó su voz hasta convertirla en un rugido lleno de odio:

— Y juro, que si algo sale mal, el gallo rojo de la venganza cantará sobre la hacienda y todas sus gentes.



Un espléndido día de verano, a principios del siglo XVIII, ocurrió un dramático incidente cerca de Volmersborg, lugar que, mucho después, se llamó la Granja del Este. La joven hija del hacendado, la señorita Ellen, había salido a dar un paseo a caballo, escoltada por un joven criado llamado Niels.

Cuando regresaban a Volmersborg, se tropezaron con una extraña procesión: hombres, mujeres y niños morenos, vestidos con ropas multicolores, llevando bultos de diversos tamaños. Delante de ellos iba un joven muy alto, vestido con más elegancia que los demás, con la cabeza erguida y orgulloso como un noble. Un par de hombres tocaban flautas, mientras los otros charlaban animadamente.

Los caballos se inquietaron. La señorita Ellen intentó calmar al suyo con golpecitos suaves en el cuello y palabras tranquilizadoras; pero entonces ocurrió la catástrofe. Seguramente por burlarse un poco de la noble y elegante señorita, uno de los músicos hizo sonar unas notas estridentes y no tuvo que esperar mucho el resultado. Los dos caballos se encabritaron y el criado salió despedido de la silla. Algunos de los hombres morenos gritaron, mientras otros se reían. Las mujeres chillaron de miedo al ver que el caballo de la señorita pasaba por su lado en furioso galope: estaba desbocado.

En aquel instante actuó el joven jefe. Con increíble rapidez, montó el caballo del criado derribado, el cual estaba a punto de seguir los pasos del primero, y comenzó un furioso galope sobre el mal camino que no estaba en condiciones de semejante cabalgada, por las hondas rodaduras abiertas por los carros. La señorita Ellen

se había inclinado sobre el cuello de su montura en un desesperado intento de mantenerse sobre la silla. Era ésta una posición peligrosísima, ya que montaba sobre una silla de mujer. Pero la joven había perdido completamente el dominio del animal desbocado.

— ¡Socorro! —gritaba desesperada—. ¡Socorro!... ¡Ayúdenme!...

Su grito era instintivo, ya que no podía volver la cabeza para mirar hacia atrás, por donde llegaba el joven para ayudarla. Era un jinete extraordinario, que dominaba su montura a la perfección. La distanció entre los dos jinetes se iba acortando y, al fin, galoparon uno al lado del otro. El joven se inclinó para agarrar el cabezal del caballo desbocado, mientras murmuraba palabras tranquilizadoras en una lengua ininteligible.

La joven seguía aferrada al cuello de su montura gritando de terror, pero en aquel momento pasó algo increíble: el caballo de la señorita Ellen disminuyó su velocidad y al final se detuvo. No era probable que el animal hubiera entendido lo que aquel joven le decía en su extraño idioma, pero de alguna forma parecía tener poder sobre los caballos.

El joven desmontó rápidamente y acarició a los dos animales sudorosos, después extendió los brazos hacia Ellen y la bajó de su montura sin aparente esfuerzo, como si hubiera sido una pluma. Se inclinó respetuosamente ante ella y dijo, en un danés casi sin acento:

— Os pido perdón, señorita. Fue mi gente quien espantó vuestros caballos. Les castigaré.

La señorita Ellen se había recuperado del susto y contempló sorprendida a su joven salvador. Un poco insegura dijo:

— Os doy las gracias, caballero..., pero..., pero ¿quién sois vos?

El joven sonrió y sus hermosos y fuertes dientes se veían blancos como la nieve en su rostro moreno de rasgos regulares. Sus ojos eran negros igual que su cabello. Se inclinó de nuevo diciendo:

— Me llamo Zacho, noble doncella. Vos no me conocéis. Vengo de un país lejano, pero he vivido algunos años en Dinamarca. No me quedo mucho tiempo en el mismo lugar y mis fieles súbditos me siguen donde yo voy...

— ¿Vuestros súbditos? —repitió ella asombrada—. ¿Sois acaso rey?

— No, noble doncella —contestó sonriendo el joven—. Rey no, sólo príncipe...

La muchacha contempló sorprendida y un poco incrédula a su guapo salvador, pero en aquel instante se acercaba renqueando el criado. Cuando la señorita Ellen vio que nada grave le había sucedido, dijo burlona:

—Siempre has alardeado de ser gran jinete, mi buen Niels; pero hoy has demostrado otra cosa. Lleva los caballos a la cuadra; yo te seguiré... —Se volvió hacia Zacho y dijo alegremente—: He cabalgado bastante hoy y espero que vos me acompañéis hasta Volmersborg, para que mi padre pueda daros las gracias de forma digna.

— Con gusto os acompañaré hasta la puerta del castillo, noble doncella... Pero un señor danés seguramente no deseará tenerme bajo su techo...

— ¿Por qué creéis eso? —preguntó Ellen asombrada—. Habéis mostrado valor digno de un caballero y, naturalmente, mi padre querrá daros las gracias en persona.

Y terminó muy decidida:

— No hablemos más del asunto; vos me acompañaréis a ver a mi señor padre.

— Vos mandáis, señora —dijo el joven sonriendo—. Pero primero tengo algo que hacer... Los dos hombres que espantaron los caballos han de ser castigados.

— No es preciso —interrumpió Ellen rápida—. Seguramente lo han hecho sin malicia, y en realidad no pasó nada irreparable.

— Sin embargo, es necesario castigarlos —dijo el joven con voz autoritaria—. Volvamos con ellos.

— Como queráis —suspiró Ellen—. ¿Puedo apoyarme en vuestro brazo? Es muy difícil andar por aquí.

— Naturalmente, señora.

Cuando llegaron al lugar donde esperaban los gitanos, fueron acogidos con expresiones de miedo y preocupación. Los dos músicos tenían la conciencia intranquila. Miraban temerosos a Zacho cuando éste les llamó y dijo:

— Con vuestra música habéis puesto en peligro la vida de esta noble doncella y voy a castigaros. Arrodllos ante ella y rogad el perdón con humildad.

Los dos gitanos obedecieron en el acto. Se arrodillaron murmurando disculpas en un danés chapurreado, mientras la señorita Ellen estaba tan confusa que no sabía cómo actuar.

Al final se puso a reír y dijo:

— Dejad que estos pobres hombres se levanten; si no, tendré que escuchar sus disculpas hasta la puesta del sol.

— Como deseéis — dijo Zacho inclinándose ante ella.

Y con una patada en el trasero de los culpables los echó de allí.

— Levantaos, desgraciados, y estad contentos de que tan noble señora haya intercedido por vosotros. La próxima vez no tendréis tanta suerte.

Poco después, los dos jóvenes estaban en camino hacia Volmersborg; los gitanos recibieron órdenes de esperar el regreso de su jefe.

El señor de Volmersborg, el noble Joachim Daa, recibió a su moreno huésped con gran asombro, y aún se sorprendió más al oír lo que su hija le explicaba. El huésped fue instalado de la mejor manera posible y después fue invitado a ver los caballos del señor de Daa, que tenían fama en toda Dinamarca. Zacho demostró ser un experto en la crianza de caballos, lo cual interesó sobremanera a su anfitrión. El resultado fue que Zacho, el príncipe gitano, aceptó la invitación de quedarse un par de días en Volmersborg. Entretanto, su gente tuvo permiso para levantar su campamento en las tierras del noble.

A Ellen la solución le pareció magnífica, porque por momentos le gustaba más el joven que, para su mala suerte, sentía lo mismo por ella. Esta relación iba a resultar catastrófica; pero los hijos de los hombres siempre luchan, aunque en vano, contra su cruel destino.

* * *

La estancia de Zacho en Volmersborg duraba más de lo que hubieran querido sus gentes. Empezaban a ponerse impacientes. Como nómadas que eran, odiaban quedarse durante mucho tiempo en el mismo lugar; pero nadie se atrevió a mostrar su desagrado al príncipe Zacho que, aunque justo, era muy severo si alguien le contradecía.

En cuanto tenían ocasión, los dos jóvenes se veían en secreto, y pronto se convencieron de que no podían vivir el uno sin el otro. La

situación era desesperada. Ellen era hija única y, como su madre había muerto años atrás, su padre la había mimado mucho y consentido sus menores deseos. Pero había un límite. Nunca le hubiera permitido casarse con un gitano. Esto era demasiado. El noble Joachim Daa no se hubiera divertido mucho si ellos se hubiesen atrevido a pedirle permiso.

Así pues, los dos jóvenes decidieron fugarse juntos.

Se prepararon en silencio. La gente de Zacho recibió órdenes de marcharse a Jutlandia y, desde allí, cruzar la frontera hacia Alemania. Para mayor seguridad, Zacho les dio una ventaja de cuatro o cinco días. Sabía que, al ser descubierta la fuga, los otros gitanos hubieran pagado sus culpas, de haber permanecido allí.

Nunca se supo cómo fueron descubiertos los planes de fuga de los dos amantes, pero lo cierto es que ocurrió.

Los dos jóvenes no sospechaban nada. Todo parecía ir bien. Al llegar la noche, fueron sigilosamente hacia las cuadras para ensillar los caballos; pero cuando llegaban al patio pareció que las sombras cobraban vida. Entre gritos y maldicciones, aparecía gente por todos lados y, aunque Zacho luchaba furiosamente, no pudo hacer nada contra tantos.

El señor del castillo apareció fuera de sí de rabia. Hasta el último momento aún dudaba de lo que le habían dicho. Pero ya no había error posible. La señorita Ellen fue conducida bajo vigilancia a sus aposentos en espera del castigo, mientras el maltrecho príncipe gitano era encerrado en una mazmorra del sótano.

A la mañana siguiente, el joven fue torturado en el «caballo de madera» que había sido colocado en medio del patio del castillo. Permaneció allí con el torso desnudo, bajo los rayos fuertes del sol, sentado a horcajadas sobre un alto caballete, maniatado y con dos grandes piedras colgando de sus tobillos.



Debía de sufrir mucho, pero se mantuvo derecho y firme durante tanto tiempo que, sobre todo a las criadas del castillo, se les saltaban las lágrimas al verlo. Todos querían a la señorita y encontraban que su amado era un hombre joven y bello, pero Joachim Daa era muy duro.

Muchos esperaban que el señor Daa le haría azotar mientras «montaba» el «caballo de madera», pero se contentó con la «cabalgada» en tan horrible instrumento de tortura.

El castigo de Ellen fue verse obligada a contemplar desde su ventana la desesperada situación de su amado; aunque aún tuvo que dar gracias al cielo porque su padre no la había hecho emparedar.

Cuando, después de unas horas, Zacho estaba desplomándose, el señor de Volmersborg decidió concederle la gracia de soltarlo. Al salir al patio para dar la orden, aún pronunció estas palabras:

— Bueno, desgraciado, espero que tengas suficiente. Te voy a soltar para echarte de aquí a patadas.

Estas palabras parecieron dar nuevas fueras al torturado cuerpo del gitano. Zacho levantó la cabeza y contestó, con voz que sólo temblaba ligeramente:

— Vais a arrepentiros de estas horas de tormento y vergüenza, Joachim Daa. Ya he montado dos de vuestros caballos... La primera vez, cuando salvé la vida de vuestra hija, y en este momento, este inanimado potro..., yo, que soy príncipe de sangre real, que puedo contar mis antepasados hasta el primer jefe de tribu que salió de las

montañas de Himalaya...

— ¿Me estás amenazando, infame? —gritó Daa, rojo de ira—. Si te atreves a seguir, te dejaré aquí hasta la puesta del sol.

— Dejadme aquí el tiempo que gustéis, noble señor, pero mi venganza os llegará...

Zacho reunió todas sus fuerzas y aún dijo con orgullo:

— Mi venganza os llegará, Joachim Daa. Si no soy yo, serán mis hijos... o mis nietos... o sus descendientes... No quedará piedra sobre piedra del orgulloso castillo de Volmersborg, aunque para ello haya que esperar durante siglos.

— Quitadme a este loco de mi vista —gritó furioso Daa a sus hombres, que estaban reunidos a su alrededor—. Bajadle del «caballo» y echadle de aquí a patadas.

Sin decir más, dio media vuelta y desapareció por la escalera del edificio principal...



Como castigo por su intento de fuga, la señorita Ellen fue enviada al castillo de Hald, cuyo dueño, Gregers Daa, era primo lejano; y su esposa, la severa Johanne Marie, sabría hacer cambiar de parecer a la desobediente doncella.

Al cabo de una semana, Joachim Daa casi había olvidado lo ocurrido, pero le fue recordado bruscamente una noche.

Cuando ya estaba acostado, le despertó el crepitar de las llamas y los gritos de:

— ¡Fuego!... ¡Fuego!

Saltó rápidamente de su cama y corrió hacia la ventana. Vio el resplandor rojo de las llamas. Los graneros y las cuadras estaban ardiendo.

Se vistió rápidamente con la ropa imprescindible y corrió hacia el lugar del incendio. Pero fueron completamente inútiles los intentos de apagar aquella hoguera. Las llamas brotaban de varios sitios al mismo tiempo y, cuando salió el sol, sólo quedaba de los

graneros y las cuadras unas ruinas carbonizadas y humeantes. Por fortuna, el edificio principal estaba a alguna distancia y pudo salvarse.

Las desgracias de Joachim Daa aún no habían terminado. Pocas horas después se descubrió que el pequeño aposento llamado «el cuarto del tesoro» había sido saqueado totalmente, desapareciendo el oro, la plata y toda la fortuna del señor de Volmersborg. Hasta aquel día Joachim Daa había sido uno de los señores más ricos del país, pero tras el saqueo quedó tan pobre que debería vender parte de sus tierras si quería volver a levantar los edificios quemados por el fuego.

Naturalmente, no le cupo dudas de quién había sido el culpable de todo, y mandó jinetes en todas direcciones en busca del criminal. Todo fue inútil. Joachim Daa no lograba comprenderlo. El peso del tesoro era muy grande y Zacho no llegaría lejos aun llevando buenos caballos. A pesar de ello, parecía como si se lo hubiese tragado la tierra. Joachim Daa estaba furioso como un toro aguijoneado. Sus jinetes buscaron en vano por todos lados. Al final, el señor de Volmersborg se dio por vencido y cayó en una desesperación pasiva.

Mientras él fue el amo, los edificios no fueron reconstruidos; la tierra fue descuidada, lo mismo que el hermoso e histórico castillo. Al final, Joachim Daa se volvió loco y andaba por la noche gimiendo entre las ennegrecidas ruinas donde las malas hierbas crecían y crecían.

Años más tarde, se vio obligado a venderlo todo y, al igual que su pariente Valdemar Daa de Borreby, tuvo un final triste. La venganza del príncipe gitano se había cumplido.

Zacho, en su fuga, logró pasar la frontera con Alemania; pero nadie supo decir cómo había conseguido llevarse un tesoro tan pesado.

Según una leyenda, lo tiró todo al lago Ege, porque no le interesaba el dinero, sino sólo la venganza. La gente de la comarca contaba que, en las noches oscuras, se veía una misteriosa luz en un sitio determinado del lago donde, según la gente, había sido arrojado el tesoro, pero las búsquedas resultaron inútiles.

La vida de la doncella transcurrió más feliz que la de su padre. Había encontrado un nuevo hogar en Hald, pero no logró olvidar a

su amado. Después de la muerte de su padre, había perdido su dote; pero, a pesar de ello, tuvo muchos pretendientes entre los jóvenes caballeros. Todos se sentían atraídos por su belleza seria y tranquila; sin embargo, ella no aceptó a ninguno. Murió soltera a los treinta y seis años de edad.

El incendio y el robo de Volmersborg inquietaron mucho a los daneses. Ya antes de aquel incidente estaban mal vistos los gitanos, pero después, todos los actos criminales, con razón o sin ella, fueron atribuidos a ellos. Al final, todas las tribus fueron expulsadas del país.

Pasaron muchos lustros antes de que los gitanos cruzaran de nuevo la frontera danesa. Lo hicieron media docena de familias que llegaban desde el Sur, pasando por el Holstein, y se mezclaron con vagabundos jutlandeses...



El hacendado Holm asomó la cabeza por la puerta de la biblioteca y preguntó:

— Bueno, Puck, ¿terminaste con la leyenda sobre el príncipe gitano?

— Sí — contestó Puck un poco distraída.

— ¿Qué te ha parecido?

— Es una historia bastante rara... Más bien parece una novela o algo por el estilo.

— Podemos calcular que el primer relato fue escrito en Alemania hace siglo y medio — dijo Holm, mientras tomaba asiento en una cómoda butaca—. Y el final cuando los gitanos entraron en

Dinamarca de nuevo.

— Sí, claro... —dijo Puck sin perder su aire distraído—. El final de la leyenda es muy brusco. Me gustaría saber algo más.

— Quizá puedas saberlo si eres lista o quizá no — dijo el hacendado en tono misterioso, acercándose a la librería.

Buscaba entre los papeles y encontró una cuartilla escrita a máquina. La tendió a Puck diciéndole:

— Toma, amiguita, aquí tienes la traducción de otro texto alemán que fue hallado junto con la leyenda, aunque es imposible decir si hay relación entre ambos. Según mi opinión, lo que está escrito en este papel es una tontería..., pero léelo tú misma.

Y Puck leyó:

«El Rey fue un necio cuando prometió una isla danesa a su fiel bufón, pero no lo fue cuando hizo el mismo regalo al leal caballero y vasallo como él llamado. El caballero tampoco fue un necio, porque no hurgó en las entrañas de la tierra en busca de un tesoro que aún tardaría tres siglos en reposar en su tumba. Sin embargo, aquél que cavó la sepultura fue el más necio de todos, porque dio la espalda a las riquezas y abrazó la pobreza.»

Puck apartó la vista del papel y dijo, asombrada:

— En efecto, me parece una tontería. No tiene ni pies ni cabeza. Se habla tanto de necios que todo eso me parece...

— ¿Una necedad? —propuso Holm sonriendo—. Sí, estoy de acuerdo contigo... —Y añadió ya más serio—: Quizás ahora comprendas por qué no me gusta ver gitanos en los alrededores. La leyenda sobre el príncipe gitano no es difícil de comprender.

— Pero el príncipe cumplió su venganza en vida y no hay razón para creer que varios siglos después sus descendientes lleguen para vengarse.

— Lo que dices suena muy razonable, Puck —admitió el hacendado—. Quizá me estoy tomando todo este asunto demasiado en serio, pero no está de más mostrarse cauteloso, pues me parece bastante misterioso que varias tribus de gitanos hayan hecho más de una vez su campamento por estos alrededores. Nadie me convencerá de que lo hacen para disfrutar del paisaje... Deben de tener alguna razón especial.

— Sí, seguramente — admitió Puck, seria, y añadió —: Perdone, señor Holm, que cambie de conversación, ¿ha tenido usted noticias

del director de «Danaplan»?

— Aún no. Pero quizá las tenga esta noche o mañana. Esperaremos que haya suerte con las vacaciones de tu padre.

— Eso deseo — suspiró Puck.

Miró de nuevo el papel y continuó:

— ¿Le importa prestarme el papel?

— No, claro que no —asintió Holm un tanto sorprendido —. ¿Para qué lo quieres?

— Voy a estudiarlo un poco...

— Como quieras, Puck, y buena suerte — sonrió el hacendado —. Pero, aunque lo estudies desde hoy hasta la Nochebuena, no creo que logres nada. Es una tontería lo escrito en ese papel.

Puck movió la cabeza.

— Sí; pero para quien lo escribiera debe haber tenido algún sentido..., si no se trataba de un demente, claro está, o alguien que quería burlarse de alguna forma. Sería divertido poder resolver el enigma.

— Claro que sí —dijo Holm—. Pero no me parece bien que pierdas tu fin de semana por una tontería así.

Puck salió al jardín en busca de sus dos amigas, pero no las vio por ningún lado. Entonces se puso a releer el texto, aunque entendió tan poco como la primera vez. Al llegar al final del parque, se quedó un momento contemplando el lago Ege y la isla poblada de árboles.



«La isla del Caballero Volrner... Un nombre muy raro... ¿Por que se llamará así? —pensó Puck—. Tengo que acordarme de preguntar

al señor Holm o al director Frank.»

De repente se sobresaltó y exclamó en voz alta:

— ¡Madre mía!... Ya lo tengo... Naturalmente...

— ¡Hola, Puck! — sonó una voz alegre.

Karen y Navio aparecieron por el césped. Puck corrió a su encuentro y exclamó jadeando:

— ¡Hola, chicas!... ¿Cuándo reinó Valdemar Atterdag?

— ¿Valdemar Atterdag? —repitió Navio boquiabierta—. Ni idea.

— Reinó de 1340 hasta 1375 — contestó Karen.

— ¿Por qué te interesa ese viejo? —preguntó Navio.

Puck hizo un gesto con la mano para que se callara:

— Cierra la boca un momento, Navio... Necesito pensar y calcular. Déjame ver... Desde el año 1375 hasta 1700 hay 325 años... Eso coincide con los tres siglos.

— Esta chica se ha vuelto loca — chilló Navio aparatosamente —. Vamos, Karen, huyamos.

— ¡Cállate! —repitió Puck muy excitada—. ¿Recuerdas si Valdemar Atterdag regaló una isla a su bufón?

Karen asintió con la cabeza.

— Sí; recuerdo que «Frederik», el profesor de Historia, lo contó una vez. El rey tuvo la debilidad de prometer a su bufón una de las islas danesas. Cuando tuvo que cumplir su promesa, se arrepintió, pero entonces pensó que no había dicho nada sobre el tamaño de la isla y le regaló una, pequeñísima, en medio del lago Farum que aún hoy se llama isla de «Nicolás el Bufón»..

— ¡Bravo! — exclamó Puck jubilosa —. También llamaban Volmer a Valdemar Atterdag, ¿no?

— Sí, el pueblo le llamaba así, y también los juglares de la época...

— Todo concuerda —dijo Puck exaltada—. Lo sospeché cuando me quedé mirando la isla del Caballero Volmer...

— ¿Estás loca... o eres víctima de una insolación? —gimió Navio —. ¿Llamamos al médico en seguida?

— Yo tampoco comprendo nada — admitió Karen —. ¿Para qué quieres saber todo esto, Puck?

En pocas palabras, Puck contó lo que sabía sobre el príncipe gitano, que, alrededor del año 1700, había robado el tesoro de la Granja del Este. Tendió el papelito a Karen y dijo con ansiedad:

— Intenta leer esto, Karen. Ya verás como todo concuerda, aunque parece una tontería.

Señalando lo escrito continuó:

— Si lo repasamos punto por punto y sólo usamos el nombre de Volmer refiriéndonos al rey Valdemar Atterdag tenemos que: primero Volmer hace la tonta promesa a su bufón de regalarle una isla danesa... La isla de Nicolás el Bufón... Pero, más tarde, actúa sabiamente al regalar otra isla a su fiel vasallo que lleva el mismo nombre que él y esta isla es...

— La isla del Caballero Volmer —exclamó Karen.

— Sí; ¿no ves cómo todo concuerda? Sigamos con el texto: el caballero Volmer no hurgó en las entrañas de la tierra en busca del tesoro, porque el tesoro no fue enterrado hasta 300 años después. También esto concuerda. Y al final nos quedan los últimos párrafos: el hombre que escondió el tesoro era un tonto que renunció a las riquezas y abrazó la pobreza. Según la leyenda, debe tratarse del príncipe Zacho. No le robó el tesoro a Joachim Daa para enriquecerse, sino para vengarse. Fue un enigma para todos, después del robo, la forma en que Zacho pudo huir del país con el pesado tesoro... Pero creo que nosotras hemos dado con la solución: Zacho escondió el tesoro en la isla del Caballero Volmer, y seguramente allí estará aún.

— ¡Fantástico! —murmuró Karen extasiada.

Y Navio palmoteo entusiasmada:

— Es formidablemente palpitante, Puck... Y yo que temía que sufieras de insolación. ¿Vamos a buscar el tesoro en seguida?

—Cálmate —rió Puck—. Tenernos que hacer planes para ver cómo podemos resolver el asunto. Naturalmente que lo más correcto sería avisar en seguida al señor Holm... pero...

Karen sonrió.

— Piensas que eso sería defraudar a Alboroto y Cavador, ¿verdad?

— Exactamente — admitió Puck —. Esos dos bandidos están ansiosos por tomar parte en la aventura. Sería una lástima desilusionarlos. Debemos buscar una solución que satisfaga a todos al mismo tiempo. Démos un paseo, a ver si logramos pensar en algo.

* * *

Cuando una hora después las tres amigas regresaron a la Granja

del Este les esperaba una pequeña sorpresa. El hacendado había sido llamado urgentemente a Copenhague y la señora Holm le acompañaba para visitar a una amiga enferma. El matrimonio dejó una nota diciendo que, a más tardar, estarían de vuelta al día siguiente a la hora del almuerzo. Habían ordenado al ama de llaves que atendiera el menor deseo de sus huéspedes.

— ¡Bravo! —chilló Navio—. ¡Que traiga el chocolate!

La amable ama de llaves obedeció la orden de sus señores al pie de la letra. Pocos minutos después, Navio tenía una caja de bombones ante sí. Karen y Puck se limitaron a tomar un refresco y un poco de fruta.

Cuando el ama hubo salido, Puck dijo:

— Esto ha estropeado nuestros planes. Ahora no podemos contar con la ayuda del señor Holm. Tenemos que sacar las castañas del fuego nosotras solas.

— No te preocupes, tenemos a Alboroto y Cavador — sonrió Karen—. Como los señores Holm no están en casa, esta noche no será difícil escapamos y regresar sin tropiezos. Siempre existe un lado bueno en todas las cosas.

— Es formidablemente palpitante —opinó Navio.

La cena que sirvieron a las tres muchachas fue deliciosa, pero ellas no parecían tener apetito. El ama de llaves estaba desolada, porque creyó que su comida no era lo suficientemente buena para las tres señoritas acostumbradas a la del lujoso pensionado, pero Puck la convenció de que el calor sofocante puede estropear el apetito del más goloso.

Después de la cena, las chicas rondaban por el jardín. Los minutos pasaban lentamente. Puck había pedido la llave de la entrada y el ama de llaves ni siquiera había hecho preguntas; así que no tendrían dificultades al regresar, aunque volviesen tarde. En realidad, todo resultaba más fácil con la marcha del señor Holm y su esposa a Copenhague... Pero no por eso era seguro que todo les iba a salir bien.

* * *

Había luna llena cuando las tres muchachas se encontraron con Alboroto y Cavador en el embarcadero de Egeborg, en el pequeño promontorio. Nadie les observaba en su quehacer. En los edificios del pensionado sólo quedaban más pocas luces encendidas, y nadie

paseaba por el jardín disfrutando de la luna llena. El lago estaba tranquilo y brillante, así que su paseo en barca hasta la isla del Caballero Volmer prometía ser fácil. A pesar de ello, los cinco expedicionarios estaban un poco preocupados. A la luz de la luna sería más fácil para los gitanos darse cuenta de la presencia del bote..., pero había que hacer frente a este peligro.

Cuando poco después, con los dos muchachos remando, se acercaban a la isla, Alboroto dijo a Puck:

— Como ya sabes por propia experiencia, Cavador y yo somos unos chicos muy listos y sumamente inteligentes, así que nos hemos puesto el bañador bajo los pantalones...

— ¿El bañador? —contestó Puck boquiabierta—. ¿Por qué? ¿Crees, acaso, que se trata de una excursión dominical?

— No se sabe nunca —rió Alboroto—. Si Karen y Navio tienen que quedarse varias horas en el bote, quizá se queden dormidas... y en ese caso, Cavador y yo podemos volver al pensionado nadando. A pesar de que la isla del Caballero Volmer es un lugar maravilloso, esto no quiere decir que necesariamente nos guste quedarnos varios días allí.



Puck estuvo un rato sin hablar, contemplando la isla. No estaba tan tranquila como quería aparentar. ¿Qué pasaría si los gitanos hubiesen llegado antes que ellos? En ese caso descubrirían el bote de remos que se estaba acercando... No, no quería pensar en ello, era demasiado inquietante. El corazón de Puck latía con más fuerza.

Por fin llegaron al pequeño embarcadero donde pudieron saltar a tierra. Alboroto parecía leer los pensamientos de Puck, porque dijo en voz baja:

— Espera un momento aquí. Voy a echar un vistazo. No me gustaría recibir una sorpresa desagradable..., ¡jem!..., por lo menos no tan pronto.

Y desapareció entre los árboles...

La isla del Caballero Volmer no era muy grande, pero estaba muy poblada de encinas viejísimas, matorrales y arbustos. Silencioso como un indio, Alboroto se deslizó entre la abundante vegetación. Aquí y allá, los rayos de la luna pasaban entre las copas de los árboles, y de repente le pareció que la noche estaba llena de inquietantes sonidos. Le embargó una sensación de incomodidad y se quedó quieto un momento. Mientras miraba en todas direcciones, le parecía que los latidos de su corazón podían oírse a muchas millas de distancia en la silenciosa noche. ¿Por qué había sentido de repente tanto miedo? ¿Habrían llegado ya los gitanos a la isla y le estarían espiando desde algún lugar?

— ¡Tonterías! — se dijo a sí mismo, reanudando su silencioso caminar.

Al cabo de un cuarto de hora estaba de regreso con sus compañeros. Les informó que no había visto el bote de los gitanos por ningún sitio. También estuvo a punto de contarles la extraña sensación de inquietud que había experimentado, pero cambió de idea. No servía de nada asustar a los demás, pero se preguntaba si no sería una especie de presagio.

Poco después, Karen y Navio se fueron de la isla remando. Habían acordado alejarse a una distancia de unos cientos de metros del embarcadero y quedarse allí en espera de las señales de linterna. Tres destellos cortos significarían que todo iba bien, mientras que tres cortos, tres largos, y tres cortos más, o sea el S.O.S. en alfabeto Morse, significaba peligro y que ellas deberían ir por ayuda en seguida. Asimismo, debían tener mucho cuidado de no levantar la cabeza demasiado mientras se encontraban en el bote, por si a los gitanos les daba la idea de mirar en aquella dirección.

— Nada de dormirse, angelitos —ordenó Alboroto, por último, en voz baja, cuando el bote con las dos muchachas se alejaba sobre la brillante superficie del lago.



—¡Borrigo! —dijo Navio—. ¿Crees de veras que somos capaces de dormimos en una situación tan palpitante?

—¡Ya! — se limitó a decir Alboroto, y aquel «ya» podía significar muchas cosas.

Cuando Puck se quedó sola con los dos chicos, se pusieron a planear la operación. El resultado fue que Alboroto y Cavador, por turno, deberían cruzar el pequeño bosque para ver si los gitanos estaban ya en camino. Cuando esto ocurriera debían dejar obrar al destino.

—No podemos decidir de antemano cómo actuar —dijo Puck—. Tengo la certeza de que los gitanos conocen el lugar donde está enterrado el tesoro... Bueno... En el caso de que tal tesoro exista. Nosotros tres nos limitaremos a espiarles para ver si lo encuentran. En caso afirmativo los dejaremos marcharse tranquilamente con él...

—Pero ¿qué dices? —casi gritó Alboroto—. ¿Vas a dejar que esos monos se larguen con el tesoro?

Puck sonrió.

—¿Cómo has pensado evitarlo? Ya sé que, tanto tú como Cavador, sois un par de chicos fuertes y valientes, pero no creo que lograrais nada contra una tribu entera.

—Pues entonces, ¿qué?

—Como puedes suponer, no llegarán lejos con su botín. Cuando estemos seguros de no habernos equivocado, iremos a tierra firme y llamaremos a la policía de Sundkoebing, y..., ya no nos quedará más que hacer.

—Y si los gitanos empiezan a buscar por toda la isla y nos encuentran, ¿qué pasará?

—No creo que haya el menor peligro, mientras no sospechen que los vigilamos... además los matorrales son un buen escondite.

—¡Ya! —dijo Alboroto—. No me gustaría desilusionaros, pero tengo el presentimiento de que todo esto terminará muy mal.

* * *

El pequeño grupo hubo de esperar más tiempo del calculado. Alboroto y Cavador se alternaban en hacer frecuentes exploraciones para ver si los gitanos se acercaban. Era ya casi medianoche cuando algo sucedió. Cavador llegó corriendo de su expedición y dijo jadeante:

—Ahora vienen. Se ve su bote sobre el agua.

—¡Bravo! — dijo Puck —. Vamos a escondernos a ver qué ocurre. Si nos ocultamos entre estos matorrales, los gitanos habrían de pisarnos para darse cuenta de nuestra presencia. Apuesto lo que queráis a que en seguida se dirigirán hacia donde se encuentra el tesoro.

Pero Puck se equivocó en eso. Después de un cuarto de hora, se oyeron voces entre los árboles. Voces que se acercaban. Cavador murmuró:

—Ya veréis como resulta que nos hemos escondido justamente encima del sitio donde el príncipe gitano enterró el tesoro.

Pero los recién llegados no parecían buscar el tesoro por el momento. Estaban registrando toda la isla antes de empezar su tarea, como para asegurarse de poder trabajar en paz.

Cuando las voces sonaron cerca de su escondite, los tres amigos se mantuvieron inmóviles, apretándose contra el suelo cubierto de musgo. La situación era en aquel momento muy peligrosa, y Puck sintió los violentos latidos de su corazón. Si lograban dar con ellos, estarían perdidos. Todo su plan se vendría abajo... y podían ocurrir cosas aún peores.

Los hombres parecían haberse dividido en pequeños grupos, porque sólo dos pasaron junto al escondite de los chicos. Debían de estar a pocos metros de distancia, pero ni Puck ni los muchachos se atrevieron a levantar la cabeza ni un centímetro del suelo para comprobarlo. Estaban inmóviles como estatuas y la pareja pasó de largo sin darse cuenta de su presencia.

Alboroto musitó en voz muy baja:

—Era justo antes de que...



—¡Silencio! —musitó Puck.

Durante un par de minutos se quedaron quietos escuchando. Oían cómo los diversos grupos se avisaban a distancia. Las voces sonaban claras en la tranquilidad de la noche, pero hablaban una extraña mezcla de danés y alemán, difícil de entender.

De repente, se oyó el sonido de pasos rápidos por el bosque. Las ramas secas crujían bajo los pies. A lo lejos se oía un coro de voces excitadas y Alboroto murmuró:

— ¿Qué habrá pasado ahora?

— Nada bueno, tenlo por seguro — opinó Cavador.

Puck se incorporó ligeramente y escuchó.

— No logro entender lo que dicen — comentó —, pero no hay duda de que están muy excitados por algo.

— No pueden habernos visto —dijo Alboroto.

— No... Es imposible.

—Pero a las otras... —suspiró Cavador.

— ¿A quiénes?

— A Navio y Karen.

— ¿En el bote?

— Sí. Quizás esos dos angelitos hayan levantado la cabeza demasiado... y, en ese caso, un gitano, si no es tonto, se preguntará qué hace un bote de remos a doscientos metros de la isla.

— Lo temía —murmuró Alboroto—. Nos hemos lanzado a una aventura demasiado peligrosa... Las cosas nos irán mal.

— Hasta ahora no ha ocurrido nada — dijo Puck, pero su voz no sonaba muy convincente.

— Ya ocurrirá — dijo Alboroto pesimista —. Hemos perdido la batalla.

Ya no se oían las voces y el silencio cayó sobre la isla. Pero

aquel silencio no prometía nada bueno. Los dos chicos no se acobardaron por ello. Estaban dispuestos a recibir las «bofetadas» en cuando llegaran, pero Puck estaba desolada. No es que tuviera miedo; sin embargo, hubo de admitir que la aventura era demasiado peligrosa. Si el señor Holm y su esposa no se hubieran marchado de Copenhague, la situación sería distinta..., pero ahora era demasiado tarde para lamentarse. Sólo cabía esperar lo mejor.

Alboroto se levantó. Durante un momento se quedó escuchando; como no se oía ningún ruido, dijo en voz baja:

— No me gusta nada este silencio; además, tengo un mal presentimiento...

— ¿Sobre qué? —preguntó Cavador en voz igualmente baja.

— Te lo diré dentro de un momento... Espérame aquí.

Y desapareció en dirección al embarcadero. Puck y Cavador se quedaron pegados contra el suelo, sin decir palabra. Sus pensamientos no eran muy optimistas. Todo había empezado tan bien, pero en aquellos momentos la aventura se complicaba. Sin embargo, Cavador era todo un caballero, y no pensó ni por un momento reprocharle nada a Puck. Se dijo a sí mismo que los cinco tenían la misma culpa por decidirse a emprender semejante expedición que, seguramente, les daría más emoción de la que ellos hubieran querido.

Alboroto tardaba en volver, y Cavador empezó a impacientarse. Al final se levantó.

— Espérame aquí, Puck. Tengo que averiguar qué le pasa a Alboroto — decidió.

— Bien.

Con mucha cautela, Cavador se alejó por entre los matorrales hacia el embarcadero. Allí encontró a Alboroto haciendo señales con su linterna.

— ¿Qué estás...? — empezó Cavador.

Pero Alboroto le interrumpió rápidamente:

— Mira al lago, imbécil.

Cavador echó una mirada y se sobresaltó: a la luz de la luna se veía claramente el pequeño bote de los gitanos remando en dirección a la barca donde estaban Navio y Karen. Iban a examinar la embarcación de cerca y esto sería catastrófico.

— ¿Qué señal estás mandando? — preguntó Cavador nervioso.

— Ya conoces el alfabeto Morse —rugió su amigo—. Esto es el SOS..., pero esas dos criaturas parecen haberse dormido.

— ¿Qué vamos a hacer?

— No lo sé. Dentro de cinco minutos las alcanzarán los gitanos... y entonces todo habrá acabado para Navio y Karen.

Alboroto continuó haciendo señales y, de repente, pasó algo. A la luz de la luna se pudo ver cómo asomaba por la borda del bote la cabeza de una muchacha. No habían pasado ni diez segundos, y Alboroto suspiró aliviado:

— Ahora parecen tener prisa... ¡Mira!

Efectivamente, con rapidez asombrosa, las dos chicas habían sacado los remos y se alejaban apresuradamente hacia el embarcadero de Egeborg



—¿Crees que llegarán antes que los gitanos? —preguntó Cavador, con voz ronca por la emoción.

Alboroto asintió con la cabeza.

— Llevan un par de minutos de ventaja y un bote mejor que el de los gitanos. Son un par de chicas valientes.

— De primera —murmuró Cavador—. Os invito a helados en la pastelería del señor Bose, si logran escapar.

Aunque la distancia era grande, los dos chicos podían ver lo que pasaba en el lago. De repente, Alboroto exclamó excitado:

— Mira, Cavador. Han dejado de perseguirlas. Eso quiere decir que vuelven hacia aquí...

— ¿Qué hacemos?

— Regresemos con Puck. Tenemos que actuar de prisa.

Mientras corrían, Alboroto pensó un plan y, al llegar, le dijo a Puck:

— Estamos perdidos, querida. Tenemos que hacer una retirada honrosa.

Le explicó en pocas palabras lo ocurrido y terminó:

— Sin duda Navio y Karen irán por ayuda, pero no sabemos cuánto tardarán en llegar los refuerzos. Para entonces quizá sea demasiado tarde. Después de haber descubierto el bote, los gitanos pensarán que hay gente en la isla y vendrán a registrarla palmo a palmo antes de desenterrar el tesoro...

— ¡Oh, no!—exclamó Puck—. ¿Qué vamos a hacer?

La voz de Alboroto sonó burlona:

— Pero, pequeña, tú sueles arreglar los asuntos difíciles, aunque esta vez me parece que te has descuidado bastante. Así que debes pasar el mando de las tropas al tío Alboroto...

— Sí... Claro... Naturalmente — murmuró la pobre Puck —. ¿Qué has pensado hacer?

A pesar de la seriedad de la situación, Alboroto sonrió ampliamente.

— Bueno. Vosotros dos sabéis trepar a los árboles como monos, así que debéis, junto con mi ropa, subir como rayos a una de estas encinas. Es vuestra única esperanza.

— Pero tú, ¿qué piensas hacer?

— Voy a nadar hasta la Granja del Este en busca de ayuda. Será el trozo más corto. Afortunadamente, me puse el bañador.

— Pero, Alboroto, será muy peligroso — exclamó Puck.

— ¡Sería más peligroso si los gitanos logran dar con nosotros!

— Quizá fuera mejor que Cavador te acompañase, mientras que yo trepo al árbol.

— No, angelito. Cavador y yo somos un par de caballeros... y no vamos a dejar a una señorita sola con una banda de gitanos.

— Claro que no — declaró Cavador —. En la copa de la encina, Puck y yo estaremos seguros. Te deseo suerte.

— Gracias — dijo Alboroto mientras empezaba a desvestirse —. En cuando termine de hacer un paquete con mi ropa, subiréis de prisa al árbol. Buscad un buen escondite entre las ramas para que no os vean.

Poco después se quedó en bañador, riendo alegremente.

— Bueno, queridos amigos, me voy... ¡Al árbol!

Y sin decir más se alejó corriendo.

* * *

Alboroto no solamente era un compañero de primera, sino también un deportista hasta la médula. Sabía de antemano que correría un gran riesgo al cruzar el lago Ege a nado. A pesar de ser un buen nadador tenía que pasar por lugares peligrosísimos donde había fuertes corrientes. Además, corría el riesgo de ser descubierto y perseguido por los gitanos... y esto podía ser peor aún.

Cuando llegó al embarcadero, echó una rápida mirada a su alrededor. No veía ya el bote de los gitanos en el lago, y todo estaba en silencio. Seguramente, en aquel momento estarían desembarcando al otro lado de la isla. ¿Qué pasaría después?

Alboroto pensó en ello mientras entraba en el agua y empezaba a nadar con brazadas tranquilas y regulares hacia el embarcadero de la hacienda. No había duda de que los gitanos empezarían a buscar por toda la isla, aunque cabía la esperanza de que sus dos amigos no fuesen descubiertos en la copa de la encina.

Con la brillante luz de la luna casi estaba seguro de ser visto por los gitanos; pero, con un poco de suerte, le descubrirían tan tarde que, con sus facultades como nadador, lograría llegar a tierra. Cuando salió de la sombra de la isla echó una mirada sobre el agua, pero no vio a nadie, por lo menos en aquel momento.

* * *

Mientras Alboroto emprendía su peligrosa hazaña, Puck y Cavador treparon a una de las encinas más altas. Con ayuda del cinturón, Cavador se había atado el bulto de ropas al cuello, así que logró trepar sin dificultad. Cuando habían subido un buen trozo, preguntó en voz baja:

— Bueno, Puck, ¿cómo va eso?

— Bien... Ya me arreglaré.

Su voz sonaba triste. Algo en su interior le decía que aquella aventura terminaría en un rotundo fracaso. Además por culpa suya. La única alegría hasta el momento era que Navio y Karen se habían salvado... Pero ¿tendría Alboroto la misma suerte? Puck no podía dejar de pensar en él. No cabía duda de que el incorregible y travieso muchacho corría en aquel momento un terrible riesgo. Era

un gran compañero, que se estaba jugando la vida para salvarlos. Ojalá llegara sano y salvo al embarcadero.

— Oye, Puck... ¿Estás bien? —sonó la voz de Cavador.

— Sí, muy bien.

— Estupendo... Creo que estaremos seguros aquí arriba. ¿Necesitas ayuda?

— No, voy bien — contestó Puck a punto de romper a llorar—, Ten cuidado, Cavador. ¿No serán demasiado delgadas estas ramas?

— No... Ya verás... Viviremos tan seguros como las urracas, aunque espero que no tengamos que quedarnos tanto tiempo.

A pesar de su mal humor, Puck no pudo dejar de sonreír pensando en la aventura que había vivido el año anterior junto con Alboroto y Cavador. Entonces también fueron a la isla del Caballero Volmer, y los dos chicos habían trepado a las encinas para aclarar un robo cometido en la Granja del Este. Todo había concluido de forma asombrosa. Era increíble lo que podían almacenar las urracas en sus nidos.

Poco después, los dos amigos estaban sentados en una rama, bajo la frondosa copa de la encina. Cavador había encontrado una que se dividía en otras dos para colocar la ropa de Alboroto y estar sentados ellos dos con bastante comodidad. En voz baja, dijo alegremente:

— Ponte cómoda, Puck. Admito que preferiría una buena hamaca, pero en estas circunstancias no podemos exigir demasiado. ¿Te encuentras bien?

— No mucho...

— ¡Anímate, angelito!

— Es muy difícil, Cavador.

— Tonterías. ¿Crees que nuestra situación mejorará porque estemos de mal humor? Como dije antes: hemos cometido una estupidez; pero es humano equivocarse... Seguramente tendremos más suerte la próxima vez.

Puck suspiró hondo.

— Me he comportado como una imbécil.

— Sí, pero ya verás cómo mejoras con los años —dijo Cavador para animarla—. Si la famosa Puck pierde su buen humor, será el fin del mundo.

— Pues lo he perdido, Cavador.

— Entonces procura encontrarlo rápidamente. En este momento nos hallamos en la copa de una encina, y esto es para alegrarse... Al menos, si no tenemos que quedarnos varios días.

—¡Silencio! —interrumpió Puck prestando atención—. Alguien se acerca.

Cavador calló. Se oían las voces de varios hombres. Al parecer, los gitanos registraban la isla nuevamente. Los chicos se quedaron muy quietos cuando los hombres pasaban bajo el árbol. Uno de los gitanos dijo:

—No, no creo que queden más extraños en la isla. El tipo que salió nadando estaba solo seguramente.

—¿Y qué pasará si Geza no logra alcanzarlo?

—Tendremos que dejarlo todo. Las dos chicas del bote estaban sin duda de acuerdo con el nadador... Y seguramente han ido a por ayuda. Corremos el riesgo de ser detenidos todos.

Geza está furioso. Si su plan falla, ha jurado prender fuego a la Granja del Este esta misma noche.

Al oír estas palabras, Puck estuvo a punto de caerse del árbol. Cuando los gitanos se habían alejado, musitó exaltada:

—¿Has oído, Cavador?

—Sí. No me ha gustado nada. Están persiguiendo a Alboroto. .. Y si logra escapar planean quemar la hacienda.

—¿Qué podemos hacer? —suspiró Puck disgustada.

Cavador estuvo un momento reflexionando. Se encontraba tan desanimado como Puck, pero no quería demostrarlo. Al final dijo:

—Estoy casi seguro de que Alboroto ha logrado esquivarlos. Es un nadador de primera y, si ha hecho el «crawl», los gitanos no habrán sido capaces de darle alcance, al menos con esa especie de comedero de cerdos que usan como barca... En tal caso no se atreverán a buscar el tesoro, porque correrán el riesgo de ser capturados como ratas en una trampa...

—Y entonces prenderán fuego a la Granja del Este — murmuró Puck.

—Eso es lo que ha prometido ese chiflado de Geza, pero debemos evitarlo. Se me ha ocurrido una idea. Yo puedo nadar hasta el embarcadero de la granja para avisarles..., pero quizá llegue tarde... O puedo probar a hacer señales a Alboroto desde aquí...

—¿Cómo?

—Con la linterna, naturalmente. Por suerte, él y yo sabemos el alfabeto Morse. Voy a intentar llegar al lado este de la isla. ¿Tienes miedo de quedarte sola aquí?

—No; pero me da miedo por ti, Cavador —murmuró Puck—. Es muy peligroso lo que intentas hacer. Si los gitanos descubren que estás haciendo señales, te capturarán. Además, no puedes estar seguro de que Alboroto las vea.

—Claro que las verá. Estoy seguro de que ha llegado bien y ha dado la alarma a las gentes de la granja. Quizás alguien mire en dirección a la isla. Al menos, es la única esperanza que nos queda por el momento.

—¡Pero, Cavador..., si te descubren y te capturan!...

—No pasará nada, hijita —declaró Cavador en tono firme—. En cuanto llegue al lugar donde pienso hacer señales, me quitaré la ropa. Si vienen los gitanos, me echaré de cabeza al agua. Sabré esquivarlos.

Terminó, dudando un poco:

—Bueno; pero..., en ese caso te quedarás sola en la isla. Yo procuraré mandar ayuda pronto... Si Alboroto no se ha ocupado de esto hace mucho. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo, Cavador.

—Bien, en ese caso me voy, Puck. Prométeme que te quedarás en el árbol..., pase lo que pase... ¡Hasta pronto!

—¡Suerte! —musitó Puck.

Cavador bajó rápidamente del árbol y empezó a alejarse con sigilo entre los matorrales hacia la parte este de la isla. Desde lejos se oían voces, pero era difícil saber si todos los gitanos se encontraban allí en aquellos momentos.

Cuando salió de los matorrales pudo distinguir claramente la Granja del Este al otro lado del agua. La superficie del lago brillaba bajo los rayos de la luna y no vio ningún bote. Los gitanos seguramente habían tenido que renunciar a la persecución y debían haber vuelto al lado norte de la isla..., si Geza en su desesperación, se dijo, no había continuado hasta tierra firme para cumplir su venganza. Aquel hombre no debía de estar bien de la cabeza ni pensado en las consecuencias de prender fuego a la hacienda.

Cavador miró en torno suyo y, como todo parecía estar en

calma, se quitó rápidamente la ropa quedándose en bañador. Así podría escapar nadando en caso de que los gitanos le descubriesen.

Enfocó la linterna en dirección a la Granja del Este y comenzó a lanzar destellos en morse:

— A-L-B-O-R-O-T-O.,. V-E-N... A-L-B-O-R-O-T-O... V-E-N...

Siguió repitiendo la misma señal durante algún tiempo. Cuando Alboroto se diera cuenta, se apresuraría a tomar una linterna y contestar. Aunque de momento no tuvo respuesta, Cavador no se dio por vencido, pero estaba cada vez más nervioso. Sería horrible si su amigo no veía la señal y Geza tenía oportunidad de cumplir su amenaza. Quizás, incluso, los gitanos que se habían quedado en la isla no tardarían en darse cuenta de las señales..., y en ese caso todo estaría perdido.

Mientras Cavador luchaba contra sus pensamientos, miraba a su alrededor y continuaba transmitiendo:

— A-L-B-O-R-O-T-O... V-E-N... A-L-B-O-R-O-T-O. . V-E-N...

Pero seguía sin obtener respuesta.

* * *

Alboroto había nadado más de la mitad de la distancia entre la isla y la hacienda, cuando vio el bote de los gitanos. Apareció por el lado norte de la isla e iba en dirección a él. Había tres o cuatro hombres a bordo y sus voces sonaban excitadas en el silencio de la noche.

La barca estaba a menos de cien metros del lugar donde él se encontraba y los hombres remaban con todas sus fuerzas.



Para no cansarse, había nadado a braza tranquila y lentamente, pero entonces debía darse prisa. Sin mirar más a sus perseguidores, empezó a nadar al «crawl» levantando espuma a su alrededor. En aquel momento sólo pensaba en escapar de los gitanos sin tener en cuenta que tal esfuerzo podía significar un gran riesgo, sobre todo si se encontraba con una de aquellas peligrosas corrientes del lago.

Cuando sólo le quedaban unos cincuenta metros para alcanzar

su meta, notó un fuerte empuje lateral y se dio cuenta, aterrorizado, de que había entrado en la temida corriente que pasaba cerca de la costa, desde el Bosque Noerre hasta la cala entre el colegio y La Gran Granja. La corriente era debida a algunos manantiales subterráneos y era muy caprichosa. A veces apenas se notaba, mientras que en otras ocasiones era una corriente rápida y poderosa. En aquel instante, la cosa estaba mal.

Alboroto hizo un esfuerzo sobrehumano. Si no lograba salir de la corriente, en el mejor de los casos sería llevado hasta La Gran Granja... Sin embargo aún podía pasar algo peor...

Aunque era un excelente nadador, empezó a sentirse cansado. Lo notaba en los brazos y en las piernas. Hasta aquel instante había nadado en línea recta hacia el embarcadero, pero después empezó a desviarse hacia el norte. Tenía que salir de aquella corriente.

Se lanzó hacia delante con un último esfuerzo. Nunca en su vida deportiva se había esforzado tanto Alboroto. Y el resultado no se hizo esperar. De repente, se encontró de nuevo en aguas tranquilas y un par de minutos después pudo salir del agua y poner pie en la playa. Sus piernas temblaban cuando cruzó el campo corriendo, en dirección a los edificios de la hacienda. Miró de nuevo hacia el lago y vio cómo los gitanos, al no poder alcanzarle, volvían a la isla.

Uno de los mozos de la granja se acercaba pedaleando en su bicicleta. Regresaba de una visita a Oesterby.

Vio a un muchacho en bañador que se acercaba corriendo. Se sorprendió tanto que estuvo a punto de caerse de la máquina, pero Alboroto se apresuró a explicar su aventura.

—Otra vez esos condenados gitanos — gruñó el mozo, mirando hacia la isla —. Voy a buscar al capataz.

Diez minutos más tarde no sólo el capataz, sino la mayor parte de los hombres de la granja se habían levantado, y Alboroto era el centro de su atención. En el embarcadero había dos barcas de remos bastante grandes, pertenecientes a la hacienda, y los hombres se preparaban para ir a inspeccionar la isla y rescatar a Puck y a Cavador.

Cuando estaban a punto de salir, Alboroto exclamó sorprendido:

—Miren. Alguien está haciendo señales desde la isla.

—Sí, veo destellos — asintió el capataz —. Pero ¿qué significarán?

—Espere un momento, déjeme descifrarlo...

Poco después añadió excitado:

—Tiene que tratarse de mi amigo Cavador. Allí pasa algo. ¿Alguien tiene una linterna?

—Sí, yo tengo una en la mesa de mi despacho — contestó el capataz, y se volvió hacia uno de los mozos —. ¡Hágame el favor de ir a buscarla, Petersen!

Pocos minutos después, Alboroto pudo por fin contestar:

L-I-S-T-O.

Desde la isla enviaban un nuevo mensaje. Poco a poco, Alboroto logró leer lo que Cavador transmitía:

«Aquí Cavador. Cuidado. Los gitanos piensan prender fuego a la Granja del Este esta misma noche. ¿Entendido?»

—¡Vaya! — exclamó Alboroto perplejo, y se puso tan nervioso que casi no fue capaz de mandar la respuesta:

«¡Comprendido!»

Se volvió hacia el capataz y explicó lo que Cavador había comunicado.

—Cada minuto cuenta — añadió rápidamente —. Debemos actuar en seguida.

El capataz demostró ser un hombre de acción. Dio orden a un par de mozos de que remaran hasta la isla para recoger a Puck y a Cavador; mientras, el resto debía quedarse vigilando en torno a los edificios. La gente que aún dormía fue despertada rápidamente y, poco después, todos estaban en pie. Desde su despacho, el capataz telefoneó a la policía de Sundkoebing. Al colgar el teléfono se dio cuenta de la poca ropa que llevaba Alboroto.

—Oye, debes de tener mucho frío, muchacho —dijo—. Voy a buscarte un mono de trabajo y un par de zapatos...

En aquel instante llegaban Karen y Navio en sus bicicletas. Abrieron mucho los ojos al ver a su compañero y darse cuenta de la alarma general. Mientras Alboroto esperaba que le trajeran la ropa, explicó a sus dos amigas la situación, y Navio exclamó:

—¡Es formidablemente palpitante!

Alboroto asintió con cara sombría.

—Ya hemos tenido bastantes disgustos con esos gitanos. A pesar de que estoy bastante cansado, voy a quedarme aquí para recibirlos.

* * *

En diez minutos toda la hacienda estuvo en pie. El ruido había acabado por despertar hasta a las criadas que servían en la granja. Naturalmente, sentían una curiosidad terrible y no había quien las hiciera volver a la cama. El ama de llaves afirmó que la lucha contra los gitanos sería tan dura que necesitarían tomar café y pasteles caseros después de la «batalla». Navio y Karen se enfadaron al ser enviadas al edificio principal. Cuando se quejaban en voz alta, Alboroto dijo en tono burlón:

—¡Vaya con las nenas! Creí que habíais tenido bastantes emociones esta noche con los gitanos. Lograsteis escapar en el último momento. ¿Estabais durmiendo?

—No — contestó Karen —. Pero Puck nos había advertido que no asomáramos la cabeza demasiado. ¿Crees que volverá pronto de la isla?

—Claro que sí. Estoy seguro de que por esta vez ha terminado de jugar a duendecillo del bosque —opinó Alboroto—. Se ha metido de cabeza en un embrollo demasiado peligroso. Es un verdadero milagro que todo haya terminado tan bien... Debíais haber dejado que el tío Alboroto se ocupara de los planes.

—¿Qué hubieras hecho?

—Simplemente, hubiera avisado a la Brigada Criminal y a los mozos de la granja. Así podíamos haber preparado una emboscada en la colina, encima del campamento gitano, y haberlos detenido a su regreso de la isla para apoderarnos del tesoro.

—Bueno, pero en ese caso hubiera terminado con una violenta lucha...

—También ahora terminará con pelea —dijo Alboroto despreocupado—. Bueno, os dejo, chiquillas. Voy a reunirme con el capataz para capturar a los incendiarios.

Y sin decir más desapareció.

La vigilancia había sido organizada ya. Los hombres de la hacienda debían patrullar de dos en dos y concentrarse sobre todo en los grandes edificios destinados a graneros y corrales. Si los gitanos tenían intención de prender fuego, seguramente empezarían por estos edificios; sin embargo, el capataz estaba casi seguro de que se trataba de una falsa alarma. Incluso se lo dijo a Alboroto que hacía la guardia con él. Pero Alboroto le contestó casi indignado:

—Si Cavador lo ha dicho, será verdad. Después de mí, él ocupa

el primer puesto de Egeborg en lo que se refiere a inteligencia.

—No me digas —rió el capataz—. Esperaremos a escuchar sus explicaciones en cuanto regrese de la isla. Supongo que no habrá jaleo con los gitanos allí, porque no puedo prescindir más que de los dos hombres que envió. Si hemos de vigilar todos los edificios y corremos el riesgo de enfrentarnos con una banda entera de gitanos, los necesito a todos.

—Según mi opinión, sólo el jefe de la tribu es el que está chiflado —dijo Alboroto—. Si ha decidido prender fuego a esta hacienda, debe de ser por venganza, por no haberle dejado buscar con tranquilidad el tesoro... Bueno, eso es lo que pienso yo, pero Cavador me puede dar la razón en cuanto llegue. Me es difícil creer que toda la tribu nos vaya a atacar a la vez.

El capataz y Alboroto dieron vueltas durante un cuarto de hora sin novedad. De vez en cuando se cruzaban con otros vigilantes, apostados en torno al granero o patrullando por el gran parque que rodeaba la casa. Al final el capataz dijo:

—Sigo creyendo que es una falsa alarma..., pero, por otro lado, no me atrevo a arriesgarme. Sería horrible que el señor Holm encontrara su hacienda ardiendo a su regreso, mañana por la mañana.

—Sería espantoso —admitió Alboroto bostezando—. Tengo tanto sueño, que si no pasa pronto algo me quedaré dormido de pie.

Apenas hubo pronunciado aquellas palabras se despertó del todo. Señaló con un dedo a la esquina nordeste del granero y musitó excitado:

— ¿Ha visto?

— ¿Si he visto el qué?

— Dos sombras deslizarse entre los matorrales... Y no eran hombres de la granja.

— ¿Estás seguro?

— ¡Por las barbas del Profeta! —juró Alboroto solemnemente—. Apuesto diez lenguados fritos a que dos gitanos se esconden tras los arbustos frente a la esquina del granero.

— Vamos allá.

— De acuerdo.

Corrieron hacia aquel punto en que los arbustos y las malas hierbas casi tenían la altura de un hombre. Era un lugar apartado y,

como ocurría en muchas granjas grandes, nadie se preocupaba de limpiarlo, por falta de mano de obra. El resultado era una especie de selva campesina.

Apenas habían llegado hasta allí, cuando dos hombres saltaron de las sombras.

— ¿Qué diablos sucede? —exclamó el capataz.

No tuvo tiempo de decir más, porque en el mismo instante brillaron dos cuchillos a la luz de la luna. Uno de los gitanos reía en voz baja. Tenía una risa de loco, que sonaba inquietante en el silencio de la noche. Brotaba como un gargarismo de su faringe:

— ¡Ja, ja! Yo soy el gran Geza..., descendiente de príncipes famosos. Os habéis cruzado en mi camino, cuando quería buscar mi herencia legal: el gran tesoro, que ha estado esperando a su dueño durante siglos... Ahora vais a morir los dos..., y las llamas acabarán con esta granja maldita por los de mi estirpe.

— Pero, escuche...

El jefe de la tribu levantó su cuchillo y gritó:

— Los dos vais a morir... Los dos.

Estaba a punto de lanzarse sobre ellos, junto con su acompañante, cuando sucedió algo inesperado: una sombra salió como una flecha desde la esquina del granero y se lanzó contra Geza.

El jefe de los gitanos lanzó una imprecación, cayendo sobre su compañero a quien derribó por el suelo. Alboroto aprovechó la ocasión para gritar:

— ¡A por ellos!

Y se entabló una furiosa lucha. El capataz, Alboroto y la sombra se lanzaron sobre los dos gitanos que en su caída habían perdido los cuchillos. Un momento después llegaban corriendo los mozos de la granja. La lucha fue breve y violenta, pero los dos gitanos no podían hacer nada contra fuerza tan superior y, poco después, estaban jadeando en el suelo.

— No me explico lo que pasó — exclamó Alboroto.

Le contestó la voz de Cavador:

— Sólo quería ayudarte un poco, querido amigo. En el pensionado de Egeborg, únicamente hay dos personas inteligentes, y si Geza hubiera logrado apuñalarte, me hubiese quedado muy solo... Así que salté, lanzando mi cabeza contra su estómago.

—¡Bravo! — jaleó Alboroto sin aliento —. Apareciste en el último momento.

—Sí, siempre hemos sabido trabajar en equipo — contestó su amigo —. Ahora creo que debemos llevar a estos dos monos a un lugar seguro... —Y terminó diciendo, con una amplia sonrisa —: Ha sido una suerte que sepamos mejor el alfabeto Morse que otras asignaturas aburridas.

—Hablas como un libro, sabio amigo —admitió Alboroto—. Gentes menos dotadas que nosotros sostendrán que se llega más arriba en este mundo con sobresalientes en Cálculo, Matemáticas, Historia, Lenguaje, Física y otras asignaturas imbéciles... Pero tú y yo nos quedamos con el alfabeto Morse, como única asignatura útil.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Cavador... Tú y yo conquistaremos el mundo algún día.

—En ese caso, quiero el Occidente.

—Tonterías.

—Bueno, bueno, no te enfades, podíamos mezclar el Oriente y el Occidente... Nadie lo ha intentado antes. Estoy seguro de que tendremos éxito. Seremos mundialmente famosos y nuestros nombres quedarán inscritos en la Historia.

Mientras los incorregibles muchachos seguían diciendo bobadas, el capataz y los hombres de la granja se ocupaban de conducir a los prisioneros al edificio principal. Geza luchaba desesperadamente, pero se calmó un poco cuando el capataz le prometió una buena paliza si no dejaba de oponer resistencia.

Poco después llegó Poulsen, el agente de la Brigada Criminal de Sundkoebing, acompañado de dos colegas. Puso las esposas a los detenidos y, después de un breve interrogatorio, únicamente los acusó de asalto a mano armada, lo cual ya era bastante serio. El agente Poulsen se negaba a creer en la historia sobre el tesoro de la isla del Caballero Volmer, pero Alboroto dijo:

—Es la pura verdad, señor agente, y no nos importa quedarnos de pie toda la noche para contárselo.

El policía contestó riendo:

—No, puedo esperar. Por el momento, nos limitaremos a llevar los detenidos a la cárcel de Sundkoebing. El lunes seguramente iré al pensionado de Egeborg para ocuparme de los detalles. Estoy seguro de que el director Frank os dará permiso para ser

interrogados...

—¡Bravo! —exclamó Alboroto contento—. ¿Le importaría venir entre las once y las doce? Es cuando nos toca Física... Y Cavador y yo no somos muy aficionados a esta asignatura.

—Lo intentaré —contestó Poulsen riendo.

Cuando estaba a punto de marchar, vio a Puck, que se mantenía detrás del grupo. Como la conocía bastante de anteriores ocasiones, la saludó alegremente:

—¡Vaya, por una vez pareces no haber tenido el papel de estrella!

Puck sonrió.

—Esta vez me he limitado a hacer el papel de mediocre soldado, además de actuar como comparsa en la comedia...

—Además de equilibrista y duendecillo del bosque en una encina —añadió Cavador riendo a carcajadas.

—Nos veremos pronto —dijo el agente de policía, y se marchó con los dos gitanos esposados.

Aunque ya era muy tarde, el ama de llaves sostenía con firmeza que todos los participantes en la aventura nocturna debían probar su café y sus pasteles hechos en casa. La cocinera y un par de criadas empezaron a prepararlo todo. Los mozos de la granja lo tomaron en su propio comedor, mientras el capataz y los cinco colegiales tenían la mesa puesta en el salón del jardín. El ambiente era muy animado y todos discutían la emocionante aventura. Sobre todo, en el comedor de la servidumbre se habló mucho sobre el tesoro de la isla del Caballero Volmer, y todos sentían ganas de salir en busca de él, pero, para eso, necesitaban naturalmente el permiso del hacendado Holm.

Para mayor seguridad, el capataz mandó un hombre al campamento de los gitanos para saber lo que hacían los restantes miembros de la tribu. A su regreso contó que aparentemente reinaba la confusión en el campamento y que los gitanos estaban empaquetando sus cosas en los remolques. Habían sacado su bote del agua, así que estaba casi seguro de que los gitanos, por esta vez, habían renunciado a su dramática búsqueda del tesoro.

Cuando Puck se enteró de ello, dijo:

—Creo que ya saben lo que le pasó a su jefe, y están pensando en abandonarlo. Seguramente los ha tratado con mucha dureza...

—Está completamente chiflado — declaró Cavador —, loco de atar. Debía saber que las sospechas recaerían sobre él si incendiaba la hacienda.

—Pero no la quemó —declaró una alegre voz desde la puerta—. ¡Buenas noches a todos!

El pequeño grupo vio, asombrado, al señor Holm y a su mujer en la puerta. La única que no mostró ninguna sorpresa fue el ama de llaves, porque había llamado por teléfono a Copenhague para advertir al dueño de lo que ocurría. Éste emprendió el regreso de inmediato, a pesar de lo avanzado de la hora.

— Como podéis imaginar —comentó—, perdimos las ganas de dormir en Copenhague, estando la hacienda en peligro... Pero cuéntemelo todo.

Cada cual estaba ansioso por contarlo. Puck, Alboroto y Cavador hablaban a la vez. A pesar de ello, los recién llegados pudieron hacerse una ligera idea.

— ¡Ya! —dijo el señor Holm moviendo pensativo la cabeza—. No me extrañaría que haya algo de verdad sobre el tesoro enterrado. Lo vamos a averiguar. Tengo que admitir, Puck, que eres una chiquilla muy lista, ya que has logrado descifrar toda esa tontería sobre reyes, bufones, necios e islas...

Le dio un golpecito amistoso en el hombro y continuó en tono burlón:

— Pero aquí terminan mis elogios, hijita, porque me parece que tú y tus amigos os habéis metido en un buen lío, sin pensar en las consecuencias. Naturalmente, lo habéis hecho con la mejor fe del mundo, y no voy a regañaros en absoluto. Por cierto, Puck, traigo buenas noticias.

Puck sintió que se le paraba el corazón.

— ¿Puede mi padre...? —preguntó asombrada—. ¿Puede mi padre tomar sus vacaciones?

El hacendado sonrió.

— Sí, y muy pronto además. Fui a Copenhague para hablar con el director de «Danaplan» y tuve éxito. Tu padre y tu madrastra saldrán de Valparaíso, en avión, dentro de un par de días...

— ¡Hurra! — gritó Puck excitada —. ¡Hurra..., hurra...! ¡Qué maravilla...!

Saltó al cuello del hacendado, mientras añadía con una voz que

más parecía llanto:

— ¡Un millón de gracias...! ¡Qué feliz soy!

— Nosotros también os damos las gracias —dijo Holm emocionado—. Espero que paséis un par de días aquí...

— Muchos días — dijo Puck jubilosa, fuera de sí.

Su violenta alegría contagió a todos los presentes, y Cavador y Alboroto casi se pusieron más contentos que Puck cuando el hacendado dijo:

— Se ha hecho muy tarde, así que más vale que los cinco os quedéis aquí..., ¡ejem...! Supongo que estaréis demasiado cansados para preparar los deberes mañana domingo, así que llamaré al director Frank para pedirle que os deje quedar aquí hasta el martes...

— ¡Bravo..bravo...! — chilló Alboroto.

— Una idea fantástica — añadió Cavador —. Así nos libramos de la clase de Física.

El contento de Navio y Karen no fue tan expresivo, pero se alegraban muchísimo por Puck. La emocionante aventura no podía haber tenido mejor fin.



Habían terminado los deberes del día y el ambiente del «Trébol de Cuatro Hojas» era casi eufórico. Inger estaba forrando sus libros de texto; Karen releía por quinta vez la carta de su madre; Navio estaba entregada al ocio, en su postura favorita, echada en la cama, y Puck... Puck se limitaba a alegrarse en silencio, porque dentro de un par de días su padre y su madrastra regresarían de Valparaíso para pasar juntos las vacaciones de otoño. Inger aumentó la alegría general preguntando si a alguien le gustaría comerse un trozo de

chocolate.

— ¿Cómo puedes preguntarlo siquiera? — chilló Navio entusiasmada—. ¿Conoces a alguien que no pueda comer chocolate a cualquier hora del día?

Inger sonrió.

— Al menos, conozco una capaz de comer chocolate estando dormida. Toma, golosa... Vosotras también...

— ¡Hum! — degustó Navio, feliz —. ¡Qué suerte tienes, Inger! Imaginaos si todasuviésemos un tío fabricante de chocolates.

— Tú serías la ruina del tuyo —opinó Karen sonriendo—. Si sigues llenándote de esa manera, terminarás como un globo de gorda.

— ¡Ja, ja! ¿No sabes que la avispa vive de golosinas? Yo tengo la cintura igual que la avispa.

Apretó sus manos contra las caderas y sus amigas admitieron, sonriendo, que el enorme consumo de chocolate no dejaba rastro en su bonita y esbelta figura. Navio sacudió sus rizos rubio platino y preguntó:

— ¿Puedo permitirme el lujo de comer otro trozo, Inger?

— Adelante.

Puck tomó un volumen algo gastado de la enciclopedia del «Trébol de Cuatro Hojas» y empezó a estudiarlo con interés. Karen preguntó sonriendo:

— ¿Estás leyendo sobre los daños que causa el chocolate en el organismo humano?

— No. Repaso el tema «Bienes de personas muertas y enterrados». Según una cláusula del 22 de marzo del año 1737, comprende: «oro, plata, o toda clase de valores que se encuentran enterrados o escondidos en tierra, bosque, campo, casa o en otra parte que no pertenece a ninguna persona viviente». Esta clase de tesoros pertenecía antiguamente al rey; pero ahora son del Estado y deben ser entregados al Museo Nacional, que paga al descubridor el valor del metal, además de una gratificación según la rareza del hallazgo.

— ¿Por qué te interesas de repente en ello? —preguntó Inger.

— A causa de algo que me contó el hacendado Holm de la Granja del Este —explicó Puck—. Me dijo que ha llegado gente del Museo Nacional para buscar el antiguo tesoro del príncipe gitano,

en la isla del Caballero Volmer. Si lo encuentran, la gratificación será para mí..., por lo menos, eso dijo el hacendado...

— ¡Formidablemente palpitante! — exclamó Navio jubilosa —. Seremos riquísimas y podremos comprar un montón de... ¡Ejem...!

— ¿Chocolate? —propuso Karen.

— Deja que encuentren el tesoro primero —replicó Puck tranquila.

— Naturalmente que lo encontrarán — declaró Navio optimista —. Es coser y cantar.

Puck se limitó a sonreír. Estaba pensando en las dramáticas y emocionantes aventuras que acababan de vivir en la isla del Caballero Volmer y en la Granja del Este. Cuando el jefe de los gitanos fue arrestado y su tribu se marchó, el señor Holm estuvo tentado de olvidar el asunto.

El hacendado estaba ahora casi seguro de que el tesoro había sido enterrado en la isla del Caballero Volmer. Puck había logrado convencerle de ello, pero no le gustó la idea de que la isla idílica, que desde hacía varios años estaba exclusivamente reservada a los pájaros, fuera invadida por la gente del Museo Nacional.

La señora Holm, a su vez, había logrado convencer a su marido de que, si sospechaba la existencia de tal tesoro en la isla, como buen ciudadano, su deber era anunciarlo al Museo Nacional.

Con cierto recelo, Holm tuvo que dar la razón a su mujer y comunicó sus sospechas a las autoridades. Pocos días después, los expertos estaban cavando en la isla. La pregunta emocionante era si el tesoro sería de interés nacional. La noble familia Daa, a quien en su tiempo fue robado, se había extinguido hacía mucho, y no contaba con posibles parientes en Dinamarca. Sin embargo, quedaba una cuestión: ¿Si el hacendado Holm había comprado la Granja del Este, que antes había pertenecido a Joachim Daa con el nombre de Volmersborg, no habría adquirido al mismo tiempo los derechos sobre los bienes de la familia que pudieran encontrarse en tierras de la hacienda?

El señor Holm no estaba muy interesado en este asunto, tampoco en si se trataba de un tesoro de valor nacional; sin embargo, había prometido a Puck que podía esperar una gratificación... si encontraban el tesoro.

Puck estaba muy emocionada al pensar en todo aquello. Aunque

su padre tenía un empleo importante en «Danaplan» y ganaba mucho dinero, sería estupendo poder decirle: «Papá, soy tan rica que puedo pagar mis estudios superiores yo solita.» Cuando llegaba a este punto de sus pensamientos, solía volver del mundo de los sueños y decirse a sí misma que seguramente no lograrían encontrar el tesoro.

Inger la miró con una de sus extrañas y bonitas sonrisas en su rostro.

—Puck, deseo por tu bien que te den la gratificación... Estoy segura de que ya sabes cómo emplearla.

—Conozco a cuatro personajes que también tendrán su parte...

—¡Cállate! —exclamó Karen—. Si piensas en Navio, en mí y en los dos bandidos, Alboroto y Cavador, tendrás que cambiar de opinión. Tú sola lograste resolver la clave, y en tal caso no tienes por qué compartir la gratificación con nosotros.

—Lo mismo digo —exclamó Navio—. Yo me contentaré con una caja de bombones... ¡Ejem...! Una de las grandes, claro está...

—La mitad para mí —pidió Karen.

—Naturalmente. Te dejaré escoger la primera.

Puck rió a carcajadas.

— Estáis hablando como si fuésemos millonarias ya. Hablemos de otra cosa, por favor. ¿Cómo está tu madre, Karen? ¿Viene para las vacaciones de otoño?

El rostro de Karen se iluminó con una amplia sonrisa.

— Sí, estará aquí dentro de un par de días. Tomará el avión desde Nueva York... ¡Me ilusiona muchísimo!

Puck dijo con una sonrisa feliz:

— Estamos casi igual, Karen, porque mi padre regresa de Chile para quedarse por lo menos dos semanas.

Navio se puso triste. En el último momento, su padre había tenido que cambiar sus planes y el barco que mandaba como capitán se encontraba por aquel entonces navegando en el lejano Pacífico. Navio no esperaba volver a verle durante algunos meses.

— ¿Quieres más chocolate, Navio? —preguntó Inger.

— No, gracias —murmuró Navio—. Me parece que he comido bastante. Es mejor que me lo guardes para más tarde.

Puck la miró de reojo. Sabía muy bien lo que pensaba su amiga. En el pensionado de Egeborg había muchos alumnos con el mismo

problema.

* * *

La mayor parte de los alumnos de Egeborg pensaban con ilusión en las próximas vacaciones, pero dos de ellos no podían participar en la alegría general. Se trataba de Alboroto y Cavador. Los dos inseparables e incorregibles amigos se habían refugiado en el sótano después de clase. Allí cuidaban de sus queridos ratoncitos blancos. Cuando terminaron de darles de comer, se quedaron un rato contemplando sus alegres ejercicios en el molinillo de madera. Después se sentaron en un banco, mirando fijamente ante ellos, con caras largas. El silencio no parecía tener fin.

— Bueno — dijo por fin Alboroto.

— Bueno — asintió Cavador.

Por regla general, la palabra «bueno» no contienen ninguna filosofía de categoría, aunque Cavador y Alboroto se comprendían perfectamente con ella. En aquellos momentos, esta palabra significaba simplemente que los dos revoltosos se aburrían y que la vida ya no tenía atractivos para ellos.

Esto no era nada nuevo. Los dos amigos se cansaban de la vida cuando no «pasaba nada», lo cual, según ellos, quería decir que no había ni diversión ni jaleo. Acababan de vivir una aventura emocionante en la isla del Caballero Volmer, pero, se decían, no se puede vivir pensando en las alegrías pasadas. Necesitaban algo nuevo.

— Dentro de un par de días empiezan las vacaciones de otoño — recordó Alboroto.

— Es verdad — aceptó Cavador.

— ¿Qué podemos hacer al respecto?

— Tenemos la tía de Copenhague...

— ¡Ah! — suspiró Alboroto como un animalito herido —. Ya la hemos visitado una vez y con ésa me sobra. Si no tienes una proposición mejor, me avergonzaré de ser tu amigo.

— Puedes empezar a avergonzarte en seguida — suspiró Cavador—. Mi cerebro está tan vacío como una cáscara de huevo.

De nuevo el silencio se apoderó del sótano, hubiera parecido un cementerio a no ser por los ratoncitos que continuaban su alegre correteo en la jaula. Alboroto y Cavador los contemplaban con caras aburridas.

— ¡Qué alegres son! — murmuró Cavador.

— ¿Quiénes?

— Los ratones.

Sí; pero deben de ser bastante estúpidos si les divierte correr dentro de este molinillo de madera. Nosotros también parecemos estar dentro de uno de estos molinos y es para volverse loco. ¿Sabes lo que somos?

Sí; somos los chicos más inteligentes de todo el pensionado de Egeborg —contestó Cavador sin mucho interés—.

—Me lo has dicho tantas veces..., pero, si me permites decirlo, lo encuentro un poco exagerado. Nos estamos haciendo viejos, Alboroto, y habrá que aceptar este hecho pronto.

El silencio del sótano fue roto por Cavador que preguntaba ahora:

—¿Cuánto dinero tenemos en la caja común?

—Dieciocho coronas y treinta y siete oeres.

—¡Ya! En circunstancias normales sería una suma respetable, pero no es suficiente para tomarse unas vacaciones. ¿No sería posible mejorar nuestra situación financiera de alguna manera?

—¿Robando el banco de Oesterby? —propuso Alboroto.

—Una idea bastante aceptable — admitió Cavador con un gesto de cabeza—. Pero correríamos el riesgo de ser expulsados del colegio. ¿No tienes una idea mejor?

—¿El Banco Nacional de Copenhague?

—¡Ya! En ese caso, el director no estaría cerca..., pero, a pesar de ello...

—Bueno. ¿Por qué no usas tu cerebro?

—¿Helados en la pastelería del señor Bose?

—Sí; nuestro dinero llegará para eso y quizá podamos incluso ir al cine.

—¿Primera fila?

—Sí; a lo sumo.

—Vaya perspectiva más triste...

—Negra como el carbón.

Los dos amigos suspiraban con tal sentimiento, que los ratoncitos blancos estuvieron a punto de caerse del molinillo de madera. Pero los chicos se desesperaban sin razón. El destino ya había decidido proporcionarles unas vacaciones divertidas.

El ingeniero Winther, padre de Puck, y su encantadora esposa regresaban a Dinamarca. Habían tomado el avión hasta Los Ángeles donde se proponían tomar otro de la S.A.S. que les llevaría, vía Polo Norte, hasta Copenhague. No tenían previsto el plan para aquellas vacaciones; sólo habían decidido pasar la mayor parte de ellas en casa del veterinario Moeller, además de algunos días en la Granja del Este, con el hacendado Holm y su esposa. En realidad, este viaje se debía a la influencia del señor Holm. Había sido como un regalo para Puck, por su ayuda en el caso de los gitanos.

Conforme se acercaba el momento de la llegada de su padre y Ellen, Puck no conseguía estarse quieta en ningún lado. Primero había contado los días; luego contaba ya las horas.

Por la tarde se fue a dar un paseo por el parque. A la orilla del lago se encontró con Alboroto y Cavador. Los dos amigos estaban sentados en un banco, contemplando la isla del Caballero Volmer con tristeza.

—¡Hola! —saludó Puck—. Parecéis poco optimistas.

—¡Y que lo digas! —suspiró Alboroto.

—¿Estáis de mal humor?

—Peor.

—¿Aburrimiento?

—¡Has dado en el clavo, pequeña!

—¿Puedo ayudaros en algo?

—¡Ja, ja! —rió Alboroto con amargura—. Tienes muchas cualidades, Puck, pero el tiempo de los milagros ha pasado. Estamos acabados; aplastados por un destino cruel, cansados de la vida. Hemos perdido la esperanza. ¿No es verdad, Cavador?

—Una verdad indiscutible —murmuró el aludido.

—Parecéis haber solicitado la jubilación y recibido una respuesta negativa. ¿Qué vais a hacer durante las vacaciones?

—Tú qué harías, con dieciocho coronas y treinta y siete oeres, ¿eh?

—Os puedo prestar cincuenta coronas.

—Eres un tesoro, pequeña, pero aún con sesenta y ocho coronas y treinta y siete oeres no se puede conquistar el mundo. Además, no tenemos nada para empeñar.



—Me basta con vuestras honradas caras — sonrió Puck.

— Eres algo ligera en lo que a dinero se refiere — opinó Cavador—. Naturalmente te daríamos nuestros ratoncitos blancos como prenda, pero quizá no te interesen.

— Son admirables — replicó Puck.

— Tenemos una invitación — suspiró Alboroto.

— ¿De quién?

— Del padre de Flemming, el señor Hein. Es jefe de Correos de Sundkoebirig.

— Vaya, eso me parece divertido —interrumpió Puck alegremente—. El jefe de Correos es vecino del veterinario Moeller, mi tío Anders. Navio y yo vamos a pasar las vacaciones con él. Los jardines están uno al lado del otro. Podemos saludarnos por encima de la cerca.

— La idea no me parece mala — asintió Alboroto con interés creciente—. Quizá deberíamos aceptar la invitación. ¿Qué te parece, querido Cavador?

— Sería la mejor forma de pasar las vacaciones.

Los dos revoltosos intercambiaron una rápida mirada, pero entonces Puck dijo con risa alegre:

— Sé muy bien lo que estáis tramando. Aceptar la invitación de Flemming para poderos burlar de Navio y de mí...

— ¡Pero, Puck! —dijo Alboroto escandalizado.

Puck rió a carcajadas.

— Os conozco. Lo único que no logro comprender es que,

después de tantos fracasos, no os hayáis cansado ya.

— ¿Por qué esta desconfianza? —suspiró Cavador.

— Los hijos del hombre son desconfiados por naturaleza — hizo constar Alboroto con voz solemne.

— Puck se levantó.

— Bueno, espero veros en Sundkoebing. Mi oferta de las cincuenta coronas sigue en pie..., si prometéis dejarnos en paz a Navio y a mí.

— Los dos amigos intercambiaron una rápida mirada y Alboroto dijo:

— Gracias, Puck, pero creo que debemos rehusar tu gentil oferta.

— Como queráis. Aún estáis a tiempo de cambiar de opinión. ¡Hasta la vista!

— ¡Adiós!

Cuando Puck estuvo lejos, Alboroto dijo:

— Nuestra situación ha mejorado notablemente, querido Cavador, ¿no sientes tú lo mismo?

— ¡Me encuentro pero que muy bien! — contestó su amigo con una amplia sonrisa—. Vamos a aceptar la invitación de Flemming... Y a pensar. No podemos usar ningún viejo truco: Puck los conoce todos demasiado bien. Pero si hacemos discurrir a la vez nuestras lúcidas cabezas será posible encontrar algo que nos salve las vacaciones de otoño.

Alboroto asintió.

— Lo que acaba de contarnos Puck es como maná llovido del Cielo. No hay que perder los ánimos, querido Cavador. En el último momento casi siempre ocurre algo que da nuevo valor a la vida.

los dos revoltosos muchachos se pusieron a pensar.

* * *

En casa del veterinario, todos estaban muy ocupados, sobre todo en la cocina. A la señora Moeller —tía Henny para Puck— le gustaba que todo resultase perfecto cuando recibía invitados. El olor a asado y pastel llenaba toda la casa.

Sonja ayudaba lo mejor que sabía. La pequeña artista, que había sido adoptada por el matrimonio, hablaba ya un buen danés, y era muy feliz en aquella casa. Estaba ilusionada con la visita de Puck y Navio, quienes la habían liberado de la vida del circo que odiaba

tanto.

El veterinario Moeller se encontraba en su despacho, ocupado en poner al día los libros de cuentas. Era un trabajo que le aburría sobremanera, pero que debía hacer antes de que la casa se llenase de huéspedes.

En el mismo instante que el veterinario terminaba sus cuentas, llegaron Puck y Navio, causando gran alegría en la casa de los señores Moeller. Sonja hablaba y hablaba entusiasmada. Desde la cocina llegó la señora Moeller corriendo y Plet saltaba ladrando alrededor de todos, mientras se saludaban y abrazaban.

— ¡Vaya por Dios! —exclamó el veterinario—. Si vamos a seguir así durante todas las vacaciones, terminaremos en el manicomio.

Lo decía con visible satisfacción, y Puck comentó burlona:

— No pareces muy contento de vernos, tío Anders.

— Claro que estoy contento, hija mía. Tienes un carácter que alegra a todo el mundo. Bien venidas las dos.

— Gracias — dijeron las chicas al unísono.

Puck añadió:

— ¿Cómo se ha portado Plet?

— No del todo mal — contestó sonriendo el veterinario —. Hace tiempo que se cansó de cazar pollos; en cambio, ha empezado a robar en la cocina... ¡Ejem...! Sólo artículos de primera necesidad, naturalmente.

— Plet es un perro maravilloso —declaró la señora Moeller—. Y dos o tres chuletas no tienen importancia.

— Pero ¿por qué no se interesa por el jamón en lata? —gruñó el señor Moeller—. Eso fue lo que nos tocó comer al desaparecer las chuletas.

— Vaya, Plet, ¿robas en la cocina? —dijo Puck.

El perro lo admitió con alegres ladridos.

— ¡Querida familia! —exclamó de repente la señora Moeller—. Os voy a dar una taza de café y pasteles caseros.

— ¡Hum! — dijo Navio —. No sabe usted, señora Moeller, cómo aprecio sus pasteles.

— Eres una niña encantadora — replicó la esposa del veterinario acariciándole la mejilla.

Y se fue corriendo a la cocina. El veterinario dijo alegremente:

— No hay justicia en este mundo: cuando tú, Lise, alabas los

pasteles hechos por mi mujer, eres una «niña encantadora», pero si yo quiero acompañar mi café con un coñac, a mí nadie me llama un «chico encantador».



Puck se rió.

— Sabemos todos, tío Anders, que la tía te trata muy mal. No me explico cómo has podido resistir tanto tiempo.

— Tienes razón. De vez en cuando es bastante duro, hijita..., pero en esta vida todos debemos llevar nuestra cruz.

Se frotó las manos lleno de contento y añadió:

— Ya verás lo bien que vamos a pasar estos días juntos, Bente. Espero que tu padre no haya olvidado jugar a las cartas allá, en Chile, y que su encantadora esposa no tenga algo en contra. Ya he hablado con el jefe de Correos y el farmacéutico para que vengan a jugar cada noche durante la próxima semana...

Puck rió a carcajadas.

— El jefe de Correos estará contento de poder salir de casa. Ha recibido la visita de Alboroto y Cavadór.

— No me digas que esos dos «micos» han llegado a Sundkoebing... Lo siento en el alma por el vecindario —gruñó el veterinario, pero con cara de felicidad—. Si yo fuera el jefe de Correos, también me sentiría feliz al poderme escapar de casa.

Sonja estaba muy inquieta. Tenía ganas de hablar con sus dos amigas, y hasta que entre las tres hubieron puesto la mesa, no tuvieron tiempo de charlar con tranquilidad.

Sonja estaba, naturalmente, muy orgullosa de haber aprendido tan bien el danés. Hablaba casi sin acento y poseía un extenso vocabulario. Sus dos amigas estaban impresionadas.

— Naturalmente sería maravilloso ir con vosotras al pensionado de Egeborg —dijo con una sonrisa—. Pero en ese caso no podría estar con mis padres a diario y esto no podría sufrirlo. Me tratan con mucho cariño y yo les quiero a ellos tanto como podáis

imaginar.

— Es fácil querer a tío Anders y a tía Henny —dijo Puck—. Los dos tienen un corazón de oro y esta clase de gente no se encuentra cada día. Es maravilloso que te sientas tan bien aquí.

—Soy tan feliz que casi me duele el corazón... Ahora estoy ansiosa por conocer a tu padre, Puck.

Los ojos de Puck brillaban de alegría.

— Es un padre maravilloso, puedes estar segura. El mejor del mundo... Y mi madrastra es encantadora. Lo vamos a pasar fenomenal juntos.

— ¿Aunque Alboroto y Cavador vivan en la casa de al lado? —preguntó Sonja con una amplia sonrisa—. He oído hablar tanto de ellos.

— Lo mejor es oír hablar de ellos, pero no tener que soportarlos.



Fue una noche inolvidable en casa del veterinario. La llegada del señor Winther y su esposa fue un acontecimiento y, naturalmente, Puck estaba radiante de felicidad. No había visto a su padre desde hacía diez meses y su alegría fue desbordante al volverlo a abrazar. Su entusiasmo aún creció cuando Ellen le enseñó los regalos que le habían traído: un precioso vestido de noche, ropa interior de seda natural, jerseys elegantes, pantalones rojos y verdes, todo comprado en Los Ángeles, y, además, había varios pares de zapatos de una piel suave, hechos por los indios sudamericanos... y muchas, muchas otras cosas, Puck estaba emocionada.

— ¡Maravilloso! —suspiró—. ¡Son preciosos estos regalos! ¡Qué

contenta estoy!... ¡Un millón de gracias!

Naturalmente, Puck no era ni más ni menos presumida que las otras niñas de su edad. Claro que había otras cosas a las que ella daba más valor que a la ropa, pero le gustaba mucho vestir bien y estar elegante. Era fantástico poder tener cosas tan «simpáticas», como diría Annelise, en el guardarropa.

Cuando hubieron terminado con la excelente cena preparada por la señora Moeller, el veterinario insinuó algo sobre las cartas, pero la señora Moeller protestó, indignada y muy enérgica por una vez:

— ¡Pero qué manías tienes, Anders! Bente y sus padres no se han visto desde hace casi un año y ahora tú quieres ya jugar a las cartas...

— Bente puede mirar como jugamos —propuso el veterinario en voz baja—. Le interesa mucho, ¿verdad, Bente?

— Estoy loca por las cartas —rió Puck, que no tenía ni idea de cómo se jugaba.

Pero la voluntad de la señora Moeller se impuso por esta vez, y nadie lo lamentó, ya que pasaron una noche muy agradable. En cierto momento, las tres chicas desaparecieron en su habitación para curiosear una vez más los regalos de América. Cuando Puck se dio cuenta de las brillantes miradas de sus dos amigas, dijo con un gesto de invitación:

— Adelante, chicas... Elegid un par de pantalones cada una...

— ¿Estás chiflada? —exclamó Navio fuera de sí—. No puedes regalarnos lo que tu padre acaba de traerte.

Puck rió.

—Tengo que hacerlo a la fuerza. No cabe en mi armario del «Trébol de Cuatro Hojas».

Sus amigas no necesitaban razones más válidas y poco después paseaban por la habitación una con pantalones verdes y la otra con unos rojos.

* * *

En la vecina casa del jefe de Correos, el ambiente no era tan alegre. El seco y pedante señor Hein era viudo y para el trabajo de la casa contaba con la ayuda de un ama de llaves, la señora Lauridsen, una mujer cincuentona, regordeta y alegre, muy efectiva en su trabajo. El hijo del señor Hein, Flemming, había ido al pensionado de Egeborg durante los últimos tres años y pertenecía a

la misma clase que Alboroto y Cavador, pero éstos no le tenían mucha simpatía. Según su opinión, Flemming Hein era demasiado blando y refinado. Se ocupaba demasiado de sus deberes para ganarse a los profesores y esto, para Alboroto y Cavador, era una virtud intolerable.

Si los dos amigos habían aceptado su invitación de pasar las vacaciones juntos se debía, sobre todo, al hecho de que Puck y Navio estaban en la casa de al lado... y así las oportunidades de diversión eran enormes. Hasta aquellos momentos, Alboroto y Cavador no habían hecho aún planes al respecto, aunque se consolaban pensando que las vacaciones acababan de empezar, y ya tendrían ocasión de pensar algo...

El jefe de Correos esperaba que lo llamaran para jugar Una partida de naipes en casa del veterinario, pero cuando vio que no le avisaban, empezó a hablar a los tres chicos de su tema favorito: la evolución del Correo danés desde Christian IV hasta la actualidad.

Durante la larga y aburrida explicación del señor Hein, Alboroto y Cavador intercambiaban desoladas miradas, pero era imposible frenar al verborrea del jefe de Correos. Flemming miraba a sus dos compañeros con una sonrisa burlona, pero al final les tuvo lástima y logró cambiar el tema de la conversación. El jefe de Correos no parecía muy contento de dejar su tema favorito, pero pronto se interesó por la emocionante aventura que habían vivido Alboroto y Cavador con los gitanos.

El señor Hein se divirtió mucho cuando le contaban cómo Cavador había llegado en el último instante y se había lanzado contra la barriga de Geza.

—Los dos gitanos están aún en la cárcel de Sundkoebing —confirmó el jefe de Correos—. Creo que su caso será visto uno de estos días en el juzgado. No será un juicio muy corriente. Vosotros vais a comparecer como testigos, ¿verdad?

—Sí; junto con tres chicas del pensionado —contestó Alboroto, y añadió con una amplia sonrisa—: Pero, por suerte, no será hasta después de las vacaciones; así tendremos un día más de fiesta.

—No es ninguna ventaja —opinó el virtuoso Flemming con una mueca—. Tendréis los deberes atrasados.

Alboroto asintió con un gesto.

—Eso sí..., pero... ¡jem...!, no sería la primera vez. No me

preocupa. ¿No te gusta a ti hacer novillos?

—¿Hacer novillos? —repitió Flemming arrogante, pasándose la mano por su cabello lleno de brillantina—. No, eso no es para mí. No se deben hacer novillos si se quiere prosperar en este mundo.

—Tienes toda la razón, hijito —exclamó con aprobación su padre—. Yo nunca falté a clase sin motivo durante mis estudios... Y aquí tienes el resultado: hoy soy jefe de Correos de Sundkoebing.

Alboroto y Cavador se miraron. No había duda de que Sundkoebing era una ciudad tranquila y agradable que desde la Edad Media parecía dormir tan profundamente como la Bella Durmiente del Bosque, así que llegar a ser jefe de Correos en tal lugar sólo podía ser un castigo.

—¿Tú también quieres ser jefe de Correos, Flemming? —preguntó Alboroto.

—No, yo espero llegar a abogado del Tribunal Supremo —contestó Flemming sin ninguna modestia.

— ¡Fabuloso! —rió Cavador—. Dejaremos que lleves todos los casos de Alboroto y míos... seguramente ganarás mucho dinero.

— Seguramente no necesitarás más clientes — dijo Alboroto con cara muy seria.

Poco después, el señor Hein se levantó para dar un paseo. Los tres chicos se quedaron un buen rato sumidos en sus pensamientos. Alboroto y Cavador estaban mortalmente aburridos, como siempre que no pasaba nada.

«¿Por qué no pasará "nada"?», pensaban al unísono.

Los dos revoltosos no sabían en realidad qué querían que sucediese, pero pensaban con envidia en Puck y Navio que seguramente en aquellos momentos lo estaban pasando en grande con el divertido veterinario. No estaría mal — se decían — que los dos angelitos hubieran tenido que aburrirse durante las vacaciones de otoño en la sumamente aburrida casa del jefe de Correos..., pero naturalmente —concluían— no hay justicia en este loco mundo.

— Bueno — suspiró Alboroto consultando de reojo su reloj de pulsera.

— Estoy de acuerdo contigo — asintió Cavador.

— ¿De qué habláis? —preguntó Flemming, mirando sorprendido a uno y otro.

Alboroto se encogió de hombros.

— Tenemos nuestra propia manera de hablar. Solamente necesitamos una palabra para entendernos. Así ahorramos tiempo..., pues, como sabes, el tiempo es oro.

— También es la única clase de tesoro con que contamos por el momento — dijo Cavador —. Podemos pedir prestadas cincuenta coronas a Puck, si prometemos no molestar ni a ella ni a Navio... y me parece que en nuestra situación podíamos aceptar esta condición con toda la tranquilidad del mundo.

—No pierdas el ánimo, querido amigo — contestó Alboroto —. Mañana será otro día, y todo puede pasar...

— No en Sundkoebing...

De repente, Cavador calló, miraba fijamente a la ventana que daba al jardín, y luego lanzó un chillido:

— Por todos los...

— ¿Qué tienes?—preguntó Alboroto asombrado—.¿Te has vuelto loco de repente?

— La ventana —señaló Cavador—. ¡La ventana..., mira!

Sus dos amigos miraron hacia allí sin ver nada en especial. En la luz que salía de la habitación sólo se distinguían unos árboles moviéndose suavemente al leve impulso de la ligera brisa de la noche. El resto del jardín estaba a oscuras.

— Desapareció como un rayo — murmuró Cavador.

— ¿Quién? ¡Estás chiflado! Seguramente era el padre de Flemming.

— No —dijo Cavador levantándose de un salto—. Era Geza.

— ¿Geza?

— Sí, el jefe de la tribu gitana.

* * *

Las palabras de Cavador dejaron a sus amigos boquiabiertos, pero, al final, Alboroto logró balbucear:

— ¿El jefe de los gitanos...? Imposible, Cavador. Está en la cárcel...

— No puede estar en la cárcel y mirar por la ventana al mismo tiempo. Apuesto un billete de diez coronas a que era él. Sus ojos estaban llenos de odio y maldad.

— ¿Estás completamente seguro?

— Sino, ¿cómo iba a apostar diez coronas?

— Bien —dijo Alboroto rápidamente—. Salgamos al jardín, a ver

si descubrimos algo...

— No, no lo hagáis — les interrumpió Flemming asustado —. Ese hombre es muy peligroso. No salgáis, por favor...



— ¡Vete a la porra! — contestó Alboroto —. Apresúrate, Cavador, rápido.

Los dos amigos salieron corriendo de la habitación y, poco después, estaban fuera, en la oscuridad del jardín. Sólo podían distinguir los árboles que estaban ante las ventanas iluminadas, el resto quedaba a oscuras. Había un silencio total.

— ¡Hum! —exclamó Alboroto—. ¿Aún estás seguro de haberlo visto?

— Te lo juro. Puedo apostar dos billetes.

— Bueno, en ese caso debemos registrar todo el jardín. Pero está muy oscuro, y creo que debemos mantenernos juntos; el buen Geza seguramente no está de humor para jugar.

— Quizá se haya escapado por la puerta de atrás — opinó Cavador.

— Bueno, vamos. Mantén-te alerta por si nos tienden una emboscada.

Los dos valientes muchachos emprendieron la búsqueda, pero todo estaba tan oscuro que habían de tentar con las manos tras los árboles y los arbustos. De repente, Alboroto agarró el brazo de su compañero y cuchicheó excitado:

— Allí está. Va subiendo por el sendero principal.

— ¿Dónde?

— Veo una sombra allí. ¿No oyes sus pasos?

— ¿Atacamos?

— Espera un momento. Debemos sorprenderle.

Por un momento reinó el silencio; pero, de pronto, Alboroto gritó:

— ¡A por él!

Como dos tigres sanguinarios, los dos amigos se lanzaron contra la oscura figura. Se oyó un gemido ahogado y los tres cayeron sobre la gravilla del sendero que saltaba en todas direcciones. Tenían a su enemigo tendido en el suelo y Alboroto gritó entusiasmado:

— ¡Lo tenemos, Cavador! ¡Ahora va a ver lo que es bueno!

— ¡Socorro! —jadeó el vencido—. ¡Socorro! ¡Socorro!

Los dos muchachos quedaron paralizados por la sorpresa. Alboroto aún tuvo fuerzas para balbucear:

— ¡Ay, no! Es... Es el jefe de Correos...

— ¿Qué?... Ya me parecía conocer su voz...

Los dos chicos se levantaron con rapidez y ayudaron al aturdido señor Hein a levantarse. A pesar de la oscuridad habían reconocido por la voz a su anfitrión, y Alboroto empezó a darle una serie de entrecortadas y confusas explicaciones y disculpas:

— ¡Ay, señor jefe de Correos...! Lo sentimos tanto, pero tuvimos que hacerlo... Como usted se había escapado de la cárcel... No le hemos reconocido en la oscuridad... Tuvimos miedo de que lograra usted escapar... ¿Le hemos lastimado?



El señor Hein había reconocido a sus dos asaltantes y jadeó completamente fuera de sí:

¿Os habéis vuelto locos los dos? ¿Dónde está Flemming?

— Arriba, en la casa..., pero...

— ¡Flemming! ¡Flemming! —llamó a gritos el jefe de Correos—. ¡Ven en seguida! Tus amigos se han vuelto locos...

— Pero, señor Hein...

— ¡Flemming..., Flemming...! ¡Socorro!

La valentía del hijo era escasa, pero cuando reconoció la voz de su padre acudió corriendo. No comprendió nada y la explicación que daban los tres al mismo tiempo no ayudaba a entender la situación.

Desde el jardín vecino, la sonora voz del veterinario preguntó:

— ¿Qué pasa allí? ¿Han hecho alguna de las suyas Alboroto y Cavador?

— Sí, señor Moeller — contestó Alboroto desde la oscuridad—. Nos lanzamos contra un fugitivo... Y resultó ser el jefe de Correos. Quiero decir que no fue él..., pero podía haber sido él..., aunque él no es gitano...

El jefe de Correos corrió hacia la cerca divisoria de los dos jardines, donde la oscuridad no era tan profunda, y dijo, todavía jadeante:

— Estos chicos se han vuelto locos de repente...

— Siempre lo han estado — sonó la alegre voz de Puck —. ¿Qué han hecho ahora, señor Hein?

El aludido explicó algo confuso:

— Iba tan tranquilo, paseando por el sendero detrás de la casa... Había salido a dar un pequeño paseo..., y estos dos locos se lanzaron sobre mí..., chillando como salvajes; luego me aplastaron contra la gravilla... —Muy nervioso continuó diciendo —: Tiene usted que ayudarme, señor Moeller, habrá que encerrar a estos dos chiflados...

— ¡Bravo! — exclamó Puck jubilosa —. ¡Sería una solución perfecta!

— ¡Cadena perpetua! — añadió Navio.

Poco a poco, todos se habían reunido junto a la cerca, hablando al mismo tiempo. Al final el veterinario levantó la mano y declaró:

— No he entendido nada. A ver, chicos, ¿qué fue lo que pasó?

Alboroto se había recuperado ya de la sorpresa y logró dar una explicación razonable. Los demás le escuchaban en silencio. Al final el señor Moeller dijo, sorprendido:

— Creo que estáis en un error, muchachos... Hasta el momento, nadie ha logrado escapar de la prisión de Sundkoebing; pero id rápidamente y despertar al carcelero para saber cómo están las cosas...

— ¡Claro! —exclamaron Alboroto y Cavador a dúo, y salieron corriendo, contentos de poderse alejar de allí.

El veterinario dijo en tono alegre:

— ¿Por qué no pasa usted a tomar una copa, señor Hein? Parece necesitarla. Un whisky doble le hará bien...

— Ya lo creo —murmuró el pobre hombre aceptando la invitación.

Le era difícil recuperarse después del susto...

Mientras tanto, Alboroto y Cavador corrían hacia la cárcel, un edificio que estaba al lado de la comisaría de policía.

— La hemos hecho buena — opinó Cavador.

— ¡Mala suerte! —admitió Alboroto.

— Seguramente, el jefe de Correos nos echará de su casa.

— Bueno, en ese caso habremos logrado algo bueno..., pero dudo que tengamos tanta suerte.

— ¿Oíste las amables palabras de nuestra querida Puck?

— Ya lo creo...

— ¡Nos ha puesto en ridículo!

— Nos vengaremos.

— ¡Ya me dirás cómo!

— Capturaremos a Geza... Si es que se ha fugado de verdad.

— Sino, ¿cómo pudo mirar por la ventana?

— ¡Hum!

Los dos amigos llegaron hasta la esquina de la cárcel. Había luz en las ventanas del piso del carcelero y él mismo abrió la puerta al sonar el timbre. Miró asombrado a sus tardíos visitantes y preguntó:

— ¿Qué queréis a estas horas?

Alboroto llevó la voz cantante:

— Se trata de dos prisioneros: el jefe de los gitanos y su compañero.

— ¿Qué pasó con ellos? — gruñó el carcelero con brusquedad—. No es hora de visitar a los presos. Además, deben de estar durmiendo.

— No se puede correr y dormir al mismo tiempo — puntualizó Alboroto, irritado por la actitud del carcelero.

— Pero ¿qué dices?

— ¿No están juntos en el mismo calabozo? —insistió el muchacho.

— Sí..., pero sigo sin comprender.

— Bueno, pues ya puede decir «estaban juntos» porque en este momento ya no están. Le puedo apostar un billete de diez coronas.

— Dos billetes de a diez — declaró Cavador.

El pobre carcelero miraba perplejo de uno al otro y al fin preguntó:

— ¿Os habéis vuelto locos, muchachos?

— No, en absoluto, aunque el jefe de Correos cree que sí. Sin embargo, si yo estuviera en su pellejo, señor carcelero, iría rápidamente a ver si los dos gitanos siguen allí durmiendo... y, en caso de encontrar el calabozo vacío, iría lo más rápido posible a la Brigada Criminal.

El anciano y pacífico carcelero no era excesivamente listo, pero intuyó que algo serio estaba pasando. De repente, su voz sonó desolada:

— ¡No, no...! Esos gitanos no pueden haberse fugado...

— ¡Asegúrese entonces!

— Bueno, bueno, ya voy...

El carcelero dio media vuelta y desapareció por el pasillo. Ni se percató de que Alboroto y Cavador le seguían. Cuando llegó a una de las celdas, miró por la reja y exclamó asustado:

— ¡Está vacío!

Alboroto asintió con la cabeza.

— Eso quiere decir que no estamos tan locos...

— ¡Pero es horroroso!

El pobre hombre manoseaba sus llaves y por fin logró encontrar la del calabozo. Una rápida mirada le bastó para saber lo que había pasado. En el suelo había un montoncito de ladrillos, cal y una reja de hierro. Los presos ni siquiera habían tenido que serrar los sólidos barrotes. Con algún instrumento puntiagudo habían raspado la cal de entre los ladrillos y luego les fue fácil sacar toda la reja a la vez. Los dos presos no habían encontrado ninguna dificultad para saltar por la ventana y continuar la fuga por el jardín del carcelero, para seguir después por el del jefe de Correos.

El anciano estaba tan disgustado, que Alboroto le tuvo compasión y dijo:

— Lo pasado, pasado está; no se puede remediar. Yo, en su lugar, iría rápidamente a la comisaría de la Brigada Criminal para

contar lo ocurrido. El fugitivo es un hombre peligroso. Puede estar seguro de ello.

— Bueno, bueno...

— Vámonos. Mi amigo y yo le acompañaremos. Quizá podamos declarar algo importante.

Momentos después, el carcelero y los dos muchachos se encontraban en la Brigada Criminal. El agente de guardia escuchó bastante sorprendido la explicación de Alboroto y Cavador, y actuó en seguida. Antes de continuar con el interrogatorio, tomó el teléfono y marcó varios números. Sus palabras eran cortas y precisas. En pocos minutos había dado la alarma a toda la policía de las ciudades vecinas a Sundkoebing e incluso al cuartel general de Copenhague, donde se ocuparían de avisar a todas las comisarías de la isla. No hacía mucho que Geza, el jefe gitano, había mostrado ser un hombre muy peligroso y sin escrúpulos, así que no



podían arriesgarse. Había que capturarlo de nuevo, lo más rápidamente posible.

Unos veinte minutos más tarde, Alboroto y Cavador abandonaron la comisaría. Mientras paseaban lentamente por la calle. Alboroto dijo:

—Bueno, Cavador, por fin ocurrió algo divertido en Sundkoebing. Ahora vamos a ver si tenemos la suerte de que la diversión continúe. ¡Qué rabia que fuera el jefe de Correos y no Geza quien andaba por el jardín!

—Es humano errar.

—Sí, pero tú y yo no debíamos equivocarnos nunca — opinó Cavador—. Somos demasiado listos para permitirnos un fallo.

—¡Ya! Pero el jardín estaba tan oscuro...

—¡Cállate, eso no es excusa para hacer el ridículo! Imagino que el jefe de Correos preferirá que nos mudemos.

—¿Tú crees?

—Sí; pero no importa. Ahora que la situación ha cambiado, se me ocurre una idea...

—¡Ya!

—Escucha. Cuando el señor Hein nos eche de su casa, pediremos prestadas las cincuenta coronas que nos prometió Puck y tomaremos la habitación más barata del hotel de Sundkoebing...

—Puck sólo nos prestará el dinero si prometemos dejarlas en paz a ella y a Navio.

—Tampoco tendremos ocasión ahora — se dolió Alboroto—. Hay asuntos más graves que requieren nuestra atención. Ya nos vengaremos de esos dos angelitos en otra ocasión; sin embargo, por el momento, creo que debemos buscar la fuerza en la unión.

—¿Unirnos a ellas?

—Sí; para capturar a Geza y al otro gitano.

—Eso ya es el colmo —gruñó Cavador—. El policía de guardia acaba de avisar a todas las comisarías del país... Y tú sigues creyendo que podemos capturar a los fugitivos sólo con unirnos los cuatro. Yo creo que lo mejor es aceptar las cincuenta coronas de Puck, volver al colegio y gastarlas en helados, en la pastelería del señor Bose, y yendo al cine cada noche. Eso es lo más razonable, creo yo.

—Eso es una tontería — opinó Alboroto —. Me avergüenzo de ser tu mejor amigo cuando dices semejantes bobadas. Vamos a hablar con Puck.

—Como quieras — gruñó Cavador —.Ya me dará la razón. Puck se ocupará de ponernos en ridículo otra vez.

—Ya veremos —contestó Alboroto con arrogancia.

Poco después, eran recibidos en casa del veterinario con alegres comentarios y burlas; pero cuando Alboroto explicó lo ocurrido cesó la mofa y todos escucharon con interés y emoción.

Sabían todos de sobra que Geza era un hombre peligroso y nadie se podía sentir seguro mientras aquel tipo continuara libre. Cuando

el gitano miró por la ventana del jefe de Correos, debió de reconocer sin duda a Cavador... y en ese caso nadie podía estar seguro de lo que pensaba hacer en su desesperación. Geza estaba tan ofuscado por el odio y los deseos de venganza que le sería difícil pensar en las consecuencias de sus actos.

El señor Hein se había calmado y parecía haber comprendido el extraño comportamiento de sus dos huéspedes. Intentó tomarlo todo a broma y dijo a los muchachos que les había perdonado, pero ellos no se sintieron entusiasmados precisamente con esta declaración, porque entonces se verían forzados a continuar en casa del jefe de Correos.

Si su deseo de salir de allí no había sido satisfecho, Puck y Navio, en cambio, les guardaban una sorpresa. Las dos chiquillas los llevaron aparte, y Puck dijo con sonrisa burlona:

—Si hemos de ser sinceras, nos parece que esta noche habéis hecho un buen trabajo de detectives. Habéis fallado en algún detalle sin importancia, pero es humano equivocarse. Navio y yo estamos de acuerdo en que vuestra actuación ha sido estupenda, así que, mientras estabais con el carcelero hemos escrito una poesía en vuestro honor. Quizá no sea ninguna obra maestra, pero la hemos hecho con la mejor intención. ¡Tomad!

Con cara escéptica Alboroto tomó el papel y leyó:

«Alboroto y Cavador,
dos detectives sin par,
exageraron un poco
su manera de actuar.
Vieron una sombra oscura
en medio de los zarzales,
y sobre el jefe de Correos
saltaron como animales.
El buen hombre paseaba
y al pasar por el camino
le dieron una paliza
creyéndole un asesino.
Geza, entretanto, escapó
como escapan las perdices,
dejando a estos detectives
con un palmo de narices.

Ahora que estáis muy cansados
después de tantas fatigas
Navio y Puck os saludan
con un abrazo de amigas.»

Alboroto tendió el papel a Cavador, mientras aprobaba irónicamente con un gesto de cabeza:

— Estoy sorprendido de tus facultades, querida Puck. Con los años llegarás a ser una de las mejores poetisas de Dinamarca... ¿No crees lo mismo, Cavador?

— ¡El premio Nobel! — exageró Cavador—, No cabe duda. La sonrisa de Puck era angelical.

—Vuestras alabanzas me emocionan. A las grandes artistas nos gustan estas cosas... ¿Qué más queréis decir en mi honor?

— Bueno — dijo Alboroto, un tanto cortado.

— Bueno —añadió Cavador, sin imaginación.

— Hay que ver con qué claridad os expresáis — comentó Puck con guasa—. Os conozco demasiado para no adivinar que estáis tramando algo. Hablad.

— De acuerdo — dijo Alboroto —. Hemos decidido unirnos a vosotras.

— Es halagador —sonrió Puck—. ¿Para qué necesitáis nuestra ayuda?

Alboroto levantó la cabeza con un gesto orgulloso.

— Hemos decidido capturar al jefe de los gitanos, a Geza.

— ¡Fantástico! —admitió Puck—. Y Geza ¿qué dice?

— ¿Geza?

— Sí. ¿Habéis olvidado preguntárselo?

— Pues...

— En ese caso será algo difícil — dijo Puck con cara pensativa—. ¿Dónde habéis pensado encontrarle?

— Bueno, aún no hemos discutido eso..., pero ya hablaremos de ello. Unidos los cuatro, no será difícil dar con él. ¿Qué te parece la idea?

— ¡Me gusta!

— Y... ¿estás de acuerdo?

— Naturalmente... ¿Podías pensar otra cosa?

— No, claro.

— Yo también estoy de acuerdo — declaró Navio —. Todo es

tan formidablemente palpitante que es difícil negarse.

— ¿Qué pasa con las cincuenta coronas? — preguntó Puck con burla—. ¿No vais a necesitarlas?

Alboroto movió pensativo la cabeza.

— Quizá las necesitemos para los «gastos». Ahora podemos aceptar tu oferta con la cabeza bien alta. Cavador y yo hemos decidido dejaros en paz.

— No sabes el peso que nos habéis quitado de encima. — sonrió Puck —. Navio y yo no hemos tenido ni un momento de tranquilidad pensando en vosotros.

— ¿No podías hablar en serio un momento, Puck?

— Sí, claro.

— Bueno. Todos estamos en peligro mientras ese loco de Geza y su compañero sigan libres. A pesar de que la Brigada Criminal ha dado la alarma y está lista para actuar en toda Seelandia, estoy seguro de que podemos hacer un buen trabajo. ¿Lo intentamos, Puck?

— Naturalmente — asintió la muchacha.

Y entonces sí que hablaba en serio.



Parecía que la tierra se hubiese tragado a los dos gitanos. Durante toda la noche, la policía había rastreado la comarca de Sundkoebing; su búsqueda había llegado incluso hasta el lago Ege. Todo fue en vano.

Por la mañana muy temprano, el jefe de policía y el agente Poulsen estaban en la Brigada Criminal de Sundkoebing tomando una taza de café. Habían dormido poco y la persecución de los dos fugitivos iba a continuar con más ahínco.

El agente Poulsen bostezó y dijo:

—Es un trabajo muy difícil con los pocos agentes que tenemos a nuestra disposición. No hablo de las carreteras, sino de los bosques. Necesitaríamos por lo menos un regimiento de soldados para encontrarlos, porque esos tipos deben de estar escondidos en la espesura.

—Sí, si no se han quedado en la ciudad. Es poco probable, pero no podemos excluir esta posibilidad por completo.

—Es más seguro que hayan elegido los bosques, jefe. Los gitanos son hijos de la naturaleza y allí tendrán más probabilidades de defenderse que en campo abierto.

Su jefe asintió con la cabeza.

—Seguramente está usted en lo cierto, Poulsen; pero, se escondan donde se escondan, no tardaremos en tener noticias suyas. Han de comer y, como no tienen dinero, habrá denuncias sobre robos dentro de un par de días. En ese caso tendremos una pista.

—Espero que no pase nada grave antes...

—¿Algo grave?

—Sí; Geza ha demostrado no tener escrúpulos y está desesperado. Quiere vengarse. Ayer por la noche vio a Hugo Svendsen y a Henrik Smith en el comedor del jefe de Correos, Estos dos chicos estropearon sus planes de prender fuego a la Granja del Este. Geza está loco, y quizás intente incendiar la casa del señor Hein, creyendo que los muchachos son de su familia.

—Ya lo hubiera intentado —opinó el jefe—. Pero a mí se me ocurrió otra cosa anoche, Poulsen. Geza debe de estar decidido a destruir la Granja del Este. Ésta sería su gran venganza, y le importan poco las consecuencias. Por eso creo que pasará por los bosques para acercarse a la hacienda. Ya he llamado al señor Holm para advertirle. Hasta que logremos capturar a los gitanos ponga allí un par de hombres tic vigilancia. Esperemos que la suerte nos acompañe...

—Comprendido —dijo el agente mientras terminaba su taza de café—. Ahora mismo salgo con Joergensen para continuar la búsqueda.

—¡Suerte! — le deseó su jefe.

* * *

Entretanto había conspiración en el cenador del jardín del

veterinario Moeller. Además de Alboroto, Cavador, Puck y Navio, que se consideraban unidos en el asunto, estaban presentes en la reunión Sonja y Flemming. Alboroto y Cavador habían aceptado sin gran entusiasmo la presencia del hijo del jefe de Correos, pero como eran huéspedes en su casa les había parecido lo más correcto invitarle. Sonja era otra cosa. La pequeña artista era muy valiente y, sin duda, la necesitarían. Hubiera sido una lástima excluirla.

Después de un cuarto de hora de conversación, la pandilla no había llegado muy lejos. Hasta Alboroto hubo de admitir que quizás había prometido demasiado al declarar que capturaría a Geza. No sería fácil. Lo más seguro era que los dos gitanos se hubieron escondido en los bosques y sería muy difícil dar con ellos.

—Bueno, pero no vamos a declararnos ya vencidos — dijo Puck, aunque su voz no sonaba muy segura—. ¿Quién tiene una idea?

—Vamos a capturar a Geza —propuso Navio.

—Navio, desbordas de buenas ideas. ¿Puedes explicarnos cómo? — suspiró Alboroto.

—No...

—¿Alguien más quiere decir algo? — insistió el muchacho.

—¿No tienes algún plan propio? —preguntó Puck.

Alboroto suspiró de nuevo.

—Sí, uno; pero lo encontraréis descabellado.

—Explícate — invitó Puck.

—Pues pienso que, si Geza y su compañero se han fugado de la cárcel, lo hicieron por una razón muy especial. Naturalmente los gitanos aman la libertad, pero aunque Geza esté completamente chiflado, no puede pensar que estará libre por mucho tiempo. Con un par de días tendrá suficiente para consumir su venganza. Sigo creyendo que su único deseo es ver la Granja del Este pasto de las llamas.

Flemming asintió y dijo, con voz algo afectada:

—Está muy bien pensado, Alboroto. No eres tan tonto como pareces.

—Al contrario que tú —gruñó Alboroto irritado.

—¿Cómo has dicho?

—Piensa un poco, Flemming... No es tan difícil resolver esta adivinanza como una partida de ajedrez... Ahora dejémonos de tonterías. ¿Qué te parece mi idea, Puck?

—Creo que estás en lo cierto, Alboroto. Geza no es normal, y es muy posible que en su cerebro sólo quepan pensamientos de venganza; pero, por otra parte..., quizá piensa aún en el tesoro de la isla del Caballero Volmer. Ahora lo buscan los expertos del Museo Nacional, pero sin duda Geza sabe más sobre el lugar donde está escondido que ellos.

—Sería una lástima que lo encontrase el gitano — declaró Navio —. Puck nos ha prometido un kilo de chokolatinas si los del Museo Nacional dan con el tesoro. No quisiera que ese estúpido lo estropease todo.

—Hay que evitarlo, pequeña —asintió Cavador con ironía —. Los bombones son muy caros hoy día.

Alboroto se había quedado pensativo. De repente dijo:

—Si la policía piensa lo mismo que yo, deben haber avisado al hacendado Holm...

—Podemos saberlo en seguida —dijo Puck levantándose —. Voy a llamarle por teléfono.

—Cuando regresó poco después, dijo en tono alegre:

—No careces de genio, Alboroto. La Brigada Criminal ha tenido la misma idea que tú. Ya han avisado al señor Holm, quien ha tomado ya sus precauciones.

—Eres genial, Alboroto — dijo Cavador con admiración— Estoy muy orgulloso de poder llamarte, ante todo el mundo, mi mejor amigo...

—¡Calla, bobo! —interrumpió éste rápido—. ¿Qué hacemos ahora?

—Capturar al gitano — propuso Navio de nuevo —. Si no, empiezo a despedirme de los bombones.

Alboroto hizo una mueca de fastidio.

—¿No podíais desaparecer de mi vista Cavador y tú mientras nosotros hablamos en serio?

Puck sonrió.

—Tranquilízate, Alboroto, ya encontraremos la solución. Tratemos el asunto con calma. Para nosotros seis resultaría inútil intentar una búsqueda concienzuda por los bosques de los alrededores. Tenemos solamente una oportunidad de encontrar a los gitanos. Si suponemos que Geza y su compañero van hacia el norte, en dirección a la Granja del Este o a la isla del Caballero Volmer y

si buscan el camino más corto..., tendremos una oportunidad de atraparlos...

—Pero eso sería muy peligroso — intervino Flemming.

—¿Qué...? —gruñó Alboroto en tono belicoso.

—Si encontráis a esos dos gitanos, seguramente opondrán resistencia... ¡Y eso sería muy peligroso!

—¿Tú crees? —preguntó Alboroto con fingida sorpresa.

—¡Seguro! —contestó el chico con suficiencia.

—Bueno, eso cambia totalmente las cosas. En ese caso no nos atrevemos, ¿verdad, Cavador?

—Estoy temblando de miedo —admitió éste—. Por otro lado, no puede ir tan mal la cosa si Flemming nos acompaña. Tiene fama de pegar fuerte.

—¿Yo? —hipó Flemming asustado—. Odio toda clase de violencias... Nunca he tomado parte en una pelea. Además, mi padre dice que únicamente los chiflados arreglan sus asuntos con los puños en vez de usar el cerebro.

—Tu padre es un hombre muy sabio —admitió Alboroto—. Ayer noche tuvo que enfrentarse con dos chiflados que usaban los puños... Seguramente este hecho ha reafirmado su opinión sobre el poder del cerebro.

—¿Tiene miedo Flemming? —preguntó Sonja ingenuamente.

Alboroto movió la cabeza escandalizado.

—Qué cosas dices, Sonja. ¿Cómo puedes llegar a pensar que un chico del pensionado de Egeborg tenga miedo? No, hijita, sólo que Flemming usa la cabeza más que nosotros. Eso no es peligroso.

De repente, pareció irritado y continuó:

—¡Basta ya de tonterías! Cavador y yo saldremos enseguida.

—¿Hacia dónde? — preguntó Puck.

—Saldremos, simplemente..., hacia el norte, en dirección a la Granja del Este. Si queréis, podéis acompañarnos.

—Ganas no nos faltan — dijo Puck —. Pero estoy segura de que mi padre y el tío Anders protestarían si saben que salimos con vosotros a capturar gitanos.

—Está bien, Puck. Iremos solos, en las bicicletas. Antes de que se haga de noche, estaremos de vuelta con la victoria en el bolsillo.

—¡Ya!

—Claro que sí. Cuando Cavador y un servidor nos empeñamos

en una cosa, no podemos fracasar..., ¿verdad. Cavador?

—No ha ocurrido nunca — declaró éste con firmeza.

—¿Qué me dices del jefe de Correos? —preguntó Puck en tono burlón.

—¿El jefe de Correos...?

—Sí, ¿o no llamas a eso un fracaso?

—Bueno..., claro..., pero, como dice Cavador, hasta los más sabios pueden equivocarse alguna vez... Esto es una experiencia más. ¿Apuestas el billete de cincuenta a que logramos regresar con Geza y su compañero?

—Seguro que sí, Alboroto.

—De acuerdo. ¡Vámonos! ¿No quieres acompañarnos, Flemming?

Éste negó con un gesto de arrogancia.

—No. Me tengo por demasiado inteligente para emprender una aventura tan estúpida.

—Pero puedes sostener las bicicletas mientras Cavador y yo nos hacemos cargo de los gitanos.

—Estáis completamente chiflados — contestó el muchacho con desprecio.

—Ya veremos... ¿Vamos, Cavador?

Cuando los dos amigos hubieron desaparecido, los otros permanecieron un buen rato silenciosos en el cenador. Luego Puck dijo:

—Alboroto y Cavador son unos muchachos de primera.

—Claro que sí —asintieron Navio y Sonja al unísono.

Flemming no dijo nada. Poco después se levantó y se marchó sin pronunciar palabra.

* * *

Por la noche, el veterinario Moeller estaba como pez en el agua. Después de cenar llegaron el jefe de Correos y el farmacéutico y, con el ingeniero Winther, los cuatro se pusieron a jugar a las cartas. El ambiente era agradable y alegre. La señora Moeller movía la cabeza extrañada: «¿Cómo les puede gustar tanto jugar a cuatro hombres adultos?», pensó.

También Puck estaba en su salsa. Sólo con ver a su padre sentado a la mesa, sentía que la vida merecía ser vivida. A ella no le importaba que estuviera ocupado jugando a los naipes. Durante el

día habían tenido una larga conversación y Puck le había contado lo de la gratificación que le esperaba si los hombres del Museo Nacional encontraban el tesoro de la isla del Caballero Volmer.

Su padre le había aconsejado con una sonrisa:

—No te hagas demasiadas ilusiones, Bente. Todos conocemos numerosas leyendas sobre tesoros escondidos, pero por regla general sólo traen líos. Y respecto a tus estudios superiores, no tienes por qué preocuparte, hijita.

—Pero a mí me gustaría podérmelos pagar yo sola.

— Claro, te comprendo —admitió el ingeniero Winther acariciando la mejilla de su hija—. Pero no te preocupes por ello, Bente...

Puck estaba radiante. En aquellos momentos se encontraba con su madrastra, Navio y Sonja en el salón de al lado, charlando amistosamente.

— Bueno, Puck —dijo la señora Winther—. ¿Nos has echado de menos durante los últimos diez meses?

— Muchísimo —contestó Puck—. Me parece una eternidad desde la última vez que os vi. ¿Te gusta vivir en Valparaíso?

La señora Winther sonrió feliz.

— Me gusta porque tu padre está allí; pero, naturalmente, preferiría vivir en Dinamarca. —Suspiró y continuó diciendo—: Sin embargo, más vale no pensar en ello. Tu padre es ingeniero y ya se sabe... ¿Cómo te va en el colegio, Lise?

— No del todo mal —contestó Navio—. En el último trimestre mi nota de Geografía fue un seis.

— No está mal. Tu penúltima nota en esa asignatura fue un cinco —sonrió Ellen Winther—. Además la Geografía te debe de interesar mucho, así sabrás con exactitud el paradero de tu padre. ¿Dónde está actualmente?

— Muy lejos —suspiró Navio—. Cerca de Melbourne... o en Río de Janeiro... En algún sitio estúpido del lejano Oriente...

— Melbourne está en Australia y Río de Janeiro en Brasil —informó sonriendo la señora Winther—. A pesar de ello, estás en lo cierto, Lise. Bueno, esperemos que tu padre no tarde en regresar a Dinamarca. Su barco, el «Margrethe III», ha sido adoptado por el pensionado de Egeborg, ¿verdad?

— Sí, pero parece que la tripulación no se haya enterado de ello

— suspiró Navio.

— ¿Y tus notas, Puck? —preguntó su madrastra.

— Igual que Navio, ni bien ni mal. El último promedio fue de siete... Inger sacó sobresaliente.



—No hagamos comparaciones con Inger —sonrió la señora Winther—. Ella y Merethe Dahl son extraordinarias... Pero no son imprescindibles los sobresalientes para llegar a ser alguien en este mundo. Yo no saqué más de siete en el examen final... —y añadió sonriendo—: Y ahora estoy casada con un famoso ingeniero jefe.

La señora Moeller entró en el salón seguida de su sirvienta, la señorita Petersen, que traía una bandeja con refrescos, pastas secas, fruta y chocolate. La simpática esposa del veterinario casi pidió disculpas a Navio:

— Es horrible, hijita, pero he olvidado por completo las chocolatinas.

— Pero... —empezó Navio tímida.

— Era una broma, Lisita. Sé bien que las chocolatinas son tu plato favorito, así que come..., y vosotras también. Voy a poner la mesa para el té y después vendré a charlar...

Sus palabras se perdieron en la sonora carcajada del veterinario desde el salón contiguo, y añadió moviendo la cabeza:

— Cada uno es feliz a su manera...

— Sí, es verdad — sonrió la señora Winther —. A unos les gustan las cartas y a otros el chocolate relleno.

La señora Moeller salió de nuevo y las muchachas se lanzaron sobre las golosinas. Sonja se quedó un momento frotándose las

manos antes de atreverse a tomar un dulce. Era por costumbre. Cuando actuaba como acróbata, tenía que guardar un régimen estricto. Su peso y agilidad eran entonces muy importantes cuando volaba bajo la cúpula del circo, y el chocolate lo tenía prohibido.

Puck se sentía tan feliz que casi había perdido el apetito. Podía ver a su padre por la doble puerta abierta. Estaba sentado a la mesa de juego con sus amigos y su corazón se llenaba de alegría al verlo.

En aquel instante, la señora Moeller entró de nuevo y miró al pequeño grupo con el interés de una buena ama de casa,

— Hay que comer, hijitas —dijo sentándose en un sillón para descansar un poco después de su largo día de trabajo.

— ¿Estás muy cansada, tía Henny? —preguntó Puck preocupada.

— No, no me cansa trabajar para los seres queridos —sonrió la señora Moeller—. Tu tío Anders es el mejor marido del mundo..., esto puedo asegurarlo después de tantos años casados... Por eso es más fácil hacer la vista gorda ante su manía de jugar a las cartas.

— Un marido puede tener vicios peores que éste —declaró la señora Winther.

La señora Moeller movió la cabeza con energía.

— Tiene usted toda la razón, señora Winther. Hay algunos casos en esta misma ciudad..., pero usted y yo hemos tenido mucha suerte.

— ¡Y tanto! —confirmó la señora Winther y su voz era seria.



El ambiente de la casa del veterinario era muy alegre cuando se oyó el timbre de la puerta. La señorita Petersen abrió y, poco después, entró Cavadador. Saludó tímido y confuso, y su voz sonó insegura:

— Perdonen ustedes que les haya molestado..., pero..., ¡ejjem!...

Puck se levantó de su silla y preguntó en voz baja:

— ¿Qué os pasa, Cavadador? ¿Ha ocurrido algo?

— Sí, en cierto modo...

— Bueno, dímelo.

— ¿Puedo hablar contigo a solas..., ¡jejem!..., en otro sitio?

— Sí, claro...

Los dos compañeros salieron rápidamente. Puck encendió la luz y preguntó:

— Bueno, dime de una vez lo que pasa, Cavador.

— Mira..., ¡jejem!...

— Dilo ya...

El normalmente tranquilo muchacho se retorció las manos indeciso; pero, por fin, dijo:

— No me gusta tener que decirlo, Puck..., pero..., ¡jejem!, le ha ocurrido algo a Alboroto...

— ¿Qué dices?

— Ha desaparecido.



Cuando Alboroto y Cavador se marcharon del jardín del veterinario, después de la reunión, no tenían ningún plan fijo. Recogieron sus bicicletas, y Alboroto dijo:

— Vámonos de aquí en seguida. Si no, vendrá Fleming con otro discurso sobre la prudencia.

— Es un cobarde.

— Sí, desde luego no estaba en la fila cuando la valentía fue distribuida. Bueno, vámonos.

— En la Plaza Mayor se detuvieron para hacer planes y contar el dinero que les quedaba. Esto último lo hicieron con facilidad. Alboroto anunció un poco triste:

— Catorce coronas y seis oeres... ¡Vaya!... No podemos hacer

gran cosa. Tocamos a siete coronas y tres oeres para cada uno...

— Tomemos solamente siete coronas cada uno. Los seis oeres quédatelos como reserva.

— Repartieron el dinero, y luego Alboroto preguntó:

— Y ahora ¿qué? ¿Tienes alguna idea?

— No...

— ¡Ya! Creo que podemos dar por descontado que los gitanos se han marchado de la ciudad y están ya cruzando los bosques en dirección norte. Claro que hay otras posibilidades, pero tenemos que aferrarnos a nuestra teoría de que han marchado a través del terreno arbolado.

Así que yo propongo ir hacia allí.

— De acuerdo — asintió Cavador.

— La mayor parte de la comarca entre Sundkoebing y el lago Ege estaba cubierta de bosques y matorrales. De vez en cuando se veía algún pueblo y campos cultivados. Había algunos caminos, pero casi todos los senderos forestales eran tan estrechos y llenos de curvas que solamente permitían el paso a bicicletas o personas que fuesen a pie.

Los chicos estaban convencidos de que Geza y su compañero no iban a elegir los caminos más transitados, ni siquiera los pequeños senderos, sino que pasarían por entre los árboles que, en diversos lugares, era casi imposible atravesar a causa de la densa vegetación. Esto no iba a facilitar la búsqueda; pero Alboroto y Cavador tampoco habían pensado que su tarea iba a ser fácil. No se interesaron gran cosa por los bosques cercanos a Sundkoebing, porque no cabía duda de que los fugitivos debieron de atravesar esta zona durante la noche, para alejarse lo antes posible de la ciudad...

Después de una hora de pedalear en bicicleta por los estrechos y retorcidos senderos, los dos muchachos desmontaron para trazar un plan. Habían llegado ya tan lejos que debían tener cuidado con los gitanos. Aunque éstos iban a pie, debían de estar ya por los alrededores, en caso de que la teoría de Alboroto fuese cierta, claro. Había que contar también con otra posibilidad: que los gitanos hubieran escogido otro camino. Durante la última media hora, Alboroto estuvo pensando que los dos fugitivos podían haber ido al puerto de Sundkoebing para introducirse en algún barco como

«polizones». El día anterior habían llegado dos buques grandes para cargar, y no. sería extraño que Geza aprovecha la ocasión.

A pesar de ello, Alboroto no dijo nada. No había por qué desilusionar a Cavador. Lo más probable seguía siendo que el odio y la sed de venganza de Geza le hubieran hecho elegir precisamente el camino que llevaba a la Granja del Este. Si había que juzgar por las apariencias, el jefe de la tribu estaba para ser encerrado en un manicomio, lo cual le hacía aún más peligroso. Había conseguido la libertad y, sin duda, estaba dispuesto a defenderla hasta el fin para cumplir su venganza, era una gran suerte que la Brigada Criminal hubiera avisado al hacendado Holm.

— Alboroto estuvo un rato callado contemplando ios alrededores.

— Y ahora ¿qué? — preguntó Cavador.

— Bueno, no sé. Lo más seguro sería permanecer juntos; pero de esta manera, solamente podremos registrar la mitad del terreno. ¿Tienes miedo de ir solo. Cavador?

— Sí, estoy temblando — contestó Cavador con una mueca teatral—. ¿Vas a abandonarme en medio del bosque misterioso?

La sonrisa de Alboroto ensanchó su cara.

— Sí, pero lograremos sobrellevarlo, querido Cavador.

— Bueno, creo que estamos de acuerdo en que los gitanos no sé irán paseando pacíficamente por los senderos, ¿verdad?

— No creo que sean tan imbéciles...

— Geza, en todo caso, está como una cabra — hizo constar Alboroto —. Está loco, pero no por eso va a caminar a la vista de todos. Irá cerca del camino, pero oculto entre los árboles. Éste es un hecho que debemos tener en cuenta y andar con los ojos muy abiertos. Yo iré por la parte izquierda del sendero y tú te ocuparás de la derecha. Después de un kilómetro, nos reuniremos para cambiar impresiones.

— Pero ¿cómo piensas calcular un kilómetro en un bosque?— preguntó Cavador.

— Seguramente será algo difícil, pero debemos calcularlo con más o menos exactitud. Cuando creamos estar en el sitio justo, lanzaremos nuestro «grito del búho», y ya nos encontraremos.

— De acuerdo.

Poco después, los dos amigos se separaron para emprender cada

uno su camino por entre los árboles. No era precisamente fácil andar con las bicicletas sobre las hojas secas que llegaban a la altura del tobillo, y los dos amigos tardaron casi una hora en encontrarse. El instinto y su sentido de la orientación les ayudaron, tanto que no tuvieron necesidad de lanzar el «grito del búho».

— ¿Alguna novedad? —preguntó Alboroto al ver a su amigo.

— Nada.

— Por mi lado tampoco.

— ¡Ya! A ver si nos hemos equivocado de pista — dudó Cavador.

— No lo creo. Ayer nos pusimos en ridículo; no me gustaría volver a repetir la experiencia. Tenemos que descubrir a esos condenados gitanos.

— ¡Ya!

— Piensa lo que quieras, Cavador, pero no vamos a darnos por vencidos tan pronto.

— ¿Seguiremos como antes?

— Sí, es nuestra única oportunidad.

— De acuerdo.



Y así continuaron durante un par de horas. Cuando se encontraron por cuarta vez, Cavador dijo exhausto:

— Ya estamos a medio camino entre Sundkoebing y el lago Ege... Tengo tanta hambre que mi estómago protesta. ¿Por qué no lo dejamos?

— Imposible.

— Bueno, bueno —suspiró Cavador—. Continuaremos entonces.

Antes de llegar la noche, habremos llegado tan lejos que podremos hacerle una visita al pastelero de Oesterby. En este momento podría comerme sin dificultad su tarta más grande...

— Aguanta, comilón.

— Pero yo...

— Cállate ya... Vámonos.

— ¡Verdugo!

— Vámonos ya de una vez...

— Alboroto se sentía tan mal como su amigo mientras arrastraba la bicicleta por las hojas secas del bosque, pero no quería darse por vencido. Su triste aventura con el jefe de Correos no era tan fácil de olvidar.

Alboroto seguía caminando penosamente sobre las hojas secas... De pronto notó una extraña sensación de peligro.

«¿Qué pasaba?»

Se quedó donde estaba, mirando con cuidado en torno suyo. Todo estaba en silencio. «¿Por qué había tenido de repente aquella extraña sensación?»

Un sexto sentido le aconsejaba dar la vuelta de inmediato, tomar su bicicleta y alejarse rápidamente de aquel lugar. A pesar de ello no hizo caso. Hugo Svendsen, llamado Alboroto, había sido siempre un muchacho valiente. Sólo conocía la palabra "miedo" por los demás; y quizá por eso sus actos eran muy a menudo de una loca temeridad. En él, la valentía

y una cierta testaruda irresponsabilidad se convertían en loca temeridad.

En aquellos instantes, la sensación de peligro era tan fuerte que la sentía oprimir su corazón. A pesar de ello no se asustó. No, no quería darse por vencido.

Mientras miraba en todas direcciones se acercó lentamente a los matorrales que bordeaban el pequeño lago del bosque.

El silencio, que en situación normal hubiera ejercido un efecto tranquilizador, le parecía de repente de mal agüero. Sin embargo, Alboroto no se supo contener.

Llegó hasta los espesos arbustos y se paró un momento. Apartó unas ramas y pudo ver que el lago no pasaba de ser una charca, oscura y siniestra. La superficie estaba completamente negra y quieta. Su aspecto no era idílico, sino todo lo contrario.

Alboroto avanzaba con cautela bordeando la charca. Agudizó la vista y el oído sin lograr liberarse de la sensación de peligro.

Seguía andando junto a los arbustos con toda cautela, mirando en torno suyo. De vez en cuando apartaba unas ramas para observar mejor, pero aún no había nada extraño que ver. Sólo la charca parecía oscura y siniestra.

Apartó unas ramas, escudriñando entre los arbustos y su mirada se clavó... en un par de ojos llenos de odio y malicia.

Instintivamente, Alboroto lanzó un chillido y quiso dar un salto hacia atrás, pero era demasiado tarde. Algo oscuro silbó en el aire y le hirió en la frente. Alboroto perdió el sentido. Cayó hacia atrás inconsciente.

* * *

Cuando Cavador terminó de contar que Alboroto había desaparecido, Puck se quedó pasmada. Cuando reaccionó dijo:

—Perdona si no lo he entendido bien, pero ¿dices que Alboroto ha desaparecido?

—Sí...

— ¿Cómo?

— No tengo ni idea...

— No digas tonterías. Cuéntame lo que pasó. ¿Por qué, cuándo y cómo ha desaparecido Alboroto?

— También a mí me gustaría saberlo —suspiró Cavador.

Se puso a explicar todo lo ocurrido durante el día y concluyó:

— Como Alboroto no acudió al lugar de nuestra cita, regresé para buscarle, pero todo fue inútil. Busqué y rebusqué por todos lados, pero como si la tierra se lo hubiese tragado. Ojalá no le haya pasado algo grave.

En circunstancias normales a Puck le gustaba burlarse de los dos travessos muchachos, pero en aquel instante estaba asustada. Tenía el presentimiento de que algo serio había ocurrido.

La señora Winther entró en la habitación y preguntó sorprendida:

— ¿Qué es lo que ocurre aquí? ¿Qué ha pasado, Henrik?

Cavador carraspeó.

— Bueno..., ¡ejem!... La cosa se ha puesto fea..., pero... más vale que se lo explique Puck.

Y la chica contó la historia. Ellen Winther era una mujer

inteligente y dijo sin dudar:

— No podemos perder ni un segundo... Quizá peligra la vida de Hugo... Voy a llamar a la Brigada Criminal.

A los pocos minutos reinaba la mayor confusión en casa del veterinario. Al principio, el señor Moeller se enfadó al ver estropeada su partida de cartas, pero en cuanto se hizo cargo de la situación cambió su actitud. Le gustaba mucho jugar a las cartas; no obstante, era mucho más importante ayudar rápidamente a Hugo Svendsen, que parecía haberse metido en un buen lío. ¿Qué le habría ocurrido al chico? ¿Se habría tenido que enfrentar con dos gitanos locos? En tal caso...

Los agentes de la Brigada Criminal de Sundkoebing estaban exhaustos; sin embargo, la llamada telefónica de Ellen Winther los despabiló. Poulsen y Joergensen estuvieron pronto listos para partir. Minutos después llegaban con el coche patrulla a la casa del veterinario. Los dos cansados agentes escucharon una breve explicación sobre lo ocurrido, y Poulsen comentó con brusquedad:

— Eso es lo que pasa cuando dos muchachos quieren jugar a detectives... Pero ahora ya es demasiado tarde para lamentarse...

Se volvió hacia Cavadador.

— ¿Te acuerdas más o menos del sitio donde os separasteis?

— Sí, estoy seguro de encontrarlo de nuevo.

— Bien. ¿Estás cansado?

— No, pero tengo mucha hambre...

— Tendrás que olvidarte de eso. Por el momento, no podemos perder el tiempo en esas cosas. Tienes que venir con nosotros en el coche.

— Sí, pero ¿no podía llevarme algo para el camino...?

— No. Vámonos en seguida.

— De acuerdo.

Cavadador siguió a los dos policías hasta el coche patrulla. Acababa de sentarse cuando Puck chilló:

— Esperen... Esperen un momento.

— Y ahora ¿qué? — gruñó el señor Poulsen.

Puck llegó corriendo y, por la ventanilla abierta, echó algo al regazo de Cavadador. Era un trozo de chocolate y un montón de pastas secas.

* * *

El sol ya se había escondido tras las copas de los árboles cuando Alboroto se despertó. Durante los primeros minutos permaneció echado, completamente aturdido, sin comprender lo que le había pasado. «¿Qué hacía él, en medio de un bosque, junto a una pequeña charca, con un terrible dolor de cabeza?», se preguntó.



Se pasó la mano por la frente y notó la sangre coagulada. De repente empezó a acordarse. Su mirada había tropezado con dos ojos llenos de odio y luego todo se había puesto oscuro.

Alguien debía haberle golpeado.

«Sí; claro, eso era. La sangre en la frente lo demostraba. ¡Cómo le dolía la cabeza!»

También tenía sed..., mucha sed. Su garganta parecía arderle...

Miró sin fuerzas las tranquilas aguas a su lado y sintió incontrolables deseos de beber. Sin embargo, lo pensó mejor.

«Era necesario tener mucha más sed para beber aquel líquido lleno de algas e insectos.»

«¿Por qué estaría tan mojado?», se preguntó.

Pasó sus manos por la ropa y comprendió que en algún momento debía de haber estado en la charca... «Pero —pensó— ¿cómo había salido de allí? ¡Es imposible moverse estando sin sentido!»

Al final, Alboroto renunció a buscar respuesta a todas aquellas preguntas. Su mente trabajaba ya con más rapidez e instintivamente metió la mano en el bolsillo para buscar sus preciosas siete coronas.

¡Habían desaparecido!

Alboroto rugió de rabia. No le dolía tanto que alguien le hubiera golpeado echándole después al agua... Él mismo se había metido en el embrollo... Pero que aquellos dos condenados gitanos le robaran las siete coronas, toda su fortuna, eso era difícil de perdonar.

«¿Dónde estaba su bicicleta?», intentó recordar. Con un esfuerzo logró incorporarse, se levantó y cruzó el claro. A pesar de estar atontado se acordaba más o menos del lugar donde había dejado la bicicleta... Pero ya no estaba allí. La buscó por todos lados, pero fue inútil.

Poco a poco su cerebro empezó a trabajar con toda claridad, y el muchacho casi logró adivinar lo ocurrido. Esto le hizo apretar aún más los dientes.

«¿Qué podía hacer ahora? La bicicleta había desaparecido, al igual que su dinero. Tenía hambre y sed... y la cabeza le dolía como si alguien la estuviera martillando... ¡Y Sundkoebing estaba a más de diez kilómetros de distancia!», recordó desolado.



«¡Bonita situación!», se dijo.

A pesar del hambre, la sed y el frío, Alboroto empezó a encontrarse mejor. Instintivamente dirigió sus pasos hacia el este, para llegar a la carretera que unía Sundkoebing con Oesterby.

Estaba oscureciendo y le era más difícil orientarse, pero Alboroto seguía caminando sobre la espesa alfombra de hojas secas. Alguna vez estuvo a punto de caerse al tropezar en las raíces salientes y las ramas bajas le arañaban la cara, pero no se dejó vencer. Ni siquiera cuando la oscuridad le envolvía perdió los ánimos. Su única preocupación era el evitar andar en círculo. Había leído que, con frecuencia, la gente que se pierde y no tiene puntos de referencia andan trazando un gran círculo — siempre hacia la izquierda — hasta volver al punto de partida. Por esa razón procuró ir hacia la derecha y, después de una caminata de media hora,

consiguió llegar a la carretera. Con un suspiro de alivio se sentó en el borde de la cuneta, en espera de que pasara algún automóvil.

Diez minutos más tarde, su deseo se vio cumplido. Desde el sur llegaba un coche a gran velocidad, y Alboroto saltó a la calzada para que se detuviera. Los neumáticos chirriaron al frenar bruscamente el automóvil y, en medio del silencio que siguió, pudo oír una voz entusiasmada:

— ¡Hola, Alboroto!... ¡Viejo amigo!

—

Era la voz de Cavador.

* * *

— ¡Hola, Cavador! ¡Viejo bandido!

— ¿Te encuentras bien?

— A medias. ¿Tienes algo comestible?

— Pastas secas.

— ¡Vaya cosa! Quiero decir, trae, me contentaré con ellas.

Poco después, Alboroto estaba masticando pastas mientras explicaba brevemente lo ocurrido a los dos agentes de policía. Concluyó con estas palabras:

— Y no sólo me han robado mi bicicleta esos dos orangutanes, sino también toda mi fortuna..., hasta nuestro capital de reserva de seis oeres.

Cavador hizo un gesto compasivo con la cabeza.

Sí, eso casi es lo peor, Alboroto. Ya sólo nos quedan siete coronas..., tres y media para cada uno. Pronto tendremos que pensar en el billete de cincuenta de Puck. ¿Ha sufrido daños tu maravilloso cerebro?

Alboroto pasó la mano por la herida de su frente y murmuró cansado:

— ¡Lo sabremos con el tiempo!

Los dos policías intercambiaron algunas frases: al final dijo Poulsen:

— Ahora sabemos casi con certeza que los dos gitanos están en camino hacia la Granja del Este. Por ello, creo que lo mejor será tomar la misma dirección. ¿Aguantarás, Hugo?

— Me estoy reanimando con estas pastas secas — dijo Alboroto mientras subía al automóvil.

Poco después, el vehículo salió a toda velocidad hacia el norte...

Cavador sentía ganas de hablar, pero Alboroto parecía más interesado en la comida. Tenía alguna dificultad en tragar porque su boca estaba tan seca como un río en verano y con gusto hubiera dado sus tres coronas por un vaso de agua clara.

Uno de los agentes se volvió hacia él y preguntó:

—¿Te duele la cabeza, Hugo?

—No mucho.

—¿Sientes náuseas?

—No, las pastas saben bien.

El agente rió, tranquilizado. Era difícil saber los efectos del golpe que había recibido el chico, pero si no sentía dolor ni náuseas, podía estarse casi seguro de que no había sufrido conmoción.

Cuando el coche pasó ante el pensionado de Egeborg, Alboroto dio un codazo a su amigo y rió.

—¿Sabes lo que te digo? Me gusta poder saludar al colegio de paso únicamente.

—¡Maravilloso! —adimitió Cavador—. Tendría que ser siempre así.

—¿Te quedan más pastas secas?

—No, se han acabado.

—Bueno, en ese caso, espero que el hacendado Holm nos ofrezca algo comestible a nuestra llegada. Lo necesito de veras. Ha sido un día muy largo.

El automóvil continuó por la calle principal de Oesterby, y Alboroto miró goloso el escaparate iluminado de la pastelería del señor Bose. Lo que allí vio le parecía casi inmoral.

—La boca se te hace agua, ¿eh? —preguntó Cavador riendo.

—Estoy a punto de ahogarme en saliva —suspiró Alboroto—. Mañana gastaremos todo nuestro dinero en la pastelería.

—¿Mañana? —preguntó Cavador—. ¿Crees que nos quedaremos esta noche en la Granja del Este?

—Eso lo decidirán los gitanos —contestó Alboroto secamente—. Tengo verdaderas ganas de devolverle la pelota a ese Geza.

Cavador asintió con la cabeza.

—Sería una magnífica diversión darle una paliza.

Alboroto se quedó un poco pensativo. Luego dijo:

—Hay una cosa que no logro comprender. Cuando desperté, estaba completamente mojado. Tengo que haber estado en aquella

charca en algún momento... Pero, en ese caso, ¿cómo me pude despertar entre los arbustos?

—Quizá seas sonámbulo — propuso Cavador.

—No me digas...

—Esos tipos deben haberte echado al agua y después se han arrepentido.

—Sí, así debe haber ocurrido, aunque Geza no suele comportarse de forma tan humanitaria.

En aquel momento, el coche cruzó la entrada de la Granja del Este...

El hacendado Holm recibió sorprendido a sus huéspedes, pero el agente Poulsen le explicó brevemente la situación. Holm se volvió con una amplia sonrisa hacia Alboroto.

—¿Otra vez tú, bandido? Sube al cuarto de baño a que te curen esa herida, porque en estos momentos no tienes muy, buen aspecto.

—¿Sería demasiado pedir un vaso de agua antes? —preguntó Alboroto con modestia—. Desde esta mañana, toda nuestra comida ha consistido en media docena de pastas secas, y eso, francamente, no es gran cosa.

—¡Pobrecito! — sonrió la señora Holm y llamó a una de las sirvientas—. Ya verás lo que tengo para ti.

Cuando diez minutos después Alboroto bajó del cuarto de baño, no tuvo motivo de queja, porque la esposa del hacendado le tenía preparado una abundante mesa con refrescos, pasteles, fruta y chocolate. Alboroto empezó a comer ansiosamente y, hasta un par de minutos después, no se excusó con gesto avergonzado:

—Perdone usted si le parezco mal educado.

—Nada de eso — le tranquilizó la señora Holm —. Tienes hambre y sed y no es extraño que comas a dos carrillos.

Entretanto el hacendado hablaba con los dos agentes. No le gustó mucho saber que los dos fugitivos estaban camino de la granja; pero, por otro lado, había tomado sus precauciones. Todos los mozos estaban alerta y, al mando del capataz, patrullaban alrededor de los edificios.

—No podemos hacer más, por el momento — concluyó el señor Holm.

El agente Poulsen se encogió de hombros.

—Tal como están las cosas, es difícil trazar un plan de

antemano; pero sus hombres deben mantener una estricta vigilancia, porque estoy seguro de que esta noche ocurrirá algo.

—¿Cree usted que intentarán incendiar otra vez la granja?

—Es posible. Mi colega y yo vamos a dar una vuelta.

Los dos agentes se marcharon...

Poco después, Alboroto y Cavador fueron presentados a tres señores con cara de sabios. Eran los expertos del Museo Nacional que estaban cavando en la isla del Caballero Volmer. Eran huéspedes de la Granja del Este. Hasta entonces no habían tenido suerte, pero era lo más natural, pensando que no tenían mapa alguno que señalara con exactitud el lugar del «tesoro». Los tres científicos no parecían desanimados, aunque el hacendado Holm estaba algo disgustado de ver su isla, que había destinado exclusivamente a reserva de los pájaros, invadida de aquella manera.

El señor Holm se volvió sonriendo hacia los chicos.

—¿Habéis traído vuestros cepillos de dientes, muchachos?

—No... ¡Ejem!... No habíamos pensado que esto iba a durar toda la noche.

—Bueno, ya lo arreglaremos.

El hacendado se volvió hacia su mujer para decirle:

—Voy a llamar a Sundkoebing para que venga toda la pandilla.

—¿La pandilla? — contestó la señora Holm sorprendida.

El hacendado Holm rió.

—Sí... Winther y su mujer y las muchachas, el veterinario y los demás, si quieren. Ya habíamos hablado que el ingeniero y su mujer pasaran unos días con nosotros y, si los policías no se equivocan, no hay duda de que la Granja del Este será el centro de los acontecimientos.

—El veterinario estará jugando a las cartas seguramente —sonrió la señora Holm—. En ese caso, estoy segura de que no lograrás sacarlo de casa.

—Puede traer también a sus compañeros de juego — opinó el hacendado, que parecía divertirse como un colegial —. También podemos jugar a las cartas aquí; ya verás qué divertido.

—Haz lo que te parezca mejor, William..., no nos faltan ni comida ni habitaciones para los huéspedes.

Y el señor Holm se marchó corriendo hacia su despacho para

llamar por teléfono...

* * *

Cerca del viejo campamento de los gitanos, en lo alto de la ladera, Geza miraba en dirección al lago Ege. Había llevado consigo la bicicleta robada y la había escondido entre unos arbustos. Estaba esperando la llegada de Tylo. Pensó que su compañero aún tardaría un par de horas en llegar, y entonces... ¡a trabajar!

A la luz de la luna, aquella figura solitaria y siniestra miraba fijamente hacia la isla del Caballero Volmer. Sus ojos brillaban y, de vez en cuando, levantaba el puño cerrado como amenazando a la luna y a los cielos. Palabras incomprensibles salían silbando por entre sus dientes. Eran maldiciones horribles y frases llenas de odio.

Había llegado la hora de su venganza y su victoria.

Aquel hombre, en lo alto de la pendiente, no estaba en su sano juicio. Pensamientos terribles cruzaban por su mente enferma. De nuevo amenazó con el puño cerrado y su carcajada sonó en el silencio de la noche.

— ¡Venganza!... ¡Venganza!... ¡Venganza!—clamó con voz tonante.



Era un grupo bastante numeroso el que más tarde se reunía en el edificio principal de la Granja del Este, Como al día siguiente era domingo, tanto el jefe de Correos como el farmacéutico podían permitirse el lujo de descansar, así que decidieron acompañar a los señores Moeller, la familia Winther, Navio, Sonja y Flemming. Iban en dos coches, el viejo «Chevrolet» del veterinario y el gran coche americano del farmacéutico.

Puck fue en busca de Alboroto y Cavador para enterarse de lo ocurrido. La frente de Alboroto tenía todos los colores del arco iris, pero Puck no quiso burlarse. Alboroto era un chico excelente, que había demostrado una valentía poco común, y no era momento para bromas.

—¿No habéis vuelto a ver a los gitanos? — preguntó Puck.

—No. Es como si se los hubiese tragado la tierra, pero los dos agentes de policía están buscando por los alrededores, y el hacendado tiene a sus hombres haciendo guardia; así que los gitanos necesitarán mucha suerte si quieren prender fuego a la hacienda.

—Quizá ni piensan en ello — dijo Puck pensativa.

—¿Cómo dices?

—Quizá tengan otros planes... Bueno, el tiempo lo dirá.

En aquel momento, Navio se reunió con ellos y preguntó interesada:

—¿No han encontrado aún el tesoro esos hombres del Museo Nacional?

—No han visto ni la sombra de una moneda de oro — contestó Alboroto.

—¡Vaya! Con las ganas que yo tenía de comerme la caja entera de bombones que Puck me tiene que regalar. ¿Crees que podremos acompañarlos para ver cómo trabajan allá, en la isla?

Alboroto asintió con la cabeza.

—Me han dicho que también piensan cavar mañana, y sólo utilizan uno de los dos botes de remos pertenecientes a la Granja del Este. Nosotros podemos tomar el otro y remar hasta la isla.

—Será formidablemente palpitante —opinó Navio.

—Sí, sobre todo si encuentran el tesoro —replicó Alboroto.

—Quizás estaremos ocupados en otro asunto —dijo Cavador en tono sombrío—. Yo, por lo menos, no estaré tranquilo hasta que esos dos salvajes hayan sido capturados y devueltos a la cárcel. También el hacendado piensa que va a ocurrir algo esta noche.

—No parece estar nervioso.

—No. Se lo está tomando con mucha tranquilidad. Qué remedio... ¿Os vais a acostar pronto, mocitas?

—No lo creo — sonrió Puck —. Estoy segura de que los adultos empezarán a jugar a las cartas dentro de un momento y en ese caso

no tendrán tiempo de ocuparse de nosotras.

—¡Estupendo! —exclamó Alboroto—. Así podremos participar en los acontecimientos. Tengo el presentimiento de que la cosa se pondrá emocionante esta noche.

—¿Puedo participar yo también? —preguntó Flemming.

—Sí, naturalmente —contestó Alboroto—. Pero no creí que estuvieras interesado en esta clase de emociones. ¿Qué pasará si hay pelea y todo eso?

—Bueno, con no intervenir... —balbució Flemming—. Sólo estoy interesado en seguir los acontecimientos de cerca.

—Puede ser peligroso —rió Cavador—. Fíjate en el golpe que le han dado a nuestro querido compañero en la frente.

Flemming miró de reojo el chichón multicolor de su amigo. Luego murmuró un poco asustado:

—Sí, quizá lo más prudente sería...

—Tenlo por seguro —declaró Cavador interrumpiéndole—. Estarás más seguro si nos dejas a nosotros tratar con los gitanos.

Las chicas no podían dejar de reír, y Flemming no parecía muy orgulloso de la situación. Al final se hizo el fuerte y dijo con cara sombría:

—Bueno, podéis contar conmigo de todos modos.

Luego dio media vuelta y se marchó.

—Me da pena —comentó Sonja.

Alboroto sé encogió de hombros.

—Ya le conviene que le pongan en ridículo. Para ser buenos compañeros, es necesario ayudarse mutuamente, pero Fleming tiene tanto miedo que sólo de ver un ratoncito chillaría. A Cavador y a mí no nos gustan esta clase de chicos... Bueno... ¿Damos una vueltecita?

Los cinco amigos paseaban por los dominios de la gran hacienda; primero alrededor del edificio principal y luego por el granero y las cuadras. Grandes nubes habían ocultado la luna; pero, a pesar de la oscuridad, podían darse cuenta de las cuidadosas medidas de seguridad tomadas. No sólo patrullaban los hombres de la hacienda en pequeños grupos al mando del capataz, sino que había sido preparado todo el material disponible para combatir un eventual incendio, tanto bombas de agua como modernos extintores de espuma.

Todas aquellas medidas quizá podrían parecer exageradas, pero eran comprensibles después de la última visita de Geza, cuando éste se había mostrado un hombre peligrosísimo, que no respetaba ni la vida ni las cosas pertenecientes a otras personas.

—La Granja del Este parece en estado de sitio, preparada para recibir a los asaltantes enemigos — comentó Alboroto en tono alegre —. Seguro que no había estado así desde la Edad Media, cuando la hacienda se llamaba Volmersborg.

Los cinco amigos se encontraron con los agentes Poulsen y Joergensen, que seguían patrullando por los alrededores. Habían avisado a la comisaría de Sundkoebing que tardarían en volver, y Poulsen dijo:

—Los policías deben tener mucho cuidado de no dejarse guiar por presentimientos o intuiciones, pueden ser engañados por ellos; pero en este caso me da la impresión de que Geza y Tylo se encuentran cerca de aquí y que están tramando algo feo.

—Estamos con usted — declaró Alboroto.

—Eres todo un hombre, Hugo — rió Poulsen —. Pero con la frente que llevas creo que estarías mejor en la cama, con la cabeza bajo las sábanas.

—Mi frente pide venganza —dijo Alboroto en tono dramático.

—Bueno, bueno. Nosotros no vamos a retenerte... Además eres un ayudante de primera.

—Muchas gracias — murmuró Alboroto.

Las horas transcurrieron sin que nada sucediera. Puck estaba algo desanimada, mientras daba una vuelta más por el jardín de la granja con Navio. Cuando por centésima vez cruzaban la carretera en dirección al embarcadero de la Granja del Este, Navio preguntó:

—Oye, Puck, ¿tanto te interesa mirar el lago Ege?

—Sí; en estos momentos sí..., aunque está muy oscuro.

Navio suspiró.

—Si no pasa nada pronto, me voy a quedar dormida... ¿No estás cansada?

—No, al contrario, cada vez estoy más despierta. Vamos a sentarnos aquí y a repasar los hechos.

Se sentaron en una pendiente que llegaba hasta el lago; pero, a pesar de haberse abrigado mucho, no tardaron en sentir frío. Estaban a principios de otoño y, aunque los días eran espléndidos,

las noches resultaban frescas ya.

—¿Por qué nos quedamos aquí con el frío que hace? — preguntó Navio mientras le castañeteaban los dientes.

—Porque tengo un presentimiento —declaró Puck con decisión—. Quizá logres tener tu caja de bombones.

—Eso me gusta — declaró Navio olvidándose del frío por un momento.

—Baja la voz — le ordenó Puck —. No hables tan alto. Por la noche se pueden oír las voces y los ruidos a gran distancia.

—Bueno..., y ¿qué? No estamos tratando ningún secreto de estado.

Las dos amigas guardaron silencio durante un par de minutos, limitándose a contemplar la brillante y oscura superficie del lago Ege. De repente, Puck exclamó en voz baja, muy excitada:

—Escucha, Navio, ¿lo oyes?

—Oír ¿qué?

—Allá abajo, en el embarcadero..., tienes que oírlo..., alguien anda sobre las tablas y están subiendo al bote...

— Sí..., lo oigo... —musitó Navio, que ya estaba tan excitada como Puck—. ¿Qué será eso?

— Estáte quieta un momento..., muy quieta.

— Sí.

Las palabras de Puck eran inútiles, ya que Navio estaba en aquel instante casi paralizada por la emoción. Era seguro que un par de hombres manipulaban con los botes de remos de la Granja del Este. El sonido de un ligero chapoteo en el agua llegó hasta ellas; luego el crujido de los toletes donde se encajan los remos.

— ¿Quién será, Puck? —musitó Navio temblando de emoción.

— ¡Los dos gitanos!

— ¿Cómo?... ¿Qué...? —se estremeció Navio—. ¿Estás segura?

— Del todo no..., pero casi... Si no son ellos, ¿quién va a ser entonces?

— Claro..., claro...

— ¿Quién crees que se pone a remar en el lago Ege a altas horas de la noche...? Además con esta oscuridad... Sólo en caso muy apurado, y si se trata de algo muy importante, se atrevería alguien a hacerlo.

— ¿Cómo importante? —repitió Navio—. ¿Qué puede haber de

importante en el lago Ege?

Puck contestó en voz baja:

— Toda la noche he tenido este presentimiento. Lo sospeché. Si tengo razón, esos dos gitanos están en este momento camino de la isla del Caballero Volmer para recoger el tesoro.

* * *

Navio parecía asustada y tardó un poco en decir tartamudeando:

— ¿Qué vamos a hacer?

— Ir corriendo a la hacienda...; vamos.

Apenas habían entrado en el patio, las dos amigas se encontraron con Alboroto y Cavador, que seguían vagando por allí. Puck explicó rápidamente lo ocurrido y los dos chicos se animaron en seguida. Alboroto exclamó entusiasmado:

— ¡Por fin! Vamos corriendo los cuatro a buscar el otro bote. Iremos a la isla y propinaremos un par de buenos golpes a los gitanos.

— Espera. Cálmate — aconsejó Puck tranquila —. Olvídate de esa idea, Alboroto. Si fuera nuestra única oportunidad, seguro que Navio y yo estaríamos de acuerdo..., pero no estoy segura de que nosotros cuatro podamos hacer gran cosa contra esos dos salvajes. Debemos informar a los dos agentes de policía.

— Sí, pero ¿dónde estarán en este momento? —gruñó Alboroto—. No podemos perder el tiempo en buscarles...

— Yo voy con vosotros — sonó una voz desde la oscuridad.

Era Flemming, que se había reunido con ellos. Tenía la cara sombría y el gesto decidido. Alboroto iba a protestar, pero Puck dijo rápidamente:

— ¡Estupendo, Flemming! Así seremos cinco...

— Seis — dijo Sonja, que también llegaba en aquel instante.

Alboroto rió, muy contento.

— Bueno, ahora somos seis, ya sólo es cuestión de buscar una cuerda...

— ¿Una cuerda? — preguntó Puck.

— Sí, siendo seis contra dos será fácil vencerles, pero también hay que traerlos de regreso. ¿Dónde podremos encontrar una buena cuerda?

— En los botes hay cuerdas —recordó Puck.

— Estupendo..., salgamos corriendo. Dejemos a los policías.

Podemos arreglarnos solos...

— Pero...

— ¡Vámonos!

Se dirigieron a la carrera hasta el embarcadero y, pocos minutos después, salieron remando con energía en el pequeño bote. Alboroto y Cavador se ocupaban de los remos. Los seis amigos hablaban en voz muy baja, casi susurrando, porque en el silencio de la noche sus voces podrían oírse a mucha distancia sobre el tranquilo lago. Estaban contentos porque la oscuridad les protegía. De no estar cubierta por las nubes, la luna les hubiera traicionado. Los gitanos les hubieran visto desde la isla, pero en aquellas circunstancias era casi imposible. Para más seguridad, tomaron el rumbo hacia la costa oeste de la isla y Alboroto preguntó en voz muy baja:

— Dime, Puck, ¿cómo puedes estar tan segura de que eran los dos gitanos quienes remaban hacia la isla y de que piensan apoderarse del tesoro esta noche?

— Puede ser que me equivoque, Alboroto — admitió Puck—, pero estoy dispuesta a apostar porque estoy en lo cierto. En este momento los dos fugitivos se encuentran en la isla, y, respecto al tesoro, están en mejores condiciones de buscarlo que los hombres del Museo Nacional. Geza sin duda conoce el lugar exacto y sabe dónde cavar. Seguro que tiene algún viejo mapa, aunque no haya hablado de ello durante los interrogatorios en 1a comisaría.

— Y las palas ¿qué? —preguntó Cavador con ironía—. ¿Crees quizá que los dos gitanos han pensado cavar con las manos?

— Eres algo besugo — dijo Puck con voz amable —. Deberías imaginar que los del Museo Nacional tienen palas en la isla. Llevan casi diez días trabajando allí. Geza es bastante más listo que tú, Cavador. Sabe que no necesita llevar palas.

— ¡Ah..., bueno...! Es verdad.

Pasaron junto a la costa sur de la isla y Alboroto bajó aún más su voz.

— Debemos tener muchísimo cuidado. A pesar de la oscuridad es posible que los gitanos nos hayan visto.

— ¡Imposible!

— No es del todo imposible. En absoluto. Debemos prepararnos para ser recibidos. Pero ya sabéis: atacaremos sin miramientos.

— ¡Estupendo! — dijo Flemming.

De nuevo Alboroto estuvo a punto de soltar una carcajada desdeñosa, pero Puck se le adelantó otra vez.

— ¡Bravo, Flemming! Los dos gitanos no podrán hacer nada contra nosotros seis unidos.

Sonja musitó excitada:

— ¡Mirad! Ahí hay un bote... Lo han sacado a la playa...

— Nosotros seguiremos hasta el embarcadero —susurró Alboroto.

Unos minutos más tarde, el pequeño bote chocó contra las piedras del embarcadero. Cavador tomó la amarra y todos saltaron a tierra.

— Bueno — musitó Alboroto —. Ahora propongo que Cavador y yo tomemos el mando. Esto puede resultar muy peligroso y no podemos mandar todos a la vez.

— Está bien, Alboroto —contestó Puck en nombre de todos —. Tú y Cavador dais las órdenes y nosotros las obedecemos.

— ¿Tienes que ser tan irónica siempre?

— ¡Ah, cállate, bobo! Lo digo en serio.

— Si tú lo dices...

Durante un momento se quedaron escuchando ansiosamente, pero todo estaba en calma. La isla del Caballero Volmer era muy pequeña y a Alboroto no le gustaba aquel silencio. Hubiera preferido oír el sonido de las palas. Al final susurró:

— Como son unos bandidos muy peligrosos, no podemos separarnos en grupos. Debemos mantenernos juntos todo el rato. Vamos a explorar la isla ahora. Yo voy delante. No habléis y ¡cuidado con pisar las ramas secas!

— Podemos agujerear su bote — propuso Flemming en voz baja.

— Tontería. ¿Para qué? —gruñó Alboroto—. Vámonos.

Con mucha cautela, los seis compañeros emprendieron su camino por el espeso monte bajo. Alboroto iba delante seguido de Cavador. Las hojas secas hacían un leve ruido bajo sus pies: el único ruido en el silencio del bosque. De repente. Alboroto se paró y musitó:

— ¡Oigo voces!

No había duda. En el silencio de la noche se podían oír perfectamente palabras sueltas, pero no lograron entender lo que decían. Alboroto prestó atención y dijo luego:

—Creo que están cavando. ¿Oís el ruido de las palas?

—¿Qué hacemos?

—Sigamos adelante. En cuando estemos junto a ellos, los sorprenderemos atacando de improviso. Cavador y yo, junto con Flemming, iniciaremos la pelea..., pero vosotras debéis estar listas para ayudarnos en caso de necesidad —y concluyó con gesto triunfal —: Estamos de suerte. Seguramente esos tipos están cavando precisamente en el lugar donde el tesoro está enterrado. Podremos informar a los del Museo Nacional y no necesitarán perder más tiempo buscando.

—Formidablemente palpitante —musitó Navio—. Entonces, Puck me debe una caja de chocolatinas.

—¡Maravilloso pensamiento! —comentó Puck.

Alboroto hizo una señal con la mano para que los demás le siguieran.

—Vamos... ¡Adelante!

Anduvieron durante un buen trecho con gran cuidado, pero de repente escucharon un grito de alarma:

—¡Geza..., Geza...! Alguien viene.

Este grito sorprendió a Alboroto, aunque se repuso con extraordinaria rapidez y gritó a su vez a todo pulmón:

—¡A por ellos!

— Casi en el mismo instante, todo fue confusión en el pequeño claro entre los matorrales. El ataque llegó tan de improviso para los dos gitanos que tardaron en reaccionar, pero pronto empezaron a luchar ferozmente contra Alboroto y Cavador que se habían lanzado contra ellos. Los dos muchachos poseían más valor que fuerza, por lo menos en aquella lucha contra un par de desesperados y ágiles adultos. Puck se dio cuenta en seguida y gritó:

— ¡Flemming, ayuda a Cavador...! Nosotras ayudaremos a Alboroto... ¡Al ataque...!

El normalmente asustadizo Flemming pareció despertar. Quizá no era más valiente que en otras ocasiones, quizá seguía siendo cobarde, pero se lanzó a la lucha con un grito salvaje, al igual que las tres chicas. Los gitanos no pudieron hacer ya nada contra los seis muchachos. Al final se encontraron jadeando en el suelo, mientras Cavador sacaba rápidamente una cuerda.

Poco después tenían bien atados a los dos hombres. A pesar de

la oscuridad, Alboroto pudo ver los malvados ojos llenos de odio de Geza y dijo, exasperado:

— Me arreaste un buen golpe, bandido, pero ahora te voy a llevar de regreso a la cárcel, y espero que sea para el resto de tu vida.

El jefe de la tribu se daba cuenta de que su suerte había terminado. Ni siquiera se resistió cuando, junto con Tylo, fue llevado a la barca...

En el camino Navio dijo radiante:

— ¿Sabes qué creo, Puck?

— No.

— Me parece que hemos dado con el lugar del tesoro... y me debes una caja de bombones.

— Te la regalaré con gusto — sonrió Puck. —Y añadió en voz baja:

— Hay una cosa que me causa más alegría en este momento, Navio. Flemming, que parecía un cobarde, que se llevaba un disgusto sólo por estar despeinado, ha mostrado ser todo un hombre. Soy muy feliz por ello.

— Yo también — dijo Navio.

Poco después, los dos botes estaban de regreso.

* * *

El asombro fue grande en la Granja del Este cuando los seis compañeros llegaron con sus prisioneros. La noticia corrió por toda la hacienda y, tanto los mozos como el capataz, suspiraron aliviados. Aunque no les había molestado hacer la guardia, estaban contentos de poder acostarse por fin.

— Era diferente en el edificio principal. Nadie tenía ganas de irse a la cama. Por el contrario, iban a celebrar el final feliz de la aventura. El veterinario estaba algo contrariado por ver su juego interrumpido, pero no le quedó más remedio que admitir que los seis chicos habían hecho un trabajo estupendo. El ingeniero Winther acarició la mejilla de su hija, suspirando:

— Bente, Bente, si hubiera sospechado siquiera lo que estabais haciendo, no hubiera estado tan tranquilo en la mesa de juego. ¿Cómo pudiste meterte en semejante embrollo, querida?

— Todo salió bien, papá —sonrió Puck—. Y debemos estar contentos todos, ¿no te parece?

— Claro que sí, hijita. Salió bien esta vez..., pero...

— Los más felices eran sin duda los dos agentes de policía cuando, poco después, salieron con sus presos en dirección a Sundkoebing...

Todos se acostaron tarde. Al día siguiente, los tres expertos del Museo Nacional se levantaron temprano. Tenían una cita con Alboroto y Cavador y no tardaron en salir con uno de los botes hacia la isla del Caballero Volmer. Llevaban cavando diez días sin resultado y, de repente, sabían donde buscar. El jefe gitano conocía exactamente el lugar. Siglos atrás, un antepasado suyo había descrito el escondite y el secreto había pasado de generación en generación...

Los demás huéspedes de la Granja del Este se levantaron tarde. Fue una mañana tranquila. Hasta la hora del almuerzo no empezaron a bajar de sus habitaciones. Puck bostezaba aún cuando se encontró con Navio en el vestíbulo.

—¡Hola, Navio! —saludó—. ¿Has dormido bien?

—Estupendamente —contestó Navio abriendo también la boca—. He soñado con chocolate toda la noche.

—¿Y Sonja qué?

—Seguramente ha soñado lo mismo que yo. Ayer noche le prometí la mitad del mío.

—¿Damos un paseo antes de la comida?

—Es una buena idea, Puck. Nos sentará bien.

Las dos amigas se fueron a pasear por el parque asidas del brazo. No hablaban mucho, pero sus pensamientos bullían. El sol era pálido, pero aún calentaba. A su alrededor todo estaba en calma. Era casi increíble que la noche anterior hubiera estado tan llena de emociones dramáticas.

Los árboles del parque perdían lentamente las hojas que caían sobre la hierba. El viento producía un leve murmullo en la hojarasca que cubría los senderos y la hierba.

—¡Ay! —suspiró Navio, arrastrando con el pie un montoncito de hojas—. Pronto llegará el invierno. Vamos a aburrirnos mucho en el colegio.

—¿Tú crees? —preguntó Puck en voz baja—. ¿No te parece que pasamos los meses del invierno estupendamente en el pensionado de Egeborg? Podemos patinar en el hielo, esquiar... Y en el «Trébol

de Cuatro Hojas» solemos pasarlo bien.

—Tienes razón, Puck.

—A mí me gustan todas las estaciones del año. Sólo depende de con quien estés cada día. Cuando llegué al colegio, hace ya dos años, me parecía que el mundo se me caía encima. Todo era tan horrible... Papá se había marchado a Chile y yo estaba entre compañeros extraños, con los cuales me era difícil congeniar. Los malentendidos y las peleas surgían a diario... Era realmente terrible.

Puck pasó su brazo sobre el hombro de Navio y añadió:

—Hoy todo es distinto para mí. Me encuentro muy a gusto entre nuestros compañeros. Naturalmente, echo de menos a mi padre y estoy muy contenta porque él está aquí ahora conmigo... Sí, soy muy feliz, Navio... Pero también sé que todo acaba algún día. Dentro de tres semanas, él y Ellen se marcharán de nuevo a Valparaíso, al otro lado del mundo. Pero entonces aún me quedarán mis amigos. Sois estupendos todos...

—¡Ya!

—Bueno, Navio, no dramaticemos. Miremos la situación por su lado más optimista. Tienes que tratar de pasarlo lo mejor posible. Tú quieres a tu padre de la misma forma que yo quiero al mío, y ahora estás deprimida porque él se encuentra en el lejano Oriente; pero, tarde o temprano, volverá y entonces tú estarás tan contenta como yo en estos momentos...

—Puck, estoy a punto de llorar.

—Quieres callar, mona. Comprendo bien tus razones. Sé lo que sientes en este momento, créeme, pero no debes ponerte así.

—¿Estás segura? — hipó Navio.

—Claro que sí. Pero deberías estar alegre...

—¿Por qué?

—Tengo la ligera sospecha de que te has ganado un kilo de bombones.

—¡Oh! — dijo Navio con ojos brillantes —. ¿Crees sinceramente que van a encontrar el tesoro en la isla?

—Sí que lo creo.

—Es demasiado maravilloso para ser verdad.

Puck sonrió un poco.

—Hay que ver cómo puede hacerte feliz un poco de chocolate.

—No. Esta vez te equivocas — dijo Navio en tono serio —. Soy

muy golosa con el chocolate, pero ahora me alegro sobre todo por ti. Sería maravilloso que la gente del Museo Nacional encontrase el tesoro y tú recibieras la gratificación. Imagínate en cuántas cosas podías gastar tanto dinero... ¡Ejem.. Cuando seas mayor de edad.

—Ya lo tengo pensado, Navio.

* * *

La gran tensión no se relajó hasta la hora del almuerzo. Todos estaban sentados en torno de la bien provista mesa, cuando los expertos del Museo Nacional llegaron en compañía de Alboroto y Cavador. El jefe de la expedición, el doctor Teodor Joergensen, explicó:

—Tengo una noticia sensacional para ustedes: nuestros seis jóvenes amigos encontraron la verdadera pista ayer noche... o quizá debería decir que los dos gitanos les mostraron el lugar..., pero lo más importante es que hemos hallado por fin el viejo tesoro, robado a la noble familia Daa. Pueden estar seguros de que es importante el tesoro allí enterrado. Cuando terminemos de almorzar, pensamos regresar a la isla para seguir cavando.

—¡Formidablemente palpitante! —exclamó Navio con júbilo.

El doctor Joergensen asintió sonriendo.

—Sí, Tienes razón, amiguita. Eso mismo pensamos nosotros. Es muy emocionante desenterrar un viejo tesoro después de varios siglos. Y puedo informarles ya, con toda seguridad, que es un hallazgo muy valioso y que Bente Winther puede esperar una gratificación extraordinaria...

—¡Bravo! — chilló Navio —. Eso significa chocolate.

—¡Navio! —rió Puck alegremente—. Tómalo con calma, ¿quieres?

—¡Calmarme!... Estoy ya calmada... Pero ¡qué divertido es todo esto!

Después del almuerzo, el ingeniero Winther y su esposa fueron a dar un paseo en compañía de Puck. Ella iba en medio de sus padres. Ambos habían puesto el brazo alrededor de su cuello. Se sentía muy feliz.

Joergen Winther dijo:

—Bueno, Bente, nos parece que te metiste en un buen lío y que lo mejor hubiera sido evitarlo, pero todo ha salido bien y casi no nos atrevemos a regañarte.

Puck se relamía de placer y replicó:

—Vamos a ver. Es verdad que me metí en un lío. No es la primera vez. Pero en esta ocasión he ganado un montón de dinero y así puedo ayudar a pagar mis estudios superiores. Esto debía alegraros; no seré una hija cara.



—¡Tontuela! — la reprendió Ellen Winther, sonriendo.

Y su padre le dio una palmada amistosa en la nuca.

— ¿Cómo puedes creer que pensamos en eso, querida Bente? El dinero no es tan importante.

— Sí, papá... Puede ser..., pero a mí, personalmente, me parece fantástico. ¿Y sabes qué más?

— No, hijita.

— Encuentro tan fantástico que tú y Ellen estéis aquí, en Dinamarca, y que vayáis a quedaros tres semanas más. Os he echado mucho de menos. Estoy emocionada por todo lo relacionado con el viejo tesoro y los gitanos; pero cuando vosotros dos estáis aquí..., bueno, entonces estoy... ¡eufórica!

FIN